

**Estudio Expositivo de la
Epístola a los Efesios**

Ricos en Cristo

Warren W. Wiersbe

Ricos en Cristo

Estudio Expositivo de la
Epístola a los Efesios

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Ricos en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Rich**.

©

1976

SP Publications, Inc.

Wheaton, Illinois

Todas las citas bíblicas de este libro han sido tomadas de la Versión Reina-Valera (1960), con la excepción de unas citas de *La Biblia de las Americas* (LBLA) © 1986 The Lockman Foundation, La Habra, California.

©

1994

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción total o parcial, ya sea mimeografiada o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

EBI-WW 545

ISBN 1-879892-32-4

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd.

Sebring, Florida 33870

CONTENIDO

Capítulo	Página
Prefacio	
1. ¡Santos en Vida!	1
2. ¡Cuán Rico Eres!	11
3. Mira tu Libreta Bancaria	23
4. Sal del Cementerio	33
5. La Gran Misión de Paz	47
6. Yo Sé un Secreto	61
7. ¡Echale Mano a Tu Riqueza!	75
8. Caminemos Juntos	87
9. ¡Quítate la Mortaja!	101
10. Imitemos a Nuestro Padre	115
11. El Cielo en tu Hogar	129
12. Vivir el Señorío de Cristo	143
13. ¡Ahora Estás en el Ejército!	157

**Dedicado con aprecio
a mis antecesores en
la Iglesia Moody, Chicago**

Dr. S. Franklin Logsdon

Dr. Alan Redpath

Dr. H.A. Hermansen

Dr. George Sweeting

*"otros labraron, y vosotros
habéis entrado en sus labores".*

Juan 4:38

PREFACIO

Este libro se resume muy bien en una historia que oí años atrás. En la calle se encontró a un niño desnutrido quien fue llevado al hospital. Después que las enfermeras lo bañaron y lo vistieron, lo colocaron en una cama y le trajeron su bandeja de comida. En aquella bandeja sobresalía un vaso grande de leche. Los ojos del niño brillaban mientras extendía la mano para tomar el vaso, pero luego se detuvo y, mirando a las enfermeras, hizo una pregunta que les quebrantó el corazón:

“¿Puedo tomarmela *toda*?”

Era obvio que en su casa las cosas nunca eran suficientes. Me hace pensar en una mujer que se paró a mirar el Océano Atlántico y dijo: “¡Qué bueno ver algo en abundancia!”

¡Hay demasiados creyentes que viven como pobres cuando Cristo nos ha hecho ricos! ¿No es hora de que dejemos de vivir de los sustitutos (aun los sustitutos *religiosos*) y comencemos a utilizar las riquezas que tenemos en Cristo?

Amigo, ¡SE RICO EN CRISTO!

Efesios 1:1-3

¹Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Efeso: ²Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. ³Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

1

¡Santos En Vida!

Pasó a la historia como “La avara más grande de los Estados Unidos”, sin embargo, cuando murió en 1916, Hetty Green dejó bienes valorizados en más de 100 millones de dólares. Comía avena fría porque calentarla costaba dinero. Su hijo tuvo que sufrir la amputación de una pierna, porque se demoró tanto en buscar una clínica gratis que su caso se tornó incurable. Era rica, pero eligió vivir como si fuera pobre.

¿Excéntrica? ¡Indudablemente! ¿Loca? Tal vez, pero nadie pudo probarlo. Fue tan tonta que precipitó su propia muerte provocando un ataque de apoplejía cuando discutía sobre el valor de beber leche descremada. Pero Hetty Green es una ilustración de muchos creyentes hoy en día. Tienen a su disposición riquezas ilimitadas, pero a pesar de ello viven como mendigos. Fue a esta clase de creyentes a quienes Pablo les escribió La Epístola a los Efesios.

El Autor (Efesios 1:1a)

En la historia hay nombres que identificamos de inmediato, y Pablo es uno de ellos. Al principio su nombre fue Saulo (Hechos 7:58); y como era de la tribu de Benjamín (Filipenses 3:5), es probable que le hayan puesto el nombre del primer rey de Israel (1 Samuel 9). No obstante, a diferencia de su tocayo, Saulo de Tarso fue obediente y sirvió fielmente a Dios. Saulo fue un rabino consagrado, y llegó a ser el líder del movimiento anticristiano en Jerusalén (Hechos 9:1,2; Gálatas 1:13,14). Pero en plena actividad, fue *arrestado* por Jesucristo y se convirtió (Hechos 9:3sigs. y Hechos 26).

Ricos

Saulo de Tarso se convirtió en Pablo, el apóstol a los gentiles (Hechos 9:15). Mientras ministraba en la iglesia de Antioquía, el Espíritu lo llamó para llevar el evangelio a los gentiles, y Pablo obedeció, (Hechos 13:1-3). El Libro de los Hechos registra tres viajes misioneros que hizo Pablo a través del Imperio Romano en uno de los esfuerzos evangelísticos más grandiosos en la historia de la iglesia. Cerca del año 53 d. de C., Pablo ministró por primera vez en Efeso, pero no se quedó allí (Hechos 18:19-21). Dos años después, durante su tercer viaje, Pablo se quedó en Efeso por lo menos dos años y evangelizó toda aquella vasta área (Hechos 19:1-20). Durante estos años fundó una iglesia que se mantuvo firme en la ciudad que estaba dedicada a la adoración de la diosa Diana. Lee Hechos 20 para obtener una descripción del ministerio de Pablo en Efeso, y Hechos 19:21-41 para una explicación de la oposición que dicho ministerio tuvo allí. Habían pasado casi diez años cuando Pablo les escribió a sus amados amigos de Efeso.

Pablo estaba preso en Roma (Efesios 3:1; 4:1; 6:20), y quería compartir con estos creyentes las grandes verdades que el Señor le había enseñado acerca de Cristo y de la Iglesia. Compara Efesios 6:21,22 con Colosenses 4:7-9 y Filemón para lograr una mejor comprensión del trasfondo histórico. Onésimo, un esclavo, había huido de Filemón, su amo, quien vivía en Colosas. Estando en Roma, Onésimo conoció a Pablo y se convirtió. Tíquico, uno de los pastores de la iglesia en Colosas, (la cual tal vez se reunía en casa de Filemón), también estaba en Roma para tratar algunos problemas con Pablo. Así que Pablo aprovechó la presencia de estos dos hombres para enviar tres cartas a sus amigos: La Epístola a los Efesios, la Epístola a los Colosenses y la Epístola a Filemón. Al mismo tiempo envió a Onésimo de regreso a su amo.

¡Santos En Vida!

Por lo tanto, la carta fue escrita desde Roma por el año 62 d. de C. Aunque Pablo estaba en un proceso del cual dependía su vida, se preocupaba por las necesidades espirituales de las iglesias que había fundado. En su condición de *apóstol*, “uno enviado”, tenía la obligación de enseñarles la Palabra de Dios y edificarlos en la fe (Efesios 4:11,12).

La Asamblea (Efesios 1:1b,2)

¿Te sorprende que Pablo dirija su carta a los *santos*? Después de todo, santos son personas muertas quiénes en vida alcanzaron tal grado espiritual que se les dio ese título especial de *santos*, pero, ¿es así realmente?

Ninguna palabra del Nuevo Testamento ha sufrido más que la palabra *santo*. Aun el diccionario define la palabra *santo* como una “persona reconocida oficialmente por su santidad de vida”. ¿Quién hace este reconocimiento oficial? Por lo general lo hace alguna entidad religiosa, y el proceso por el cual una persona llega a ser santa se conoce técnicamente como *canonización*. La vida de la persona fallecida se examina con sumo cuidado, para ver si cumple con los requisitos para obtener tal título. Si resulta que el carácter y la conducta del candidato están por encima de todo reproche, y si ha realizado por lo menos dos milagros, tiene los requisitos para ser declarado santo.

Este procedimiento puede ser sumamente interesante, pero en la Biblia no encontramos autorización para el mismo. En esta breve carta, Pablo llama santos a sus lectores en nueve oportunidades (1:1,15,18; 2:19; 3:8,18; 4:12; 5:3; 6:18). Estos santos estaban vivos, no muertos, aunque una vez habían estado “muertos en sus delitos y pecados” (2:1-3). Y es evidente que nunca habían realizado ningún milagro, aunque habían *experimentado* un milagro al con-

Ricos

fiar en Cristo como su Salvador (2:4-10). La palabra *santo* es tan sólo uno de los numerosos términos usados en el Nuevo Testamento para identificar a “uno que ha confiado en Jesucristo como su Salvador.” La persona esta “viva”, no sólo en lo físico, sino también en lo espiritual (Efesios 2:1). Lee Hechos 9 y encontrarás que los creyentes son llamados *discípulos* (9:1,10,19,25,26,36,38), *gente del Camino* (9:2) y *santos* (9:13,32,41).

La palabra *santo* significa uno que ha sido *separado* para Dios. Está relacionada a la palabra *santificado*, que significa “apartado”. Cuando el pecador confía en Cristo como su Salvador, está *en Cristo*. El creyente está *en* el mundo físicamente, pero no es *del* mundo espiritualmente (Juan 17:14-16). Al igual que un buzo, el creyente puede vivir en un ambiente extraño porque posee un equipo especial; en este caso el Espíritu Santo de Dios que habita en él. Todo creyente verdadero tiene el Espíritu Santo (1 Corintios 6:19,20; Romanos 8:9), y es por medio de su poder que el creyente opera en el mundo.

Pero la pregunta clave sería cómo estas personas de Efeso llegaron a ser santos. La respuesta se encuentra en dos palabras: “fieles” y “gracia” (1:1,2). Cuando Pablo dirige su carta a “los santos y fieles en Cristo Jesús” no se dirige a dos grupos distintos. La palabra *fiel* lleva en si el sentido de creyentes en Cristo Jesús. Estos creyentes no fueron salvos por haber vivido vidas fieles, sino por haber puesto su fe en Cristo. Esto se ve claramente en los versículos 1:12-14 y 1:19.

La palabra *gracia* se usa 12 veces en Efesios, y se refiere a la bondad de Dios hacia gente que no lo merece. Las palabras gracia y misericordia se encuentran, con frecuencia, juntas en la Biblia, y de hecho operan en conjunto en el proceso de la salvación. Alguien dijo muy

elocuentemente, “Dios en su misericordia no me da lo que *realmente* merezco, y Dios en su gracia me da lo que *no* merezco”. La *gracia* y la *fe* van juntas, porque la única manera de experimentar gracia y salvación es a través de la fe (Efesios 2:8,9).

La última frase, “en Cristo Jesús”, se usa 27 veces en esta carta. Describe la posición espiritual del creyente: Está identificado con Cristo, está en Cristo y, por lo tanto, puede hacer uso de las riquezas de Cristo para su vida diaria.

El Propósito (Efesios 1:3)

Cada libro de la Biblia tiene su propio tema y mensaje especiales, aunque traten muchos asuntos diferentes. Génesis es el libro de los *orígenes*; Mateo es el libro del *reino*; Gálatas es el libro de la *libertad*. El tema de Efesios según el versículo tres es: *las riquezas del creyente en Cristo*.

La fuente de nuestras bendiciones: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo...”. ¡Dios el Padre nos ha enriquecido en Jesucristo! Al nacer de nuevo en la familia de Dios naciste rico. A través de Cristo tienes parte en las riquezas de la gracia de Dios (1:7; 2:7), la gloria de Dios (1:18; 3:16), la misericordia de Dios (2:4) y “las inescrutables riquezas de Cristo” (3:8). Nuestro Padre celestial no es pobre; él es rico, y nos ha enriquecido en su Hijo.

J. Paul Getty, reconocido como el hombre más rico del mundo, tiene un capital valorado en una suma estimada de 1.300 millones de dólares. El ingreso semanal de algunos jeques del petróleo se cuenta en millones. Sin embargo, toda esta riqueza no es sino *centavos* cuando se le compara con la riqueza espiritual que tenemos en Cristo. En esta

Ricos

carta Pablo nos explica lo que son estas riquezas y cómo podemos hacer uso de ellas para tener una vida cristiana efectiva.

El alcance de nuestras bendiciones: “toda bendición espiritual”. Por esto se entiende todas las bendiciones del *Espíritu*, refiriéndose al Espíritu Santo de Dios. En el Antiguo Testamento Dios le prometió a su pueblo terrenal, Israel, bendiciones materiales como recompensa por su obediencia (Deuteronomio 28:1-13). En la actualidad, Dios promete suplir todas nuestras necesidades “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4:19), pero no promete aislarnos de la pobreza ni del dolor. El Padre nos ha dado toda bendición del Espíritu, todo lo que necesitamos para una vida cristiana exitosa y satisfactoria. *Lo espiritual es mucho más importante que lo material.*

En esta carta se menciona muchas veces al Espíritu Santo, porque es él quien canaliza nuestras riquezas que provienen del Padre a través de su Hijo. No conocer ni depender de la provisión del Espíritu Santo es sinónimo de vivir una vida de pobreza espiritual. Con razón Pablo comenzó su ministerio en Efeso preguntándole a algunos creyentes profesantes si en realidad conocían al Espíritu Santo (Hechos 19:1-7). Podríamos preguntarle a creyentes profesantes hoy en día si recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron. Si la respuesta es no, entonces no son salvos. “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). A menos que se tenga el *testimonio* del Espíritu (Romanos 8:15,16), no se puede hacer uso de sus *riquezas*.

La esfera de nuestras bendiciones: “en los lugares celestiales en Cristo”. Tal vez una traducción más clara sería *en lo celestial en Cristo*. La persona incrédula está interesada primeramente en lo *terrenal*, porque allí vive.

¡Santos En Vida!

Jesús los llamó “los hijos de este siglo” (Lucas 16:8). La vida del creyente tiene como centro las cosas del *cielo*. Su ciudadanía está en el cielo (Filipenses 3:20), su nombre está escrito en el cielo (Lucas 10:20), su Padre está en el cielo y su mirada y sus deseos deben estar centrados en las cosas del cielo (Colosenses 3:1sigs.). El evangelista D. L. Moody solía advertir acerca de gente “que pensaba tanto en cosas celestiales que no valían para nada en la tierra”, pero esto no es lo que Pablo describe. *Los lugares celestiales* (traducción literal) describe el lugar donde Cristo está ahora (1:3) y donde el creyente está sentado con él (2:6). La batalla que peleamos no es contra sangre ni carne en la tierra, sino contra los poderes satánicos “en regiones celestes” (6:12).

El creyente, en realidad, opera en dos esferas: la humana y la divina, la visible y la invisible. Físicamente está en la tierra en un cuerpo humano, pero espiritualmente está sentado con Cristo en la esfera celestial, y es esta esfera celestial la que provee el poder y la dirección para su vida terrenal. Un presidente no está siempre sentado en su escritorio, pero la silla presidencial representa la esfera de su vida y su poder. No importa dónde se encuentre, sigue siendo presidente, porque sólo él tiene el privilegio de sentarse en aquella silla. Del mismo modo sucede con el creyente: no importa dónde se encuentre en esta tierra, está sentado en los celestiales con Jesucristo, y ésta es la base de su vida y de su poder.

Cuando era joven, a Victoria se le impidió conocer el hecho de que sería la siguiente monarca de Inglaterra, por temor a que tal conocimiento la arruinara. Cuando al fin la maestra le permitió descubrir por sí misma que ella sería un día la reina de Inglaterra, la respuesta de Victoria fue: “¡Entonces me voy a portar bien!” Su posición controlaría su vida. No importa donde se encontrara; Victoria estaba

Ricos

gobernada por el hecho de que se sentaría en el trono de Inglaterra.

El hecho que Pablo escribiera sobre las riquezas sería significativo para sus lectores, porque Efeso era considerada el banco de Asia. Una de las siete maravillas del mundo, el gran templo de Diana, estaba en Efeso, y no fue tan sólo un centro de adoración idólatra, sino también un depósito de riquezas. Algunos de los tesoros más grandes del arte del mundo antiguo estaban depositados en este magnífico edificio. En esta carta, Pablo compara la Iglesia de Jesucristo con un templo y explica la gran riqueza que Cristo tiene en ella. Pablo usa la palabra *riquezas*; pero tal vez quieras revisar otras palabras “financieras” tales como *herencia* (1:11,14,18; 5:5) y *plenitud* o *lleno* (1:23; 3:19; 4:10,13; 5:18). Pablo nos dice: “¡SEAN RICOS EN CRISTO!”

El Análisis

La carta de Pablo a los Efesios está tan cuidadosamente estructurada como lo estaba el gran templo de Diana, y contiene bellezas y riquezas más grandes. Estudia con cuidado el siguiente bosquejo sugerido y fíjate cómo equilibra Pablo la *doctrina* con el *deber*. *Heredamos* la riqueza por fe para *invertirla* en buenas obras. Fuera de este equilibrio, nuestras riquezas espirituales no nos sirven de nada.

Bosquejo Sugerido de Efesios

Tema: Las riquezas del creyente en Cristo

Introducción: 1:1,2

I. Doctrina: Nuestras Riquezas en Cristo

Capítulos 1-3

Versículo clave: 1:3 Palabra clave: “bendiciones”

A. Nuestras posesiones espirituales en Cristo—
1:4-14

1. Del Padre—1:4-6
2. Del Hijo—1:7-12
3. Del Espíritu Santo—1:13,14

Primera oración—por iluminación—1:15-23

B. Nuestra posición espiritual en Cristo—2:1-22

1. Resucitados y sentados en el trono—2:1-10
2. Reconciliados y hechos parte del templo—
2:11-22

Segunda oración—por capacitación—3:1-21
(versículos 2-13 son un paréntesis)

II. Deber: Nuestras Responsabilidades en Cristo

Capítulos 4-6

Versículo clave: 4:1 Palabra clave: “andar”

A. Andar en unidad—4:1-16

B. Andar en pureza—4:17-5:17

1. Andar no como los otros gentiles—4:17-32
2. Andar en amor—5:1-6
3. Andar como hijos de luz—5:7-14
4. Andar con cuidado—5:15-17

C. Andar en armonía—5:18-6:9

1. Esposas y esposos—5:18-33
2. Padres e hijos—6:1-4
3. Amos y siervos—6:5-9

D. Andar en victoria—6:10-24

Efesios 1:4-14

⁴según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, ⁵en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, ⁶para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, ⁷en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, ⁸que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, ⁹dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, ¹⁰de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. ¹¹En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, ¹²a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. ¹³En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, ¹⁴que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

¡Cuán Rico Eres!

Una de las caricaturas más graciosas que jamás yo haya visto mostraba a un pomposo abogado que leía la última voluntad en el testamento de un cliente a un grupo de avaros parientes. El encabezamiento decía: “Yo, Juan Pérez, en pleno uso de mis facultades y con buena salud, *¡lo gasté todo!*”

Cuando Jesús escribió el testamento para su Iglesia, hizo todo posible para que compartiéramos sus riquezas espirituales. En vez de gastarlo todo, Jesucristo pagó por todo. Su muerte en la cruz y su resurrección hicieron posible nuestra salvación. Nos incluyó en su testamento y después murió para que éste entrara en vigencia. Luego resucitó para poder convertirse en el abogado celestial a fin de asegurar que se siguieran correctamente los términos de su testamento.

Con esta oración gramatical extensa (Efesios 1:3-12), Pablo nombra tan sólo algunas de las bendiciones que componen nuestra riqueza espiritual:

Bendiciones de Parte de Dios el Padre (Efesios 1:4-6)

El nos escogió (1:4). Esta es la maravillosa doctrina de la *elección*, una doctrina que ha confundido a unos y perturbado a otros. Un profesor de un seminario me dijo una vez: “Trata de explicar la doctrina de la elección y puedes perder la razón. ¡Pero trata de ignorarla y puedes llegar a perder tu alma!” Todo creyente está de acuerdo en que la salvación comienza con Dios, y no con el hombre. “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). El pecador perdido, abandonado a

Ricos

su voluntad, no busca a Dios (Romanos 3:10,11); Dios en su amor busca al pecador (Lucas 19:10).

Date cuenta que Dios nos eligió aun antes de la creación del universo, así que nuestra salvación depende completamente de su gracia, y no está basada en nada que nosotros hayamos hecho. El nos eligió *en Cristo*, no por nosotros mismos. Y nos eligió con un propósito: ser santos y sin mancha. En la Biblia la elección es siempre *para* algo. Es un privilegio que conlleva una gran responsabilidad.

¿Responde el pecador a la gracia de Dios en contra de su propia voluntad? No, el pecador responde porque la gracia de Dios lo sensibiliza. El misterio de la soberanía divina y la responsabilidad humana jamás será aclarado en esta vida. La Biblia enseña sobre ambas cosas (Juan 6:37). Ambas son ciertas, y ambas son esenciales.

Verás que las tres personas de la Deidad están involucradas en nuestra salvación. (Ve también 1 Pedro 1:3.) En lo que se refiere a Dios el Padre, él te salvó cuando te eligió en Cristo en la eternidad pasada. Pero esto es sólo una parte del proceso de salvación. En lo que respecta a Dios el Hijo, él te salvó cuando murió por ti en la cruz. En lo que se refiere a Dios el Espíritu Santo, él te salvó cuando te motivó a rendirte a su convicción, y recibiste a Cristo como tu Salvador. ¡Lo que comenzó en la eternidad pasada fue llevado a cabo en el presente, y continuará por toda la eternidad!

El nos ha adoptado (1:5). Aquí nos encontramos con la malentendida palabra *predestinación*. Esta palabra, como se usa en la Biblia, se refiere *en primer lugar* a lo que Dios hace por las personas salvas. En ninguna parte de la Biblia se nos enseña que haya gente predestinada al infierno, porque esta palabra se refiere tan sólo al pueblo de Dios. La palabra sencillamente significa “decretar de antemano,

predeterminar”. La elección parece referirse a las *personas*, en tanto que la predestinación, a los *propósitos*. Los acontecimientos relacionados con la crucifixión de Cristo estaban predestinados (Hechos 4:25-28). Dios ha predestinado nuestra adopción (Efesios 1:5), y nuestra conformidad a Cristo (Romanos 8:29,30), como también nuestra herencia futura (Efesios 1:11).

Adopción tiene un doble significado, tanto presente como futuro. No se entra a la familia de Dios por medio de la adopción. Se entra a su familia por medio de la regeneración, el nuevo nacimiento (Juan 3:1-18; 1 Pedro 1:22-25). La adopción es el acto de Dios por el cual les da a sus hijos una posición de adultos dentro de su familia. ¿Por qué lo hace? A fin de que podamos *de inmediato* comenzar a reclamar nuestra herencia y disfrutar de nuestra riqueza espiritual. Legalmente un bebé no puede usar su herencia (Gálatas 4:1-7), pero un adulto sí, ¡y debe hacerlo! Esto significa que no tienes que esperar hasta llegar a ser un anciano para poder reclamar tus riquezas en Cristo.

El aspecto *futuro* de la adopción se encuentra en Romanos 8:22,23, el cuerpo glorificado que tendremos cuando Jesús vuelva. Ya tenemos nuestra posición de adultos ante Dios, pero el mundo no puede verla. ¡Cuando Cristo vuelva, esta “adopción en privado” se hará pública para que todos puedan verla!

El nos ha aceptado (1:6). No podemos hacernos por nosotros mismos aceptables ante Dios, pero él, por su gracia, nos hace aceptos en Cristo. Esta es nuestra posición eterna que nunca cambiará. Algunas traducciones dicen: “que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado” (LBLA). O, él nos ha *congraciado* (traducción literal) con el Amado. Por la gracia de Dios en Cristo es que somos aceptados ante él. Pablo usando el mismo

Ricos

argumento: escribió a *Filemón* para animarle a que aceptara a su esclavo fugitivo, Onésimo. “Si algo te debe, yo lo pagaré. Recíbele como me recibirías a mí” (Filemón 17-19, parafraseado). Es fácil ver la comparación entre los dos hechos.

Bendiciones de Parte de Dios el Hijo (Efesios 1:7-12)

No debemos pensar que cada Persona de la deidad trabaja independientemente, porque todos ellos trabajaron unidos para hacer posible nuestra salvación. Pero cada Persona tiene un ministerio especial que realizar, un *depósito espiritual especial* que hacer en nuestra vida.

El nos ha redimido (1:7a). *Redimir* significa “comprar y liberar” por medio del pago de un precio. Había seis millones de esclavos en el Imperio Romano, quienes a menudo eran comprados y vendidos como muebles. Pero un hombre podía comprar un esclavo y liberarlo, y esto fue lo que hizo Jesús por nosotros. El precio fue su propia sangre (1 Pedro 1:18sigs.). Esto significa que somos libres de la ley (Gálatas 5:1), libres de la esclavitud al pecado (Romanos 6) y libres del poder de Satanás y el mundo (Gálatas 1:4 y Colosenses 1:13,14). ¡Si fuéramos esclavos, seríamos pobres, pero como somos hijos, somos ricos!

El nos ha perdonado (1:7b). La palabra *perdonar* significa “llevar fuera”. Esto nos recuerda el ritual judío en el día de la expiación (Levítico 16). En primer lugar, el sacerdote mataba uno de dos machos cabríos y esparcía su sangre ante Dios en el propiciatorio. Luego confesaba los pecados de Israel sobre el macho cabrío vivo y llevaba a este macho cabrío al desierto para que se perdiese. Cristo murió para llevar nuestros pecados de manera que nunca más volviéramos a verlos (Juan 1:29; Salmo 103:12). Ninguna acusación escrita se levanta contra nosotros porque

nuestros pecados han sido quitados. ¡El pecado nos ha empobrecido, pero la gracia nos ha enriquecido!

El nos ha revelado la voluntad de Dios (1:8-10). Esta carta tiene mucho que decir acerca del plan de Dios para su pueblo, un plan que no fue plenamente comprendido ni siquiera en la época de Pablo. La palabra *misterio* no tiene nada que ver con lo misterioso. Significa: un secreto sagrado, antes oculto, pero ahora revelado al pueblo de Dios. Nosotros, los creyentes, somos el *círculo íntimo* de Dios. Se nos permite tener parte en el *misterio* de que Dios, un día, unirá todas las cosas en Cristo. Desde que el pecado entró en el mundo, las cosas se han ido echando a perder. En primer lugar, el hombre fue separado de Dios (Génesis 3). Luego, el hombre se separó del hombre, cuando Caín mató a Abel (Génesis 4). La gente trató de mantener cierta clase de unidad por medio de la construcción de la torre de Babel (Génesis 11), pero Dios los castigó y los esparció por todo el mundo. Dios llamó a Abraham y estableció una diferencia entre el judío y el gentil, una diferencia que se mantuvo hasta la muerte de Cristo en la cruz. El pecado todo lo dispersa; pero en Cristo, Dios reunirá todo en la culminación de los tiempos. Nosotros somos parte de este gran programa eterno.

El nos ha hecho una herencia (1:11,12). La versión Reina-Valera dice: “en él asimismo tuvimos herencia”, pero “en él asimismo fuimos hechos una herencia” es también una traducción posible. Ambas cosas son ciertas y una incluye a la otra. En Cristo *tenemos* una maravillosa herencia (1 Pedro 1:1-4), y en Cristo *somos* una herencia. Somos valiosos para él. ¡Piensa en el precio que Dios pagó para comprarnos y hacernos parte de su herencia! Dios Hijo es el regalo de amor del Padre hacia nosotros; y nosotros somos el regalo de amor del Padre hacia su Hijo.

Ricos

Lee Juan 17 y fijate cuántas veces Cristo nos llama “los que me diste”. La Iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios 1:22,23), el edificio (2:19-22) y la esposa de Cristo (5:22,23). La futura herencia de Cristo depende de su Iglesia. Somos “coherederos con Cristo” (Romanos 8:17), lo cual significa que él no puede reclamar su herencia independientemente de nosotros.

Bendiciones de Parte de Dios el Espíritu (Efesios 1:13,14)

Ahora vamos de la eternidad pasada (vs.4-6) y la historia pasada (vs.7-12) a la experiencia inmediata de los creyentes en Efeso. El Espíritu Santo había obrado en sus vidas, y ellos lo sabían.

El nos ha sellado (1:13). En este versículo se presenta todo el proceso de la salvación, así que es mejor que lo examinemos con cuidado. Dice cómo el pecador llega a ser santo. En primer lugar, oye el evangelio de la salvación. Este consiste en las buenas nuevas de que Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó (1 Corintios 15:1 sigs.). Los efesios eran gentiles, y el evangelio fue “al judío primeramente” (Romanos 1:16). Pero Pablo, un judío, llevó el evangelio a los gentiles cuando compartió la Palabra de Dios con ellos.

Los efesios *oyeron el evangelio* y descubrieron que era para ellos su “salvación” (v.13). Aunque la Biblia enseña acerca de la elección, también proclama, “...Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Una persona que evangeliza no discute la elección con la gente que no es salva, porque es algo que concierne solamente a los creyentes. El anuncia simplemente la verdad del evangelio e invita a la gente a confiar en Cristo, y el Espíritu Santo hace el resto. D. L. Moody solía orar,

“Señor, salva a los elegidos... y luego ¡elige algunos más!” El mismo Dios que fija la meta de ganar almas, también nos da la manera de hacerlo. Esto es a través de la predicación del evangelio en el poder del Espíritu Santo.

Habiendo oído la Palabra, los efesios creyeron; y esta fe les trajo salvación (2:8,9). Esto ejemplifica lo que Pablo escribe en Romanos 10:13-15, de modo que lee ese pasaje con cuidado. Es el plan de Dios para el evangelismo. Cuando los efesios creyeron, fueron “sellados con el Espíritu Santo”. “Habiendo creído” debe leerse *cuando creísteis*. El Espíritu se recibe en el momento de confiar en Cristo. Esta no es una experiencia posterior a la conversión. (Lee Hechos 10:34-38.)

¿Cuál es el significado de ser sellado con el Espíritu Santo? En primer lugar, expresa una *transacción terminada*. Aun hoy, cuando se procesan documentos legales importantes, se sellan con el sello oficial para dar a entender la terminación del negocio. Este sello también implica *propiedad*: Dios nos ha puesto su sello porque nos ha comprado para que seamos suyos (1 Corintios 6:19,20). También significa *seguridad y protección*. El sello romano en la tumba de Jesús tenía este significado (Mateo 27:62-66). Así que, el creyente le pertenece a Dios y está seguro y protegido porque es parte de una transacción terminada. De acuerdo con Juan 14:16,17, el Espíritu Santo permanece con el creyente para siempre. Es posible que entristezcamos al Espíritu y, en consecuencia, perdamos las bendiciones de su ministerio (Efesios 4:30). Pero él no nos abandona.

Otro uso del sello es la señal de autenticidad. Tal como una firma en una carta confirma que el documento es genuino, así la presencia del Espíritu prueba que un creyente es genuino. “...Si alguno no tiene el Espíritu de

Ricos

Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). Lo que hace auténtica nuestra profesión no es simplemente nuestra profesión de labios, nuestra actividad religiosa, o nuestras buenas obras, sino el testimonio del Espíritu.

El nos ha dado las arras (1:14). ¡*Arras* es una palabra fascinante! En los días de Pablo significaba la fianza que garantizaba compra final de alguna mercadería o propiedad. Aun hoy en día se oye que algunos agentes de bienes raíces hablan de fianzas. El Espíritu Santo es el primer depósito de Dios para garantizarles a sus hijos que terminará su obra y los llevará finalmente a la gloria. La “redención de la posesión adquirida” se refiere a la redención del cuerpo en el momento del regreso de Cristo (Romanos 8:18-23; 1 Juan 3:1-3). La redención se experimenta en tres etapas:

- *Hemos sido redimidos* por la fe en Jesucristo (Efesios 1:7).
- *Nos redime a medida que* el Espíritu obra en nuestras vidas para hacernos más semejantes a Cristo (Romanos 8:1-4).
- *Seremos redimidos* cuando Cristo regrese y lleguemos a ser como él.

Pero la palabra traducida “arras” también significa *anillo de compromiso*. Hoy en día encontrarías que en Grecia usan esa palabra de esa manera. Pero, después de todo, ¿no es un anillo de compromiso una seguridad—una garantía—de que las promesas hechas serán cumplidas? Nuestra relación con Dios a través de Cristo no es tan sólo una relación *comercial*, sino también una experiencia personal de amor. Él es el esposo y su Iglesia es la novia. Sabemos que él vendrá por su novia porque nos ha dado su promesa y su Espíritu como *anillo de compromiso*. ¿Qué seguridad más grande podríamos pedir?

En este capítulo hemos examinado varias doctrinas básicas de la Biblia, todas referentes al tema de nuestras riquezas en Cristo. Sería provechoso que revisemos lo que estos versículos nos enseñan.

Las verdaderas riquezas vienen de Dios. Anima saber que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo trabajan en mi favor para enriquecerme. Dios no solamente “nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1 Timoteo 6:17), sino que nos da riquezas *eternas*, sin las cuales, todas las otras riquezas carecen de valor.

Una esposa desesperada buscó a un consejero matrimonial cristiano y le contó la triste historia de su matrimonio que estaba a punto de disolverse. —¡Pero tenemos tantas cosas!,— seguía diciendo ella. —Mire este anillo de diamantes que tengo. ¡Vale miles de dólares! Tenemos una valiosa mansión en una zona exclusiva. Tenemos tres automóviles y hasta una cabaña en la montaña. ¡Tenemos todo lo que el dinero puede comprar!

El consejero respondió: —Es bueno tener las cosas que el dinero puede comprar con tal que no pierda las cosas que el dinero no puede comprar. ¿De qué vale una casa costosa si no hay un hogar? ¿O un anillo costoso si no hay amor?

En Cristo, tenemos las cosas que el dinero no puede comprar, y estas riquezas espirituales ponen a nuestra disposición toda la vasta creación de Dios. Disfrutamos de tales riquezas porque conocemos y amamos al Dador.

Todas estas riquezas vienen por la gracia de Dios y para la gloria de Dios. ¿Te has dado cuenta de que, después de cada sección principal en los versículos 4-14, Pablo ha añadido el propósito que se halla detrás de estos dones? ¿Por qué nos ha elegido Dios el Padre? ¿Por qué nos ha adoptado? ¿Por qué nos ha aceptado? “Para

Ricos

alabanza de la gloria de su gracia” (v.6). ¿Por qué nos ha redimido Dios el Hijo? ¿Por qué nos ha perdonado? ¿Por qué nos ha revelado la voluntad de Dios y nos ha hecho parte de la herencia de Dios? “A fin de que seamos para alabanza de su gloria” (v.12). ¿Por qué Dios el Espíritu Santo nos ha sellado y se ha convertido en la garantía de nuestras bendiciones futuras? “Para alabanza de su gloria” (v.14).

A menudo tenemos la idea de que Dios salva a los pecadores principalmente porque les tiene lástima, o quiere rescatarlos del juicio eterno, pero el propósito mayor de Dios es que él sea glorificado. Su creación revela su sabiduría y poder, y su Iglesia revela su amor y gracia. No puedes merecer ni ganar estas riquezas espirituales. Sólo puedes recibirlas por gracia, por medio de la fe.

¡Estas riquezas son sólo el principio! Siempre habrá riqueza espiritual disponible al caminar con Dios. La Biblia es nuestra guía y el Espíritu Santo es nuestro maestro. A medida que escudriñamos la Palabra de Dios, descubrimos más y más las riquezas que tenemos en Cristo. Estas riquezas fueron planeadas por el Padre, adquiridas por el Hijo y presentadas por el Espíritu. No hay, en realidad, ninguna necesidad de que vivamos en pobreza cuando todas las riquezas de Dios están a nuestra disposición.

Un amigo mío estaba tratando un asunto de dinero con su esposa y ninguno de los dos se dio cuenta que su hijito los estaba escuchando. Finalmente el niño interrumpió con la siguiente sugerencia: “¿Por qué no les mandan uno de esos papelitos?” El pequeño no entendía que era necesario tener dinero en el banco para respaldar el cheque, que en su forma de pensar, era un *papelito*. Pero nosotros nunca enfrentamos ese problema cuando se trata de nuestra riqueza espiritual.

¡Cuán Rico Eres!

Carlos Spurgeon escribió un libro devocional titulado *El Libro de Cheques del Banco de la Fe*. En este se da una promesa de la Biblia para cada día del año junto con un corto mensaje devocional. El autor dice que cada promesa es tan buena como tener dinero en el banco para cualquiera que lo pida por fe, tal como si una persona escribiera un cheque de su cuenta bancaria. Por fe podemos pedir las promesas de Dios y tomar de su ilimitada riqueza para suplir cada necesidad que enfrentemos.

Efesios 1:15-23

¹⁵Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, ¹⁶no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, ¹⁷para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, ¹⁸alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, ¹⁹y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, ²⁰la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, ²¹sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; ²²y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, ²³la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Mira tu Libreta Bancaria

El 6 de enero de 1822, la esposa de un pastor pobre de Alemania tuvo un hijo, sin soñar jamás que un día éste alcanzaría renombre mundial y una gran riqueza. Cuando Enrique Schliemann tenía siete años de edad, un cuadro de la antigua Troya en llamas capturó su imaginación. Contrario a lo que mucha gente creía, Enrique sostenía que los grandes poemas de Homero, *La Iliada* y *La Odisea*, estaban basados en hechos históricos y decidió comprobarlo. En 1873 descubrió el sitio de la antigua Troya, junto con algunos fabulosos tesoros que sacó de contrabando del país, ante el enojo del gobierno turco. Schliemann llegó a ser famoso y rico porque se atrevió a creer un registro antiguo y actuar a base de esa fe.

Nosotros descubrimos que *nacimos ricos* cuando confiamos en Cristo. Pero esto no es suficiente, porque debemos ahondar en nuestra comprensión de las riquezas que tenemos, si es que alguna vez vamos a usarlas para la gloria de Dios. Hay demasiados creyentes que nunca han mirado su libreta bancaria para descubrir la vasta riqueza espiritual que Dios ha depositado en la cuenta que tienen a través de Jesucristo. Son como el fallecido editor de periódico, William Randolph Hearst, quien invirtió una fortuna coleccionando tesoros del arte de todo el mundo. Un día el señor Hearst encontró una descripción de unas piezas valiosas que quiso poseer, así que envió a su agente al exterior para encontrarlas. Después de meses de búsqueda, el agente informó que al fin había encontrado los tesoros. Estaban en el almacén del señor Hearst. ¡Hearst había estado buscando frenéticamente tesoros que ya

Ricos

poseía! Si hubiera leído el catálogo de sus tesoros, se habría ahorrado una gran cantidad de dinero y molestias.

Pablo deseaba que los creyentes de Efeso comprendieran la gran riqueza que tenían en Cristo. El sabía de su amor y fe, y le traía gozo. La vida cristiana tiene dos dimensiones: fe hacia Dios y amor hacia los hombres, y no se les puede separar. Pero Pablo sabía que la fe y el amor no eran sino el principio. Los efesios necesitaban saber mucho más. Por esta razón es que oraba por ellos, y por nosotros.

En las oraciones de Pablo en la cárcel (Efesios 1:15-23; 3:14-21; Filipenses 1:9-11; Colosenses 1:9-12), descubrimos las bendiciones que él quería que sus convertidos disfrutasen. En ninguna de estas oraciones Pablo pide cosas materiales. Su énfasis está en la percepción espiritual y el verdadero carácter cristiano. El no le pide a Dios que les dé lo que ellos no tienen, sino más bien, ora para que Dios les revele lo que ellos ya tienen.

Antes de estudiar las cuatro peticiones de Pablo en esta oración para iluminación, debemos notar dos hechos. En primer lugar, la iluminación viene del Espíritu Santo. El es el Espíritu de sabiduría y revelación (Isaías 11:2; Juan 14:25,26; 16:12-14). El hombre, con su mente natural, no puede comprender las cosas de Dios. Necesita que el Espíritu lo ilumine (1 Corintios 2:9-16). El Espíritu Santo nos revela la verdad de la Palabra, y luego nos da la sabiduría para comprenderla y aplicarla. También nos da el poder—la capacidad—para practicar la verdad (Efesios 3:14-21).

En segundo lugar, esta iluminación va al corazón del creyente (1:18). Literalmente este versículo dice: “los ojos de vuestro corazón sean alumbrados”. Al hablar del corazón pensamos en la parte emocional del hombre, pero

Mira tu Libreta Bancaria

en la Biblia, corazón significa el hombre interior, e incluye las emociones, la mente y la voluntad. El hombre interior, el corazón, tiene facultades espirituales que son paralelas a los sentidos físicos. El hombre interior puede *ver* (Salmo 119:18; Juan 3:3), *oír* (Mateo 13:9; Hebreos 5:11), *gustar* (Salmos 34:8; 1 Pedro 2:3), *oler* (Filipenses 4:18; 2 Corintios 2:14) y *palpar* (Hechos 17:27). Esto es lo que Jesús quería decir cuando le dijo a la gente: "...porque viendo no ven, y oyendo no oyen" (Mateo 13:13). La incapacidad para ver y comprender las cosas espirituales no es culpa de la inteligencia, sino del corazón. Los ojos del corazón deben ser abiertos por el Espíritu de Dios.

Pablo oró para que los ojos de los creyentes efesios se abriesen para ver cuatro realidades espirituales:

Que Conozcan a Dios (Efesios 1:17b)

Esto, por supuesto, es el conocimiento más elevado que se puede alcanzar. El *ateo* afirma que no hay Dios que podamos conocer, y el *agnóstico* declara que, si hay un Dios, no podemos conocerlo. Pero Pablo ha encontrado a Dios en la persona de Jesucristo, y él sabe que una persona no puede en realidad comprender mucho acerca de otras cosas sin tener conocimiento de Dios.

Esta ignorancia voluntaria en cuanto a Dios llevó a la humanidad a la corrupción y a la condenación. En Romanos 1:18sig., Pablo describe las etapas en la regresión del hombre: De la ignorancia voluntaria en cuanto a Dios a la idolatría (sustituyendo la verdad con la mentira), a la inmoralidad y a la indecencia. ¿Dónde comienza esto? Comienza con una falta de disposición de conocer a Dios como Creador, Sustentador, Gobernador, Salvador y Juez.

El creyente debe crecer en su conocimiento de Dios. Conocer a Dios personalmente es salvación (Juan 17:3).

Ricos

Aumentar ese conocimiento cada vez más es santificación (Filipenses 3:10). Conocerlo perfectamente es glorificación (1 Corintios 13:9-12). Ya que fuimos hechos a la imagen de Dios (Génesis 1:26-28), cuanto mejor lo conozcamos, mejor nos conoceremos a nosotros mismos y los unos a los otros. No es suficiente conocer a Dios sólo como nuestro Salvador. Debemos llegar a conocerle como Padre, Amigo y Guía, y cuanto mejor le conozcamos, más satisfactoria será nuestra vida espiritual.

Un día, después de una lección bíblica, un creyente me dijo: “¡Me alegro mucho de haber venido! ¡Usted me dio dos buenos versículos para usar en contra de mi vecino malvado!” Es cierto que hay momentos en que usamos la Palabra de Dios como una espada para derrotar al enemigo, pero ese no es el propósito principal de la escritura de la Biblia.

Que Conozcan el Llamamiento de Dios (Efesios 1:18a)

La palabra *llamado* es un término importante en el vocabulario del creyente. La palabra *iglesia* es una combinación de dos palabras griegas que significan *llamados fuera*. Pablo nunca se cansó de testificar que Dios le había llamado “...por su gracia” (Gálatas 1:15); y le recordaba a Timoteo que el creyente tiene un “llamamiento santo” (2 Timoteo 1:9). Hemos sido llamados “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9), y aun a “gloria” (2 Pedro 1:3). Dios nos llama por su gracia y no por algún mérito que tengamos.

Pablo quiere que comprendamos cuál es la esperanza que tenemos como resultado de este llamamiento (Efesios 4:4). Algunos llamamientos no ofrecen esperanza alguna, pero el llamamiento que tenemos en Cristo nos asegura un futuro agradable. Ten siempre presente que la palabra

Mira tu Libreta Bancaria

esperanza en la Biblia no significa *espero que así sea*, como cuando un niño espera una muñeca o una bicicleta como regalo de Navidad. La palabra conlleva el sentido de seguridad para el futuro. La esperanza del creyente es, por supuesto, el regreso de Jesucristo por su Iglesia (1 Tesalonicenses 4:13-18; 1 Juan 3:1-3). Cuando estábamos perdidos, nos hallábamos “sin esperanza” (Efesios 2:12); pero en Jesucristo tenemos una “esperanza viva” (1 Pedro 1:3) que nos anima día a día.

El doctor Kenneth Chafin, un autor bautista muy conocido, nos cuenta acerca de un pastor y un diácono que estaban visitando a futuros miembros de la iglesia y llegaron a una hermosa casa en una urbanización lujosa, rodeada por un césped que parecía una alfombra de terciopelo. En la entrada había dos costosos automóviles, y a través de la ventana panorámica, los hombres vieron al dueño recostado en un sillón y mirando el televisor a colores. El diácono se dirigió al pastor y dijo, “¿Qué podríamos darle a *él* que ya no tenga?”

Cuán propensos estamos a confundir precios y valores. Efeso era una ciudad rica. Alardeaba con el Templo de Diana, una de las maravillas del mundo antiguo. Hoy, Efeso es un paraíso arqueológico, pero toda su riqueza y esplendor han desaparecido. ¡Pero los creyentes que una vez vivieron allá ahora están en el cielo, disfrutando la gloria de Dios!

La esperanza que corresponde a nuestro llamamiento debe ser una fuerza dinámica en nuestra vida, que nos anime a ser puros (1 Juan 2:28-3:3), obedientes (Hebreos 13:17) y fieles (Lucas 12:42-48). El hecho de que un día veremos a Cristo y seremos como él debe motivarnos a vivir como Cristo hoy.

Ricos

Que Conozcan las Riquezas de Dios (Efesios 1:18b)

Esta frase no se refiere a nuestra herencia en Cristo (1:11), sino a su herencia en nosotros. Esta es una verdad asombrosa: ¡que Dios nos vea como parte de su gran riqueza! Tal como las riquezas de un hombre le dan gloria a su nombre, así Dios recibe gloria de la Iglesia por lo que él ha invertido en nosotros. Cuando Jesucristo regrese, seremos “para alabanza de la gloria de su gracia” (Efesios 1:6).

Dios nos trata a base de nuestro futuro, no a nuestro pasado. Al cobarde Gedeón le dijo: “...Jehová está contigo, varón esforzado y valiente” (Jueces 6:12). Al hermano de Andrés, Jesús le dijo: “Tú eres Simón... tú serás llamado Cefas (que quiere decir Pedro)” (Juan 1:42). Gedeón ciertamente llegó a ser un hombre poderoso y de valor, y Simón también llegó a ser Pedro, una roca. Por cuanto nosotros, los creyentes, somos la herencia de Dios, debemos vivir para agradarle y glorificarle hasta el regreso de Cristo.

Esta verdad nos sugiere que Cristo no entrará a su gloria prometida hasta que la Iglesia esté allá para compartirla con él. El oró por esto antes de morir, y esta oración será contestada (Juan 17:24). Cristo será glorificado en nosotros (2 Tesalonicenses 1:10), y nosotros seremos glorificados en él (Colosenses 3:4). El hecho de conocer esto debe guiar al creyente a una vida de dedicación y devoción al Señor.

Que Conozcan el Poder de Dios (Efesios 1:19-23)

Al hacernos su herencia, Dios nos ha mostrado su amor. Al prometernos un futuro maravilloso, ha fortalecido nuestra esperanza. Pablo presentó algunas cosas para estimular nuestra fe: “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos...” (v.19). Tan

Mira tu Libreta Bancaria

grande es esta verdad que Pablo recurre a muchas palabras diferentes del vocabulario griego para enfatizar el concepto: *dúnamis*—“poder” como en dínamo y dinamita; *enérgεια*—“operación” como en energía; *kratos*—“fuerza”; *ischus*—“poder”. Pablo habla de dinámica divina, y energía eterna, a nuestra disposición.

Después de todo, ¿de qué vale tener riqueza si estás demasiado débil para utilizarla? ¿O si les temes tanto a los ladrones que no puedes en verdad disfrutarla? John D. Rockefeller fue el primer señor en el mundo de acaparar una fortuna de más de mil millones de dólares. Se dice que por muchos años vivió de galletas y leche por causa de problemas estomacales causados por la preocupación que lo agobiaba en cuanto a su riqueza. Rara vez dormía bien por las noches, y los guardias estaban constantemente a su puerta, ¡Rico, pero miserable! Cuando comenzó a compartir su riqueza con otros en grandes esfuerzos filantrópicos, su salud mejoró considerablemente y vivió hasta llegar a la vejez.

Nosotros, los creyentes, necesitamos poder por varias razones. En primer lugar, por naturaleza somos demasiado débiles para apreciar esta riqueza y apropiarnos de ella, y también para usarla como deberíamos hacerlo. “...El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41). Entregar esta vasta riqueza espiritual a un simple ser humano, que vive en la sabiduría y fuerza humanas, sería como darle una bomba atómica a un niño de dos años de edad. El poder de Dios nos capacita para usar la riqueza de Dios.

Pero hay una segunda razón por la cual necesitamos el poder de Dios. Hay enemigos que nos quieren robar nuestra riqueza (Efesios 1:21; 6:11,12). Nunca podríamos derrotar a estos adversarios espirituales con nuestro propio poder, pero sí podemos hacerlo a través del poder del

Ricos

Espíritu. Pablo quiere que conozcamos la grandeza del poder de Dios para que no dejemos de usar nuestra riqueza, y para que el enemigo no nos prive de la misma.

El poder se ve en la resurrección de Jesucristo. En el Antiguo Testamento, la gente medía el poder de Dios por la creación (Isaías 40:12-27) o por su milagro en el éxodo de Israel de Egipto (Jeremías 16:14). Pero ahora medimos el poder de Dios por el milagro de la resurrección de Cristo. Esto implica mucho más que el simple hecho de resucitarle de los muertos, ya que Cristo también ascendió al cielo y se sentó en el lugar de autoridad a la diestra de Dios. El no es solamente nuestro Salvador; es también Soberano (Hechos 2:25-36). Ninguna autoridad ni poder, humano o del mundo espiritual, es mayor que el de Jesucristo, el Hijo de Dios exaltado. El está “sobre todo”, y ningún enemigo futuro puede vencerle, porque ha sido exaltado “sobre todo” poder (Efesios 1:21).

¿Pero cómo aplica esto a nosotros? En los versículos 22 y 23, Pablo explica la aplicación práctica. Por cuanto somos creyentes, estamos en la Iglesia, la cual es el cuerpo de Cristo, y él es la cabeza. Esto significa que hay una relación vital entre Cristo y tú. Físicamente hablando, la cabeza controla el cuerpo y lo mantiene funcionando adecuadamente. Si se daña alguna parte del cerebro, se atrofiará o paralizará la parte correspondiente del cuerpo. Cristo es nuestra cabeza espiritual. Estamos unidos a él como miembros de su cuerpo, a través del Espíritu Santo. Esto significa que compartimos su resurrección, ascensión y exaltación. (Pablo ampliará esto más adelante.) Nosotros, también, estamos sentados en “los lugares celestiales” (2:6), y todas las cosas están bajo nuestros pies (ve 1:22).

Con razón Pablo quiere que conozcamos “...la supereminente grandeza de su poder para con nosotros...”. Sin este

Mira tu Libreta Bancaria

poder no podemos hacer uso de nuestra gran riqueza en Cristo.

Recuerdo haber ido al hospital con una señora que era miembro de nuestra iglesia para procurar conseguir que su esposo firmara un papel que la autorizara a retirar de su cuenta privada para poder pagar las cuentas. El hombre estaba tan débil que no podía firmar el papel. Finalmente tuvo que conseguir testigos para verificar la “X” en el documento. Su debilidad casi la privó de su riqueza.

El poder del Espíritu Santo, a través de Cristo quien resucitó y ascendió, está a disposición de todos los creyentes, por fe. Su poder es “para con nosotros los que creemos” (v.19). Es la gracia que provee la riqueza, pero es la fe que se apodera de ella. Somos salvos “por gracia... por medio de la fe” (Efesios 2:8,9), y vivimos “por la gracia”, por medio de la fe (1 Corintios 15:10).

En los cuatro evangelios vemos el poder de Dios actuando en el ministerio de Jesucristo, pero en el libro de los Hechos vemos aquel mismo poder actuando en hombres y mujeres comunes, miembros del Cuerpo de Cristo. ¿Qué transformación ocurrió en la vida de Pedro entre el fin de los evangelios y el comienzo del libro de los Hechos? ¿Qué marcó la diferencia? El poder de la resurrección de Jesucristo (Hechos 1:8).

La carencia más grande de poder en la actualidad no está en nuestros generadores o tanques de gasolina. Está en nuestra vida personal. ¿Será respondida la oración de Pablo en tu vida? ¿Comenzarás, desde hoy, a conocer personalmente a Dios, su llamamiento, sus riquezas y su poder?

Efesios 2:1-10

¹Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, ²en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, ³entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. ⁴Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, ⁵aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), ⁶y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, ⁷para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. ⁸Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; ⁹no por obras, para que nadie se gloríe. ¹⁰Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

Sal del Cementerio

Habiendo descrito nuestras *posesiones* espirituales en Cristo, Pablo pasa a una verdad adicional: nuestra *posición* espiritual en Cristo. Primero explica lo que Dios ha hecho por todos los pecadores en general; luego, lo que Dios hizo por los gentiles en particular. El pecador que confía en Cristo ha resucitado y se ha sentado en el trono (2:1-10), y los creyentes tanto judíos como gentiles, han sido reconciliados y edificados en el templo (2:11-22). ¡Qué milagro de la gracia de Dios! Somos sacados del gran cementerio del pecado y puestos en el salón real de la gloria.

Tal vez la forma más fácil de abordar este párrafo extenso sea viendo en él cuatro obras específicas.

La Obra del Pecado Contra Nosotros (Efesios 2:1-3)

Un editor me pidió un retrato de cuerpo entero que pudieran ampliar al tamaño real y usar en su convención a fin de promover mis grabaciones. Un amigo mío tomó la fotografía, y fue una nueva experiencia para mí. Estaba acostumbrado a sentarme para fotografías de los hombros a la cabeza, pero pararme para una foto de cuerpo entero era algo nuevo. Tenía que estar atento a mi postura, los pies tenían que estar correctamente ubicados y los brazos y las manos, por lo general olvidados, tenían que ponerse en una posición correcta. Por fortuna mi amigo era un fotógrafo experto y logramos tener una foto muy buena en poco tiempo. En estos tres versículos, Pablo nos da una foto de cuerpo entero de la terrible condición espiritual de una persona que no es salva. Fíjate en sus características:

Ricos

Está muerta (2:1). Por supuesto, esto significa muerto espiritualmente; sea que es incapaz de comprender y apreciar las cosas espirituales. No posee vida espiritual y no puede hacer nada por sí mismo para agradar a Dios. Tal como una persona físicamente muerta no responde a los estímulos físicos, así una persona muerta espiritualmente es incapaz de responder a las cosas espirituales. Un cadáver no oye la conversación que se desarrolla en el salón del funeral. No tiene apetito por la comida ni por la bebida; no siente dolor; está muerto. De la misma manera sucede con el hombre interior de una persona que no es salva. Sus facultades espirituales no funcionan, y no pueden hacerlo hasta que Dios les dé vida; “Viendo no ven, y oyendo no oyen...” (Mateo 13:13). La causa de esta muerte espiritual es “delitos y pecados” (Efesios 2:1). “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). En la Biblia, “muerte” significa básicamente *separación*, no solo físicamente, como la separación del espíritu y del cuerpo (Santiago 2:26), sino también espiritualmente, cuando el espíritu se separa de Dios (Isaías 59:2).

¡El incrédulo no está enfermo; está muerto! No necesita ser revivido; necesita resurrección. Todos los pecadores perdidos están muertos, y la única diferencia entre un pecador y otro es el estado de descomposición. Un vago callejero puede estar exteriormente más corrupto que el líder social incrédulo, pero ambos están muertos en pecado, ¡y un cadáver no puede estar más muerto que otro! Esto significa que el mundo es un vasto cementerio, lleno de gente que está muerta mientras vive (1 Timoteo 5:6).

Es desobediente (2:2,3a). Este fue el principio de la muerte espiritual del hombre, la desobediencia a la voluntad de Dios. Dios dijo: “El día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Satanás dijo: “No moriréis”

Sal del Cementerio

(Génesis 3:4), y como creyeron esta mentira, el primer hombre y la primera mujer pecaron, y experimentaron en forma inmediata la muerte espiritual y por último la muerte física. Desde aquel momento, la humanidad ha vivido en desobediencia a Dios. Hay tres fuerzas que animan al hombre en su desobediencia: el mundo, el diablo y la carne.

El mundo, o sistema mundial, presiona a cada persona para que se conforme al mismo (Romanos 12:2). Jesucristo no fue “de este mundo” y tampoco lo es su pueblo (Juan 8:23; 17:14). Pero la persona que no es salva, está controlada por los valores y actitudes de este mundo, ya sea en forma consciente o inconsciente.

El diablo es “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Esto no significa que Satanás esté trabajando personalmente en la vida de cada incrédulo, ya que Satanás, como ser creado que es, está limitado al espacio. A diferencia de Dios, quien es omnipresente, Satanás no puede estar en todo sitio a la vez. Pero, por medio de sus demonios (Efesios 6:11,12) y su poder sobre el sistema mundial (Juan 12:31), Satanás influye en la vida de todos los incrédulos, y también busca influir en la de los creyentes. Quiere convertir a las personas en “hijos de desobediencia” (Efesios 2:2; 5:6). El mismo fue desobediente a Dios, así que quiere que otros le desobedezcan también.

Uno de los principales instrumentos de Satanás para conseguir que la gente desobedezca a Dios es la mentira. El es mentiroso (Juan 8:44), y fue su mentira en el principio de la historia humana, “No moriréis”, la que hundió a la raza humana en el pecado. Las multitudes no salvas en el sistema mundial del día de hoy desobedecen a Dios porque creen en las mentiras de Satanás. Cuando una persona cree una mentira, se convierte en hijo de desobediencia.

Ricos

La carne es la tercera fuerza que anima al hombre a desobedecer a Dios. Al referirse a *la carne*, el apóstol Pablo no quiere decir cuerpo, porque en sí, el cuerpo, no es pecaminoso. *La carne* se refiere a aquella naturaleza caída con la que nacimos, que quiere controlar el cuerpo y la mente y hacernos desobedecer a Dios. Un evangelista amigo mío tituló una vez su mensaje con las palabras: “La razón por la que su perro hace lo que hace”, y, por supuesto, muchos amantes de los perros vinieron a escucharle. Lo que tenía que decir era obvio, pero a menudo pasado por alto: “Un perro se porta como perro porque tiene naturaleza de perro”. Si en algún modo se pudiera trasplantar al perro la naturaleza del gato, su conducta cambiaría en forma radical. ¿Por qué se porta un pecador como tal? Porque tiene la naturaleza de pecador (Salmo 51:5; 58:3). La Biblia llama a esta naturaleza pecaminosa, la carne.

¿Te parece raro que la persona que no es salva sea desobediente a Dios? ¡No debería, porque está controlada por el mundo, la carne y el diablo, los tres grandes enemigos de Dios! Y no puede cambiar su propia naturaleza ni, por sí mismo, vencer al mundo y al diablo. Necesita ayuda exterior, y tal ayuda puede venir tan sólo de Dios.

Es depravada (2:3b). El pecador perdido vive para agradar los deseos de la carne y los deseos de la mente (traducción literal). Sus acciones son pecaminosas porque sus apetitos son pecaminosos. Cuando se aplica la palabra *depravada* a una persona que no es salva, no se dice que la tal *solamente* hace el mal, o que es incapaz de hacer algún bien. Tan sólo se dice que es incapaz de hacer algo que le haga merecer su salvación o que alcance las altas normas de la santidad de Dios. Jesús dijo que los pecadores se hacen el bien mutuamente (Lucas 6:33) y a sus hijos (Lucas 11:13), pero no pueden hacer nada espiritualmente

bueno para agradar a Dios. La gente de Malta, quién trató bondadosamente a Pablo y a sus amigos después del naufragio, indudablemente hizo buenas obras, pero aun así necesitaba ser salva (Hechos 28:1,2).

Está sentenciada (2:3c). ¡Por naturaleza, hijos de ira! ¡Por acciones, hijos de desobediencia! La persona que no es salva ya está condenada (Juan 3:18). La sentencia ha sido dictada, pero Dios en su misericordia demora su ejecución (2 Pedro 3:8-10). El hombre no puede salvarse a sí mismo, pero Dios en su gracia entra en acción para hacer posible la salvación. “¡Pero Dios!”—¡qué diferencia hacen aquellas dos palabras! Esto nos lleva a la segunda obra.

La Obra de Dios por Nosotros (Efesios 2:4-9)

Ahora la atención está puesta en Dios, no en el pecador. “La salvación es de Jehová” (Jonás 2:9). Se nos recuerdan cuatro actividades que Dios realizó en beneficio de los pecadores para salvarlos de las consecuencias de sus pecados.

Nos amó (2:4). Por naturaleza, “Dios es amor” (1 Juan 4:8). Pero Dios amaría aun si no hubiera pecadores, porque el amor es parte de su misma esencia. Los teólogos llaman amor uno de los atributos de Dios. Pero Dios tiene dos clases de atributos: aquellos que posee en sí mismo (atributos intrínsecos, tales como vida, amor, santidad), y aquellos por los cuales se relaciona con su creación, especialmente con el hombre (atributos relativos). Por ejemplo, por naturaleza Dios es *verdad*; pero cuando se relaciona con el hombre, la verdad de Dios se torna en *fidelidad*. Dios es *santo* por naturaleza; y cuando relaciona tal santidad con el hombre, se convierte en *justicia*.

Ricos

El amor es uno de los atributos intrínsecos de Dios, pero cuando este amor se relaciona con los pecadores, se convierte en *gracia* y *misericordia*. Dios es “rico en misericordia” (2:4) y en “gracia” (2:7), y estas riquezas hacen posible que los pecadores sean salvos. Algunas personas se sorprenden mucho cuando descubren que no somos salvos por el amor de Dios, sino por la misericordia y la gracia de Dios. En su misericordia, él no nos da lo que merecemos, y en su gracia nos da lo que no merecemos. Y todo esto es posible por la muerte de Jesucristo en la cruz. En el Calvario Dios exhibió su odio por el pecado y su amor por los pecadores (Romanos 5:8; Juan 3:16).

Nos dio vida (2:5). Esto significa que nos vivificó, aun cuando estábamos muertos en pecados. Él realizó esta resurrección espiritual por el poder del Espíritu, usando la Palabra. Los cuatro evangelios registran que Jesús resucitó de los muertos a tres personas: el hijo de la viuda (Lucas 7:11-17), la hija de Jairo (Lucas 8:49-56) y Lázaro (Juan 11:41-46). En cada caso él pronunció la Palabra y ésta dio vida. “La palabra de Dios es viva y eficaz” (Hebreos 4:12). Estas tres resurrecciones físicas son cuadros de la resurrección espiritual que le acontece al pecador cuando oye la Palabra y cree (Juan 5:24).

Pero nuestra resurrección espiritual es mucho mayor porque nos pone en unión con Cristo: Dios “nos dio vida juntamente con Cristo”. Como miembros de su cuerpo, estamos unidos a él (Efesios 1:22,23), de modo que compartimos la vida y el poder de su resurrección (Efesios 1:19,20).

Nos exaltó (2:6). No nos levanta de los muertos para dejarnos en el cementerio. Ya que estamos unidos a Cristo, hemos sido exaltados con él para compartir su trono y lo celestial. Nuestra posición física puede estar en la tierra,

Sal del Cementerio

pero nuestra posición espiritual está en “los lugares celestiales en Cristo Jesús”. Tal como Lázaro, hemos sido llamados de la tumba para sentarnos con Cristo y disfrutar la comunión con él (Juan 12:1,2).

Nos guarda (2:7-9). El propósito de Dios al redimirnos no es tan sólo rescatarnos del infierno, aun cuando esta obra sea inmensa. Su propósito final al salvarnos es que la Iglesia pueda glorificar la gracia de Dios por toda la eternidad (Efesios 1:6,12,14). Así que, si Dios tiene un propósito eterno para nosotros, él nos guardará por toda la eternidad. Ya que no nos hemos salvado por nuestras buenas obras, no podemos perdernos por nuestras malas obras. Gracia significa salvación completamente aparte de cualquier mérito u obra de nuestra parte. ¡Gracia significa que Dios lo hace todo por amor a Jesús! Nuestra salvación es don de Dios. (La palabra *esto* en el versículo 8, en el griego, es del género neutra; en tanto que *fe* es femenino. Por lo tanto *esto* no puede referirse a la *fe*. Se refiere a la experiencia completa de la salvación incluyendo la fe.) La salvación es un regalo, no una recompensa.

La salvación no puede ser “por obras” porque la obra de salvación ya ha sido consumada en la cruz. Esta es la obra que Dios hace *por* nosotros, y es una obra terminada (Juan 17:1-4; 19:30). No podemos añadirle nada (Hebreos 10:1-14); ni osamos quitarle nada. Cuando Jesús murió, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba hacia abajo, dando a entender que el camino a Dios ahora estaba abierto. No hay más necesidad de sacrificios terrenales. Un solo sacrificio—el del Cordero de Dios—completó la gran obra de la salvación. Dios lo hizo todo, y lo hizo por su gracia.

El pecado obró en contra de nosotros y Dios obró a nuestro favor, pero la gran obra de conversión es sólo el principio.

Ricos

La Obra de Dios en Nosotros (Efesios 2:10a)

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús...”. La palabra griega traducida “hechura” es *poiema*, de la cual se deriva nuestra palabra *poema*. Aquella palabra significa *lo que se hace, un producto manufacturado*. En otras palabras, nuestra conversión no es el fin; sino el principio. Somos “nueva criatura” de Dios (2 Corintios 5:17), y Dios continúa obrando en nosotros para hacer lo que él quiere que seamos. Su propósito es hacernos más semejantes a Cristo (Romanos 8:29)

¿Pero cómo obra Dios en nosotros? A través de su Espíritu Santo, “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Cristo concluyó su obra de redención en la cruz, pero se levantó de los muertos y volvió al cielo. Allí lleva adelante su obra inconclusa de perfeccionar a su Iglesia (Efesios 4:7-16; Hebreos 13:20,21). Cristo nos está equipando para nuestro andar y nuestro actuar aquí en la tierra. Para hacerlo, utiliza tres instrumentos especiales: la Palabra de Dios (1 Tesalonicenses 2:13), la oración (Efesios 3:20,21) y el sufrimiento (1 Pedro 4:11-14). Cuando leemos la Palabra de Dios, la comprendemos, meditamos en ella y nos alimentamos de ella. La Palabra comienza a obrar en nuestra vida para limpiarnos y nutrirnos. Cuando oramos, el Espíritu de Dios obra en nosotros para darnos poder. Cuando sufrimos, el Espíritu de Dios nos consuela. El sufrimiento nos hace volver a la Palabra y a la oración, y el ciclo se repite.

Hay demasiados creyentes que piensan que la conversión es la única experiencia que importa, y que no hay nada posterior a ella. Pero esto es una equivocación. Podemos usar la resurrección de Lázaro como ejemplo. Después de haber resucitado a Lázaro de los muertos, Jesús dijo: “Desatadle, y dejadle ir” (Juan 11:44). En otras

Sal del Cementerio

palabras: este hombre ahora está vivo. ¡Quítenle la mortaja! Pablo tiene en mente este concepto en Efesios 4:22-24 cuando escribe: “En cuanto a la pasada manera de vivir [conducta], despojaos del viejo hombre, que está viciado... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”. Colosenses 3:1 tiene el mismo mensaje: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba...”.

El mismo poder de resurrección que te salvó y sacó del cementerio del pecado, puede ayudarte a vivir diariamente para Cristo y glorificarle. A pesar de lo que le costó, Dios obró en favor nuestro en la cruz. Y hoy en día, a base de aquel precio pagado en el Calvario, él obra en nosotros para conformarnos a la imagen de Cristo. Dios no puede obrar en nosotros a menos que antes haya obrado *por* nosotros, y nosotros hayamos confiado en su Hijo. Asimismo, él no puede obrar a través de nosotros a menos que él obre en nosotros. Esta es la razón por la cual es importante que pases tiempo diariamente en la Palabra y en la oración, y te rindas a Cristo durante los tiempos de sufrimiento. Porque es a través de la Palabra, la oración y el sufrimiento que Dios obra en ti.

La Biblia muestra muchos ejemplos de este principio. Dios pasó 40 años obrando en Moisés antes de que pudiera obrar a través de él. Al principio de su ministerio, Moisés era impetuoso y dependía de su propia fuerza. Mató al egipcio y tuvo que huir de Egipto, siendo ésta una manera poco exitosa de comenzar un ministerio. Pero durante aquellos 40 años viviendo como un humilde pastor en el desierto, Moisés experimentó la obra de Dios en su vida, una obra que le preparó para otros 40 años de servicio magnífico.

Ricos

Hay otros ejemplos. José sufrió durante trece años antes de que Dios lo pusiera en el trono de Egipto, siendo el segundo después de faraón. David fue ungido rey cuando era joven, pero no alcanzó el trono hasta que hubo sufrido muchos años de exilio. Aun el apóstol Pablo pasó tres años en Arabia después de su conversión, experimentando, sin duda, la profunda obra de Dios preparándolo para su ministerio. Dios tiene que obrar en nosotros antes de que pueda hacerlo a través de nosotros, y esto nos lleva a la cuarta obra de nuestro pasaje.

La Obra de Dios a Través de Nosotros (Efesios 2:10b)

Somos "...creados en Cristo Jesús para buenas obras...". No somos salvos *por* buenas obras, pero sí *para* buenas obras. El famoso teólogo Juan Calvino escribió: "Es la fe sólo la que justifica, pero la fe que justifica nunca puede estar sola". No somos salvos por fe más buenas obras, sino por una fe que obra. El pasaje bíblico básico sobre este tema es Santiago 2, donde el escritor indica que la fe que salva siempre resulta en una vida cambiada. No es suficiente decir que tenemos fe, sino que debemos demostrar esta fe por nuestras obras.

La Biblia habla de muchas clases diferentes de obras. Tenemos "las obras de la ley" que no pueden salvar (Gálatas 2:16; 3:11). Existen también "las obras de la carne" que están enumeradas en Gálatas 5:19-21. Pablo habló de "las obras de las tinieblas" (Romanos 13:12; Efesios 5:11). Las "obras muertas" en Hebreos 6:1 parecen ser *obras que llevan a la muerte*, ya que "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Las "obras de justicia" en Tito 3:5 se refieren a las obras religiosas, u otras buenas obras, que los pecadores tratan de practicar para salvarse. Isaías declaró que todas nuestras justicias son como "trapo de inmundi-

cia” (Isaías 64:6). Si nuestras justicias son como trapo de inmundicia, ¡cómo serán nuestros pecados!

Las “obras” de las que Pablo escribe en Efesios 2:10 tienen dos características especiales. En primer lugar, son “buenas” obras, en contraste con “las obras de las tinieblas” y “las malas obras”. Si se compara el versículo 10 con el versículo 2 se verá que Satanás obra en la vida del incrédulo y que, por eso, sus obras no son buenas. Pero Dios obra en la vida del creyente y, por eso, sus obras son buenas. Sus obras no son buenas porque él mismo sea bueno, sino porque tiene una nueva naturaleza de parte de Dios, y porque el Espíritu Santo obra en él y a través de él para producir estas buenas obras.

Es una lástima que muchos creyentes minimicen el lugar de las buenas obras en la vida cristiana. Como no somos salvos por buenas obras, tienen la idea de que las buenas obras son malas, y esto es un error. “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). No hacemos buenas obras para glorificarnos a nosotros mismos, sino para glorificar a Dios. Pablo quería que Cristo fuese magnificado en su cuerpo, aun si eso significaba la muerte (Filipenses 1:20,21). Debemos abundar en toda “buena obra” (2 Corintios 9:8), y llevar “fruto en toda buena obra” (Colosenses 1:10). Un resultado del conocimiento de la Biblia es que el creyente está “...enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17). Como creyentes debemos ser “celosos de buenas obras” (Tito 2:14). Nuestras buenas obras son en realidad “sacrificios” espirituales que ofrecemos a Dios (Hebreos 13:16).

Cabe destacar que no planificamos estas buenas obras. Son el resultado de la obra de Dios en nuestro corazón.

Ricos

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). El secreto de las buenas obras de Pablo era “la gracia de Dios” (1 Corintios 15:10). Nuestras buenas obras son evidencia de que hemos nacido de nuevo. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21). Nuestras buenas obras son también testimonio a los perdidos (1 Pedro 2:12). Nos conceden el derecho a ser atendidos.

Un pastor amigo mío me contó acerca de una hermana cristiana que a menudo visitaba un hogar de ancianos cerca de su casa. Un día se dio cuenta que un hombre solitario estaba sentado, mirando fijamente el plato de comida. Con amabilidad ella le preguntó: —¿Le pasa algo malo?

—¡Sí, me pasa algo muy malo! —respondió el hombre con un fuerte acento. —¡Soy judío y no me puedo comer esta comida!

—¿Qué le gustaría comer?, —le preguntó ella.

—¡Quisiera un plato de sopa caliente!

La hermana se fue a casa y preparó la sopa y, después de pedir permiso en la oficina, se la llevó al hombre. En las semanas siguientes, a menudo lo visitaba y le llevaba la clase de comida que a él le gustaba y finalmente lo guió a la fe en Cristo. Sí, preparar sopa puede ser un sacrificio espiritual, una buena obra para la gloria de Dios.

Pero estas obras no son sólo buenas; son también *preparadas*. “Buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). Esta palabra se usa sólo una vez más en el Nuevo Testamento, y está en Romanos 9:23: “...vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria”. El incrédulo anda “...siguiendo la corriente de este mundo” (Efesios 2:2),

pero el creyente anda en buenas obras que Dios ha preparado para él.

Esta es una declaración asombrosa. Significa que Dios tiene un plan para nuestra vida y que debemos andar en su voluntad y cumplir su plan. Pablo no habla de la *fatalidad*, un ente impersonal que controla tu vida sin importar lo que puedas hacer. Habla del plan de gracia de un Padre celestial que quiere lo mejor para nosotros. La voluntad de Dios viene del corazón de Dios. “El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones” (Salmo 33:11). Descubrimos la emocionante voluntad de Dios para nuestra vida a medida que el Espíritu nos la revela en la Palabra (1 Corintios 2:9-13).

Sería útil terminar este capítulo con un inventario personal. ¿Cuáles de estas cuatro obras estás experimentando? ¿Está el pecado obrando en contra tuya por no haber confiado en Cristo? ¡Entonces, confía en él ahora! ¿Has experimentado su obra *por ti, en ti, a través de ti*?

¿Estás vestido con mortaja, o con vestiduras de gracia? ¿Disfrutas de la libertad que tienes en Cristo, o estás atado por los hábitos de la vida antigua en el cementerio del pecado? Como creyente, has resucitado y estás sentado en el trono. ¡Pon en práctica tu posición en Cristo! El ha obrado *por ti*; ahora déjale obrar *en ti y a través de ti*, para que pueda darte una vida emocionante, y creativa para la gloria de Dios.

Efesios 2:11-22

¹¹Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. ¹²En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. ¹³Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. ¹⁴Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, ¹⁵aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, ¹⁶y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. ¹⁷Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; ¹⁸porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. ¹⁹Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, ²⁰edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, ²¹en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; ²²en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

La Gran Misión de Paz

“¡Paz en nuestro tiempo! ¡Paz con honor!”

Algunos de nosotros todavía recordamos aquellas palabras del primer ministro británico, Sir Neville Chamberlain, pronunciadas a su regreso de las conferencias en Alemania en septiembre de 1938. Estaba seguro de haber detenido a Adolfo Hitler. Pero, un año más tarde, Hitler invadió Polonia, y el 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña le declaró la guerra a Alemania. La gran misión de paz de Chamberlain había fracasado.

Parece que la mayoría de las misiones de paz terminan en el fracaso. En alguna parte leí que desde 1500 a. de C. hasta el 850 d. de C. hubo 7.500 pactos *eternos* acordados entre diferentes naciones con la esperanza de traer paz, pero ninguno había durado más de dos años. El único pacto eterno que ha durado, y que durará, es aquél hecho por el Dios eterno, sellado con la sangre de Jesucristo. En esta sección Pablo explica la misión de paz de Cristo, y la resume en tres palabras muy importantes: separación, reconciliación y unificación.

Separación (Efesios 2:11,12)

En los primeros 10 versículos del capítulo 2, Pablo ha tratado la salvación de los pecadores en general, pero ahora se trata la obra de Cristo por los gentiles en particular. La mayoría de los convertidos en la iglesia de Efeso eran gentiles, y sabían que gran parte del programa de Dios en el Antiguo Testamento involucraba a los judíos. Por siglos la “circuncisión” (judíos) había mirado con desprecio a la “incircuncisión” (gentiles) con una actitud que Dios nunca

Ricos

había tenido la intención que mostraran. El hecho de que un judío hubiese recibido la marca física del pacto no era prueba de que el tal fuese un hombre de fe (Romanos 2:25-29; Gálatas 5:6; 6:15). Aquellos que han confiado en Cristo han recibido una circuncisión espiritual “no hecha a mano” (Colosenses 2:11).

Pero desde el momento en que Dios llamó a Abraham, Dios hizo diferencia entre judíos y gentiles. No hizo diferencia para que los judíos se jactaran, sino para que fueran una bendición y una ayuda a los gentiles. Dios los separó a fin de utilizarlos para que por medio de ellos llegara su revelación y bondad a las naciones paganas. Es triste decirlo, pero Israel no mantuvo esta diferencia en lo moral, sino en lo nacional y en lo ritual. Israel llegó a ser como las naciones perdidas que la rodeaban. Por esta razón, Dios tuvo que disciplinar a menudo a los judíos porque no mantenían su separación espiritual ni ministraban a las naciones en nombre del Dios verdadero.

La palabra que describe mejor a los gentiles es *sin*:

Sin Cristo. Los efesios adoraban a su famosa diosa, Diana y, antes de la llegada del mensaje del evangelio, no sabían nada acerca de Cristo. Aquellos que creen que las religiones paganas son tan aceptables ante Dios como la fe cristiana están equivocados, porque Pablo cita la condición *sin Cristo* de los efesios como una verdadera tragedia. Por lo tanto, recuerda siempre que toda persona que no es salva, ya sea judía o gentil, está “sin Cristo” y eso es sinónimo de condenación.

Sin ciudadanía. Dios llamó a los judíos y los convirtió en nación. Les dio sus leyes y sus bendiciones. Un gentil podía entrar a esta nación como prosélito, pero no nacía en aquella nación especial. Israel era la nación de Dios. Esto no se podía decir de ninguna nación gentil.

Sin pacto. Aunque la bendición de los gentiles está incluida en el pacto de Dios con Abraham (Génesis 12:1-3), Dios no hizo ningún pacto con las naciones gentiles. Los gentiles estaban “alejados” y “ajenos”, y los judíos nunca les permitían olvidarlo. Muchos de los fariseos oraban a diario: “Oh Dios, te doy gracias que soy judío y no gentil”.

Sin esperanza. Los historiadores nos dicen que una gran nube de desesperanza cubría el mundo antiguo. Las filosofías eran huecas, las tradiciones estaban desapareciendo y las religiones eran incapaces de ayudar al hombre a enfrentar la muerte o la vida. La gente anhelaba aclarar el misterio y conseguir algún mensaje de esperanza, pero no había manera de hacerlo (1 Tesalonicenses 4:13-18).

Sin Dios. Los paganos tenían abundancia de dioses. Pablo descubrió esto en Atenas (Hechos 17:16-23). Alguien en aquella época dijo que era más fácil encontrar dioses en Atenas que hombres. “Hay muchos dioses y muchos señores”, escribió Pablo (1 Corintios 8:5). Pero el pagano, no importa cuán religioso o moral hubiese sido, no conocía al Dios verdadero. El escritor del Salmo 115 compara al Dios verdadero con los ídolos de los paganos.

Vale la pena destacar que la condición espiritual de los gentiles no fue causada por Dios sino por su propio pecado voluntario. Pablo dijo que los gentiles conocían al Dios verdadero, pero que en forma deliberada rehusaron darle honor (Romanos 1:18-23). La historia de la religión no relata que el hombre comenzó con muchos dioses (idolatría) y en forma gradual descubrió al único Dios verdadero. Más bien, es la triste historia del hombre, quien conociendo la verdad acerca de Dios, se alejó deliberadamente de él. ¡Es una historia de degeneración, no de evolución! Los primeros 11 capítulos de Génesis relatan la decadencia de los gentiles, y a partir del capítulo 12 (desde el llamamien-

Ricos

to de Abraham), se relata la historia de los judíos. Para salvar a los gentiles, Dios tuvo que separar los judíos. “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22).

Dios llamó a los judíos, comenzando con Abraham, para revelarse a través de ellos como el único Dios verdadero. Dios les entregó a los judíos su Palabra, y a través de ellos dio al mundo el Salvador (Romanos 9:1-5). Israel tenía que ser luz a los gentiles para que ellos también pudieran ser salvos. Es triste decirlo, pero Israel llegó a ser como los gentiles; la luz ardió pero tenuemente. Esto es una advertencia para la iglesia hoy en día. Cuanto menos se parezca la iglesia al mundo, más efectividad tendrá en el mundo.

Reconciliación (Efesios 2:13-18)

El “pero ahora” del versículo 13 es paralelo al “pero Dios” del versículo 4. Ambos se refieren a la misericordiosa intervención de Dios en favor de los pecadores perdidos. *Enemistad* es la palabra clave de esta sección (vs.15,16); y verás que es una enemistad mutua: entre judíos y gentiles (vs.13-15) y entre los pecadores y Dios (vs.16-18). Pablo describe aquí la misión de paz más grande de la historia: Jesucristo no sólo reconcilió a judíos y gentiles, sino que los reconcilió con él mismo en un solo cuerpo, la Iglesia.

La palabra “reconciliar” significa *juntar de nuevo*. Un esposo desesperado quiere reconciliarse con su esposa quien lo ha abandonado, una madre preocupada anhela reconciliarse con su hija descarriada, de la misma manera el pecador perdido necesita reconciliarse con Dios. El pecado es el gran separador en este mundo. Ha estado dividiendo a la gente desde el principio de la historia humana. Cuando Adán y Eva pecaron, fueron separados de Dios. No mucho después, sus hijos se separaron el uno del

otro y Caín mató a Abel. La tierra se llenó de violencia (Génesis 6:5-13) y parecía que el único remedio era el juicio. Pero aun después del diluvio, los hombres pecaron contra Dios y el uno contra el otro, e inclusive trataron de desarrollar su propio plan para mantener la unidad de su pueblo sin la ayuda de Dios. El resultado fue otro juicio que esparció las naciones y confundió las lenguas. Fue entonces que Dios llamó a Abraham, y a través de la nación de Israel vino Jesucristo al mundo. Fue su obra en la cruz la que abolió la enemistad entre judíos y gentiles y entre los pecadores y Dios.

La enemistad entre judíos y gentiles (2:13-15). Dios había puesto una diferencia entre judíos y gentiles para llevar a cabo su propósito de salvación. Pero una vez alcanzado aquel propósito, no hubo más diferencia. De hecho, su propósito era que esas diferencias fueran borradas para siempre, y están borradas a través de la obra de Cristo en la reconciliación.

A la iglesia primitiva se le hizo muy difícil entender esta lección. Por siglos, los judíos habían sido diferentes a los gentiles en religión, en forma de vestir, en alimentación y en leyes. La iglesia no había tenido problemas hasta que Pedro fue enviado a los gentiles, y éstos empezaron a ser salvos en las mismas condiciones de los judíos (Hechos 10). Los judíos creyentes reprendieron a Pedro por ir a los gentiles y comer con ellos (Hechos 11), y los representantes de las iglesias se reunieron para una conferencia importante, en la cual tratarían el lugar de los gentiles en la iglesia (Hechos 15). ¿Era necesario que un gentil se hiciese judío para llegar a ser creyente? Su conclusión fue: ¡No!, judíos y gentiles se salvan de la misma manera, es decir, por la fe en Jesucristo. ¡La enemistad había desaparecido!

Ricos

La causa de aquella enemistad era la Ley, porque hacía una distinción clara entre judíos y gentiles. Las leyes alimentarias les recordaban a los judíos que Dios había establecido una diferencia entre lo limpio y lo inmundo (Levítico 11:44-47). Pero los gentiles no obedecían estas leyes, por lo tanto eran inmundos. El profeta Ezequiel les recordó a los sacerdotes que su tarea era enseñar a los judíos “a discernir entre lo limpio y lo no limpio” (Ezequiel 44:23). Las ordenanzas divinas que Dios le había dado a Israel se levantaban como una pared entre los judíos y las otras naciones. De hecho, había una pared en el templo judío, que separaba el atrio de los gentiles del resto del templo. Los arqueólogos han descubierto una inscripción en el templo de Herodes, que dice lo siguiente:

Se prohíbe a cualquier extranjero pasar la barrera que rodea el santuario y demás recintos. Cualquiera que sea sorprendido en el acto, causará con ello su propia muerte.

Era ésta la barrera que los judíos pensaron que Pablo y sus amigos gentiles habían cruzado, por lo cual lo arrestaron en el templo y lo amenazaron con la muerte (Hechos 21:28-31).

Para que los judíos y los gentiles se reconciliaran tenía que derribarse esta pared, y Jesús lo hizo en la cruz. El precio de la destrucción de esta enemistad fue la sangre de Cristo. Cuando él murió, el velo del templo fue literalmente rasgado en dos, y la pared de separación (en forma figurada) se rompió. Jesús quitó la barrera que separaba a los judíos de los gentiles, cumpliendo con las exigencias de la ley (de vivir una vida justa), y llevando sobre sí mismo la maldición de la ley, al morir en una cruz (Gálatas

La Gran Misión de Paz

3:10-13). Jesús quitó la barrera legal que separaba a los judíos de los gentiles. Por siglos, había una diferencia entre ellos. Pero ahora, “no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Romanos 10:12,13).

En Jesucristo, judíos y gentiles llegan a ser uno. “El es nuestra paz” (Efesios 2:14). A través de Cristo el gentil alejado es hecho cercano (vs.13,17), y tanto el judío como el gentil son hechos uno. Las consecuencias de la obra de Cristo son, entonces, la destrucción de la enemistad por medio de la abolición de la ley y la creación de un nuevo hombre, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. La palabra *abolir* simplemente significa hacer nulo. La ley ya no rige más sobre judío o sobre gentil, ya que en Cristo los creyentes no están bajo la ley, sino bajo la gracia. La justicia de la ley, que revela la santidad de Dios, sigue siendo la norma de Dios. Pero ésta se cumple en el creyente por el Espíritu Santo (Romanos 8:1-4). A la iglesia primitiva le llevó mucho tiempo acostumbrarse al hecho de que “¡no hay diferencia!” De hecho, algunos grupos religiosos todavía no han aprendido la lección, porque están tratando de hacer que los creyentes se vuelvan a colocar bajo la ley (Gálatas 4:8-11; 5:1; Colosenses 2:13-23).

Cristo “es nuestra paz” (Efesios 2:14) e hizo la “paz” (v.15). El verbo usado en el versículo 15 es “crear”. La Iglesia, el Cuerpo de Cristo, es la nueva creación de Dios (2 Corintios 5:17). En la antigua creación todo se está desmoronando por causa del pecado, pero en la nueva creación hay unidad por causa de la justicia. “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28). Se puede contrastar la antigua posición de

Ricos

los gentiles con la nueva posición, y ver cuán maravillosamente obró Cristo a favor de ellos en la cruz:

Antigua Posición

“sin Cristo”

“alejados”

“ajenos”

“sin esperanza”

“sin Dios”
(Efesios 2:12)

Nueva Posición

“en Cristo” (Efesios 2:13)

“nación santa” (1 Pedro 2:9)

“ya no sois extranjeros”
(Efesios 2:19)

“llamados en una misma
esperanza” (Efesios 4:4)

“Dios y Padre de nuestro
Señor Jesucristo”
(Efesios 1:3)

La enemistad entre los pecadores y Dios (2:16-18). La reconciliación entre los gentiles y los judíos no era la única necesaria. ¡Ambos necesitaban reconciliarse con Dios! Esta es la conclusión a la que llegaron los apóstoles en el Concilio en Jerusalén que relata Hechos 15. Pedro dijo que “ninguna diferencia hizo [Dios] entre nosotros [judíos] y ellos [gentiles], purificando por la fe sus corazones... Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos” (Hechos 15:9,11). El asunto no era que el gentil se hiciera judío para llegar a ser creyente, sino que el judío reconociera ser un pecador tal como el gentil lo era. “...Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23). La misma ley que separaba al gentil del judío separaba también a los hombres de Dios, y Cristo llevó la maldición de la ley.

Un hombre entró a mi oficina un día y dijo que quería ayuda. “¡Mi esposa y yo necesitamos una recancelación!”, exclamó de súbito. Sabía que quería decir “reconciliación”.

Pero en un sentido, “re-cancelación” era la palabra correcta. Ellos habían pecado el uno contra el otro (y contra Dios), y no podía haber armonía hasta que aquellos pecados fuesen cancelados. Dios en su amor quiere reconciliar al pecador con él (Dios mismo), pero en su santidad debe ver que el pecado sea juzgado. Dios resolvió el problema al enviar a su Hijo para ser el sacrificio por nuestros pecados. De ese modo reveló su amor y cumplió con las exigencias de su justicia. Fue en realidad una “re-cancelación” (ve Colosenses 2:13,14).

Jesucristo es nuestra paz (Efesios 2:14). El hizo la paz (v.15), y anunció la paz (v.17). Como Juez, podría haber venido a declarar la guerra. Pero en su gracia, vino con el mensaje de paz (Lucas 2:8-14; 4:16-19). En Cristo, judíos y gentiles están en paz el uno con el otro, y ambos tienen abierto el acceso a Dios (Romanos 5:1,2). Esto nos recuerda el velo rasgado en el momento de la muerte de Cristo (Mateo 27:50,51; Hebreos 10:14-25). ¡La reconciliación está hecha!

Unificación (Efesios 2:19-22)

Pablo ha repetido la palabra “uno” para enfatizar la obra unificadora de Cristo: “de ambos pueblos hizo uno” (v.14); “un solo y nuevo hombre” (v.15); “un solo cuerpo” (v.16); “un mismo Espíritu” (v.18). Cristo ha vencido todas las barreras espirituales existentes. En los versículos finales de este capítulo, Pablo presenta tres ejemplos que ilustran la unidad de creyentes judíos y gentiles en la Iglesia.

Una nación (2:19a). Israel era la nación escogida de Dios, pero ellos rechazaron a su Redentor y sufrieron las consecuencias. Se les quitó el reino y fue entregado a “gente que produzca los frutos de él” (Mateo 21:43). Esta *nación nueva* es la Iglesia, “linaje escogido... nación santa,

Ricos

pueblo adquirido” (1 Pedro 2:9; Exodo 19:6). En el Antiguo Testamento las naciones eran reconocidas por su descendencia desde Sem, Cam o Jafet (Génesis 10). En el libro de los Hechos vemos estas tres familias unidas por medio de la salvación en Cristo. En Hechos 8, un descendiente de Cam, el tesorero etíope; en Hechos 9, un descendiente de Sem, Saulo de Tarso, quien llega a ser Pablo el apóstol; y en Hechos 10, los descendientes de Jafet, los gentiles de la casa del soldado romano, Cornelio. El pecado divide a la humanidad, pero Cristo une por su Espíritu. Todos los creyentes, sin importar su trasfondo nacional, pertenecen a aquella *nación santa* con ciudadanía en el cielo (Filipenses 3:20,21).

Una familia (2:19b). A través de la fe en Cristo, entramos a la familia de Dios, y Dios llega a ser nuestro Padre. Esta maravillosa familia se encuentra en dos sitios, “en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:15). Los creyentes que han muerto están en el cielo, los demás están en la tierra. Ninguno de los hijos de Dios está “debajo de la tierra” (Filipenses 2:10) ni en ningún otro lugar del universo. Todos nosotros somos hermanos de una familia, sin importar qué distinción racial, nacional o física podamos tener.

Un templo (2:20-22). En el libro de Génesis, Dios “caminó” con su pueblo (Génesis 5:22,24; 6:9), pero en Exodo, decidió *habitar* con su pueblo (Exodo 25:8). Dios habitó en el tabernáculo (Exodo 40:34-38) hasta que el pecado de Israel ocasionó que la gloria se apartara (1 Samuel 4:21,22). Luego Dios habitó en el templo (1 Reyes 8:1-11); pero, lamentablemente, Israel pecó de nuevo y la gloria se fue (Ezequiel 10:18,19). La siguiente habitación de Dios fue el cuerpo de Cristo (Juan 1:14), el cual los hombres tomaron y clavaron en una cruz. Hoy, a través de

La Gran Misión de Paz

su Espíritu, Dios habita en la Iglesia, el templo de Dios. Dios no habita en templos hechos por hombres (Hechos 7:48-50). El habita en el corazón de aquel que ha confiado en Cristo (1 Corintios 6:19,20), y en la Iglesia en forma colectiva (Efesios 2:20-22).

El fundamento para esta Iglesia fue puesto por los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento. Jesucristo es el fundamento (1 Corintios 3:11) y la principal piedra del ángulo (Salmo 118:22; Isaías 8:14). La piedra angular une la estructura; de esta manera Jesucristo ha unido a gentiles y a judíos en la Iglesia. Esta referencia al templo sería significativa tanto para judíos como para gentiles en la iglesia de Efeso: los judíos pensarían en el templo en Jerusalén, y los gentiles en el gran templo de Diana. Ambos templos serían destruidos, pero el templo que Cristo está construyendo durará para siempre. “Edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18). El Espíritu Santo construye este templo tomando piedras muertas del pozo de pecado (Salmo 40:2), dándoles vida y colocándolos amorosamente en el templo de Dios (1 Pedro 2:5). Este templo es “bien coordinado” como el cuerpo de Cristo (Efesios 2:21; 4:16), de modo que cada parte cumple el propósito que Dios tiene en mente.

Al analizar este capítulo de Efesios, uno no puede sino alabar a Dios por lo que él, en su gracia, ha hecho por los pecadores. A través de Cristo, él nos ha levantado de los muertos y nos ha sentado en el trono. Nos ha reconciliado y nos ha colocado en el templo. ¡Ni la *muerte* espiritual ni la *barrera* espiritual pueden derrotar la gracia de Dios! Pero él no nos ha salvado sólo en forma individual, sino que también nos ha hecho parte de su Iglesia en forma colectiva. ¡Qué tremendo privilegio es ser parte del programa eterno de Dios!

Ricos

Esto nos lleva a dos aplicaciones prácticas para concluir este estudio.

En primer lugar, ¿has experimentado en forma personal la gracia de Dios? ¿Estás muerto espiritualmente? ¿Estás alejado de Dios? ¿Has confiado en Cristo y recibido la vida eterna que sólo él puede dar? Si no estás seguro de tu posición espiritual, te animo a volver a Cristo por fe y a confiar en él. Como en el caso de la nación de Israel, puede ser que hayas tenido muchos privilegios espirituales, pero que hayas rechazado a Dios quien te los dio. O, como en el caso de los gentiles, quizá te hayas alejado de Dios para vivir deliberadamente en pecado y desobediencia. En cualquiera de los casos, “no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23). Invoca a Cristo, él te salvará.

En segundo lugar, si eres un verdadero creyente en Cristo, ¿estás ayudando a otros a confiar en él? ¿Andas en vida nueva ya que has sido levantado de los muertos? (Romanos 6:4). ¿Compartes estas buenas nuevas de vida eterna con otros? Ya que no estás en enemistad con Dios, ¿estás esparciendo las buenas noticias de paz con Dios entre aquellos que aún pelean con él?

Jesucristo murió para hacer posible la reconciliación. Tú y yo debemos vivir para hacer que el mensaje de reconciliación sea personal. Dios nos ha dado el ministerio de la reconciliación (2 Corintios 5:18). Somos sus embajadores de paz (2 Corintios 5:20). Nuestros pies deben estar calzados “con el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15). “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9).

Un misionero estaba predicando en un pequeño mercado, y algunos estaban riéndose de él porque no era muy apuesto. Lo aguantó por un rato, hasta que le dijo a la

La Gran Misión de Paz

multitud: “Es cierto que no tengo una hermosa cabellera, porque estoy casi calvo. Tampoco tengo una hermosa dentadura, porque en realidad no son míos; fueron hechos por el dentista. No tengo una cara bonita, ni puedo comprar ropa hermosa. Pero esto sí sé: ¡Tengo pies hermosos!” Y citó el versículo de Isaías: “Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien...” (Isaías 52:7). ¿Tienes pies hermosos?

Efesios 3:1-13

¹Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; ²si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; ³que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, ⁴leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, ⁵misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: ⁶que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, ⁷del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. ⁸A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, ⁹y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; ¹⁰para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, ¹¹conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, ¹²en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él; ¹³por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.

6

Yo Sé un Secreto

Una vez fui testigo de calificación en un juicio de custodia infantil. Estaba agradecido de que el caso en cuestión se llevaba a cabo en un pequeño condado rural en vez de ser en una ciudad grande porque era mi primera experiencia como testigo. Desde entonces he aprendido que la localización de la corte hace poca diferencia. Todos los juicios pueden ser difíciles y en ninguno es divertido ser testigo.

La primera pregunta del fiscal me tomó por sorpresa: —Reverendo, ¿piensa usted que un hombre que ha estado en prisión está capacitado para criar a un niño?

Se suponía que debía responder “Sí” o “No”, así que la respuesta que le di no le agradó mucho al juez. —Bien, —dije lentamente, dándome un poco de tiempo, —pienso que eso depende del hombre. Algunos personajes famosos han estado en la cárcel y han hecho del mundo un mejor lugar por causa de esas experiencias: Juan Bunyan, por ejemplo, y el gran apóstol Pablo. —Podía haber dado otros ejemplos de la Biblia, pero detecté que mi respuesta no era aceptable a la corte.

Dos veces en esta carta, Pablo les recuerda a sus lectores que está preso (3:1; 4:1), y en la última parte se llama a sí mismo “embajador en cadenas” (6:20). Sin duda los efesios se preguntaban: ¿Por qué está Pablo preso en Roma? ¿Por qué permite Dios semejante cosa? En este párrafo, Pablo explica su situación y, al hacerlo, también explica una de las verdades más grandes de esta carta, el misterio de la Iglesia. En el Nuevo Testamento, un *misterio* no es algo inescrutable, es más bien una verdad que Dios

Ricos

había escondido en los tiempos pasados, y que ahora ha sido revelada a aquellos que son de su familia. Un misterio es un *secreto sagrado* que los incrédulos desconocen, pero que el pueblo de Dios conoce y atesora.

Pablo explica el misterio: los gentiles creyentes ahora están unidos a los judíos creyentes en un solo Cuerpo, la Iglesia (3:6). El había mencionado esta nueva obra de Dios, así que sus lectores estaban familiarizados con el concepto (1:10; 2:11,22). Pero ahora Pablo explica el tremendo impacto de este *secreto sagrado* que tanto se había apoderado de su vida y ministerio. En realidad, esta explicación es casi un paréntesis en la carta porque Pablo comienza esta sección con la idea de orar por sus lectores. (Compara 3:1 y 3:14.) El uso de las palabras “prisionero” y “gentiles” le lleva a la importante explicación del misterio de la Iglesia. En esta explicación, Pablo nos muestra que el misterio es importante para él mismo, y para tres grupos de personas.

Era Importante Para Pablo (Efesios 3:1-5)

La mejor forma de entender la importancia del misterio en la vida de Pablo es fijar la atención en dos descripciones que él da de sí mismo en esta sección. Comienza llamándose “prisionero” (3:1), y luego se denomina “ministro” (3:7). Pablo estaba preso porque creía en el nuevo programa de Dios de unir a los judíos y gentiles creyentes en un solo Cuerpo, la Iglesia. Los judíos ortodoxos de la época de Pablo consideraban a los gentiles como “perros”. Algunos de los judíos creyentes tampoco tenían una actitud mejor hacia los gentiles.

Pablo era un líder en la ortodoxia judía cuando Cristo lo salvó (Filipenses 3:1-11; Gálatas 1:11-24), pero en la providencia de Dios, comenzó su ministerio en una iglesia

local en Antioquía, la cual estaba compuesta tanto de judíos como de gentiles (Hechos 11:19-26). Cuando se celebró el concilio en Jerusalén para determinar el estado de los creyentes gentiles, Pablo defendió con valor la gracia de Dios y la unidad de la Iglesia (Hechos 15; Gálatas 2:1-10).

Pablo sabía desde el principio de su vida cristiana que Dios lo había llamado para llevar el evangelio a los gentiles (Hechos 26:13-18 y 9:15), y no fue desobediente a aquella vocación. Dondequiera que Pablo ministraba establecía iglesias locales compuestas de judíos y gentiles creyentes, todos “uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Por ser “apóstol a los gentiles” (Romanos 11:13; 15:15, 16; 1 Timoteo 2:7; Efesios 3:8), Pablo fue acusado de tener prejuicios contra los judíos, particularmente los judíos creyentes de Jerusalén y de Judea. La ofrenda especial que Pablo recolectó para los creyentes necesitados de Judea, debería haber mostrado la buena voluntad que existía entre estas iglesias y las que Pablo fundó (Romanos 15:25-33). Pablo entregó la ofrenda en persona (Hechos 21:17-19), y es del todo evidente que fue gratamente recibida por los creyentes de Judea. Aunque Pablo tomó medidas drásticas para apaciguar a los judíos creyentes, hubo un amotinamiento en el templo y Pablo fue arrestado (Hechos 21:30-33). Pablo se defendió dando su testimonio personal, y la multitud le oyó hasta que llegó a la palabra “gentiles”, y entonces se amotinaron de nuevo (Hechos 22:22,23). El resto del libro de los Hechos explica cómo llegó Pablo desde Jerusalén hasta Roma, “prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles” (Efesios 3:1). Si Pablo hubiera transigido con su mensaje y hubiera fomentado los prejuicios egoístas de los judíos, probablemente habría sido liberado.

Ricos

Pablo no sólo era un “prisionero” por causa del *misterio*, sino también un “ministro”. Dios le dio de la “administración de la gracia” (mayordomía) para que pudiera ir, no sólo con las buenas nuevas de salvación a través de Cristo, sino también con el mensaje de que judíos y gentiles eran ahora uno en Cristo. La palabra *administración* viene de dos palabras griegas: *oikos*, que significa “casa” y *nomos*, que significa “ley”. La palabra “economía” se deriva directamente del griego, *oikonomia* “la ley de la casa”, o “una mayordomía, una gerencia”. Dios tiene diferentes formas de administrar su programa en cada época, y estas diferentes *administraciones* son llamadas a veces dispensaciones, por los estudiosos de la Biblia (Efesios 1:9,10). Los principios de Dios no han cambiado, mas sus métodos para tratar con la humanidad sí han cambiado a través del curso de la historia. San Agustín dijo: “Distinga las edades, y las Escrituras armonizarán”.

Dios llamó a Pablo a ser administrador del *misterio* con la responsabilidad de compartirlo con los gentiles. No era suficiente ganarlos para Cristo y constituirlos en iglesias locales. También tenía que enseñarles la maravillosa posición que tenían en Cristo como miembros del Cuerpo, compartiendo la gracia de Dios con ellos, al igual que los judíos. Esta verdad no había sido revelada en el Antiguo Testamento. Fue revelada a los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento por el Espíritu Santo (ve 4:11). Dios se la reveló personalmente a Pablo, y era su responsabilidad compartirla con los gentiles creyentes. Esta era la *administración* —o mayordomía— que Dios le había dado. Y por ser Pablo un fiel administrador, ahora estaba preso en Roma. Su fiel administración le resultó en arresto y encarcelamiento sin causa, como le sucedió a José en el Antiguo Testamento. Pero, al final, le trajo gran gloria a Dios y salvación a judíos y a gentiles.

Era Importante Para los Gentiles (Efesios 3:6-8)

En 2:11-22, descubrimos que la obra de Cristo en la cruz logró mucho más que la salvación de los pecadores. Reconcilió a judíos y gentiles, los unos con los otros y con Dios. Es esta verdad la que Pablo presenta aquí, ¡y puedes imaginarte lo emocionante que serían esas noticias! La verdad del *misterio* les revela a los gentiles creyentes que ellos tienen una maravillosa y nueva relación con Dios a través de Jesucristo.

Para empezar, son coherederos con los judíos y comparten las riquezas espirituales que Dios les dio por causa de su pacto con Abraham (Gálatas 3:29). En Cristo, ser judío o gentil no es ventaja alguna ni es desventaja, porque juntos compartimos las riquezas de Cristo. Los gentiles son también miembros del mismo cuerpo de Cristo, la Iglesia. Hay “un cuerpo” (Efesios 4:4). Nuestro nacimiento humano determina nuestras distinciones raciales, pero nuestro nacimiento espiritual nos une como miembros del mismo Cuerpo (1 Corintios 12:12-14). Cristo es la Cabeza de este Cuerpo (Efesios 5:22,23), y cada miembro individual comparte el ministerio (Efesios 4:10-13). Finalmente, en su nueva relación, los gentiles son copartícipes de las promesas de Dios. En el pasado estaban fuera del pacto, y no tenían derecho a reclamar estas promesas (Efesios 2:12), pero ahora, en Cristo, comparten las promesas de Dios con los judíos creyentes. En Romanos 11:13-15, Pablo explica que los gentiles creyentes comparten las riquezas espirituales que Dios dio a Israel. Dios obra a través de su Iglesia hoy en día, sin embargo, Pablo explica en Romanos 11:1-12, que esto no significa que haya anulado sus promesas para con Israel. La Iglesia de hoy comparte las riquezas espirituales de Israel, pero un día Dios restaurará a su pueblo y cumplirá sus promesas acerca de su tierra y de su reino.

Ricos

El *misterio* no sólo les da a los gentiles creyentes una nueva relación, sino que también revela que hay un nuevo poder a su disposición (Efesios 3:7). Este poder está ilustrado en la vida de Pablo. Dios lo salvó por gracia y le dio una administración, un ministerio especial a los gentiles. Pero Dios también le dio el poder para cumplir este ministerio. La palabra “operación” aquí es *energeia* de la cual sacamos la palabra “energía”. La palabra “poder” es *dunamis* de donde provienen las palabras “dinámico” y “dinamita”. Pablo ya nos había hablado acerca de este poder en 1:19-23, y lo mencionará de nuevo en 3:20 y 4:16. El potente poder de resurrección de Cristo está a nuestra disposición para la vida y servicio diarios.

Finalmente, hay a disposición de los gentiles, nuevas riquezas: “las inescrutables riquezas de Cristo” (3:8). Pablo las llamó “abundantes riquezas” (2:7), pero aquí las describe como *impenetrables*. Las palabras también pueden traducirse *imposible de ser rastreadas*, lo cual significa que son tan vastas que no se puede descubrir su fin. (Algunos eruditos sugieren que *imposible de ser rastreadas* también puede llevar la idea de que el *misterio* no puede ser rastreado en el Antiguo Testamento ya que estaba escondido por Dios.)

¿Están estas riquezas a la disposición de todo creyente? ¡Sí! De hecho Pablo aclara que él mismo no tenía ningún derecho especial de las riquezas de Dios, porque se consideraba “el más pequeño de todos los santos” (v.8). El nombre “Pablo” (Paulus) significa *pequeño* en Latín y tal vez Pablo tenía este nombre porque se dio cuenta de cuán insignificante era en realidad (Hechos 13:9). El se llamó a sí mismo “el más pequeño de los apóstoles” (1 Corintios 15:9), pero por lo menos era apóstol, lo cual es más de lo que nosotros podemos alegar. Aquí no se llama a sí mismo

el más pequeño de todos los santos, sino “menos que el más pequeño de todos los santos” (v.8), y posteriormente se llama el primero de los pecadores (1 Timoteo 1:15). La comprensión de las profundas verdades de la Palabra de Dios no conlleva altivez de corazón, más bien le da al hombre un corazón contrito y humillado.

Es Importante Para los Angeles (Efesios 3:9,10)

Tal vez te estés preguntando, “¿Por qué mantuvo Dios su secreto acerca de la Iglesia escondido por tantos siglos?” Por cierto el Antiguo Testamento declara abiertamente que Dios salvará a los gentiles a través de Israel, pero en ninguna parte se nos dice que tanto judíos como gentiles formarán una nueva creación, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Fue este misterio el que el Espíritu reveló a Pablo y a otros líderes de la iglesia primitiva, y que les fue difícil aceptar a los judíos.

Pablo nos dice que “los principados y potestades” están también involucrados en este gran secreto. ¡Dios enseña a los ángeles por medio de la Iglesia! Al decir “principados y potestades” Pablo se refiere a los seres angelicales creados por Dios, tanto buenos como malos (Efesios 1:21; 6:12; Colosenses 1:16; 2:15). Los ángeles son seres creados y no son omniscientes. En efecto, Pedro señala que durante el período del Antiguo Testamento los ángeles anhelaban saber acerca del plan divino de salvación que se estaba realizando en la tierra (1 Pedro 1:10-12). De cierto los ángeles se regocijan cuando un pecador se arrepiente (Lucas 15:10), y Pablo sugiere que los ángeles observan las actividades de la asamblea local (1 Corintios 11:10). “Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”, escribe Pablo (1 Corintios 4:9b).

Ricos

Entonces ¿qué aprenden los ángeles al ver a la Iglesia? “La multiforme sabiduría de Dios” (Efesios 3:10). Por cierto que los ángeles conocen el poder de Dios tal como se ve en la creación. Pero la sabiduría de Dios tal como se ve en la nueva creación, la Iglesia, les resulta algo nuevo. Los incrédulos, incluyendo a los sabios filósofos, ven el plan divino de salvación y lo consideran “locura” (1 Corintios 1:18-31). Pero los ángeles observan el desarrollo del plan divino de salvación, y alaban su sabiduría. Pablo lo llama “multiforme sabiduría”, y esta palabra lleva la idea de *abigarrado* o *multicolorado*. Esto sugiere la belleza y variedad de la sabiduría de Dios en su gran plan de salvación.

Pero hay otra faceta de esta verdad, que debemos explorar. ¿Qué aprenden del *misterio* de Dios los ángeles malos? ¿Que su líder, Satanás, no tiene sabiduría alguna en absoluto! Satanás conoce la Biblia, y comprendió en base a las escrituras del Antiguo Testamento *que* el Salvador vendría, *cuándo* vendría, *cómo* lo haría y *adónde*. Satanás comprendió también *por qué* vendría, en lo que se refiere a la redención. Pero en ningún lugar del Antiguo Testamento encontraría Satanás profecía alguna concerniente a la Iglesia, el *misterio* de judíos y gentiles unidos en un solo cuerpo. Satanás podía ver a judíos incrédulos rechazando al Mesías, y podía ver a gentiles confiando en el Mesías, pero no podía ver a judíos y gentiles creyentes unidos en un solo Cuerpo, sentados con Cristo en los lugares celestiales y completamente victoriosos sobre él mismo. De haber sabido el alcance de los resultados de la cruz, sin duda habría alterado sus planes.

Dios escondió este gran plan “desde el principio del mundo”, pero ahora quiere que su Iglesia conozca el *misterio*. Y ésta es la razón por la que convirtió a Pablo en

administrador de esta gran verdad. El versículo 9 dice: “y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio”. Aquí hay una verdad asombrosa: ¡Ahora *todos los creyentes* deben ser fieles administradores de esta gran verdad! ¡Este *secreto sagrado* que fue tan importante para Pablo, para los gentiles y para los ángeles, ahora está en *nuestras* manos!

Debe Ser Importante Para los Creyentes de Hoy (Efesios 3:11-13)

Cuando Dios salvó a Pablo, le entregó el tesoro precioso de la verdad del evangelio (1 Timoteo 1:11). Pablo a su vez entregó estas verdades a otros, exhortándolos a entregárselas a hombres fieles que las guardarían y compartirían (2 Timoteo 2:2). “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado” (1 Timoteo 6:20). Ya al final de su vida, Pablo dijo, para la gloria de Dios: “he guardado la fe” (2 Timoteo 4:7). Durante aquellos días apostólicos, las verdades del evangelio y el *misterio* fueron guardados, predicados y entregados a hombres fieles.

Pero un estudio de la historia de la iglesia revela que, una por una, muchas de las verdades básicas de la Palabra de Dios se perdieron durante los siglos que siguieron. Dios tuvo personas fieles—una minoría—en todo tiempo, pero muchas de las grandes verdades de la Palabra fueron enterradas bajo la teología, la tradición y el ritual elaborados por los hombres. Entonces, el Espíritu de Dios comenzó a abrir los ojos de los que buscaban, y estas verdades les fueron reveladas. Martín Lutero defendió la justificación por fe. Otros líderes espirituales redescubrieron la persona y la obra del Espíritu Santo, la gloriosa verdad del retorno de Jesucristo y el gozo de la vida cristiana victoriosa. En los últimos años, la verdad del *misterio* ha vuelto a entu-

Ricos

siasmar el corazón del pueblo de Dios. Nos regocijamos de ser uno en Cristo Jesús.

La mayoría de nosotros identifica a Napoleón Bonaparte como el que intentó conquistar Europa. Pero no muchos lo identificarían como patrono de las artes y las ciencias. Pero lo fue. En julio de 1798, Napoleón comenzó a ocupar Egipto, pero en septiembre de 1801, fue forzado a salir. Aquellos tres años significaron un fracaso en lo que se refería a sus planes políticos y militares, pero fueron un éxito en un área que a él le interesaba mucho, la arqueología. En agosto de 1799 un francés de nombre Boussand descubrió la piedra Roseta a unos 50 kilómetros de Alejandría. Este descubrimiento les dio a los arqueólogos la clave para comprender los jeroglíficos egipcios. Abrió la puerta a los estudios modernos sobre Egipto.

El *misterio* es la *Piedra Roseta* de Dios. Es la clave de lo que él prometió en el Antiguo Testamento, de lo que Cristo hizo en los evangelios, de lo que la iglesia primitiva efectuó en el libro de los Hechos, de lo que Pablo y otros escritores enseñan en las epístolas y de lo que Dios hará según relata el libro de Apocalipsis. El programa divino de hoy no es la primacía de Israel (Deuteronomio 28:1-13), sino la primacía de Cristo sobre su Iglesia. Actualmente estamos bajo una *dispensación* diferente a la de Moisés y los profetas, y debemos tener cuidado de no confundir lo que Dios ha clarificado.

La razón por la que muchas iglesias son débiles e ineficaces es porque no comprenden lo que tienen en Cristo. Y la causa de esto es que muchos líderes espirituales no son buenos administradores del misterio. Como no “usan bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15), confunden a la gente acerca de su posición espiritual en Cristo y la privan de la riqueza espiritual que poseen en él.

Esta gran verdad concerniente a la Iglesia no es una idea tardía de Dios. Es parte del propósito eterno de Dios en Cristo (Efesios 3:11). Ignorar esta verdad es pecar contra el Padre que la planeó, el Hijo cuya muerte la hizo posible, y el Espíritu que hoy busca obrar en nuestra vida para llevar a cabo lo que Dios ha planeado. Comprender esta verdad, provee gran confianza y fe (v.12). Cuando se conoce lo que Dios hace en el mundo, y se obra junto con él, se puede estar seguro de que obrará *en* uno y *por* uno. Todos sus recursos divinos están a disposición de aquellos que con sinceridad quieren hacer su voluntad y ayudarle a realizar sus propósitos en la tierra.

La iglesia primitiva pensó que el evangelio les pertenecía a los judíos porque había venido *a través* de ellos y primeramente *a* ellos. Hasta que Pedro, por dirección divina, fue a los gentiles (Hechos 10), los judíos creyentes pensaban que los gentiles tenían que hacerse judíos antes de convertirse en creyentes. El Espíritu de Dios reveló progresivamente a las iglesias que Dios estaba haciendo algo nuevo: tomaba de ellos “pueblo para su nombre”, tanto de judíos como de gentiles (Hechos 15:14). ¡En la Iglesia no hay distinciones nacionales, raciales, políticas, físicas ni sociales! “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Pero una comprensión del programa de Dios en esta época no tan sólo le da al creyente confianza en Dios, sino también ánimo en las circunstancias difíciles de la vida. Los sufrimientos de Pablo por los gentiles traerían gloria a los gentiles. En la era del Antiguo Testamento, cuando el pueblo de Dios era obediente, Dios lo bendecía material, nacional y físicamente (Deuteronomio 28), y cuando eran desobedientes, él quitaba estas bendiciones. Esta no es la

Ricos

forma en que actualmente trata con la Iglesia. Nuestras bendiciones son espirituales, no materiales (Efesios 1:3); *todas* ellas nos han sido dadas completamente en Cristo. Nos apropiamos de ellas por la fe, pero si desobedecemos a Dios, él no las anula. Tan sólo perdemos el gozo y el enriquecimiento que provienen de ellas. Pablo fue un hombre dedicado y lleno del Espíritu, pero aún así estaba sufriendo como prisionero. Aclaró que las bendiciones físicas y materiales no son siempre lo que experimenta el creyente dedicado (2 Corintios 4:7-12; 11:23-12:10).

Un día me dirigía a un culto en el cual me tocaba predicar, y procuraba seguir un mapa que había encontrado en la guantera de mi automóvil. (Me cuesta tanto entender mapas, que casi siempre me ayuda mi esposa.) Por alguna razón, no podía localizar la autopista que necesitaba, así que me detuve para conseguir instrucciones en la estación de gasolina.

—¡Está usando un mapa viejo, señor!— me dijo el empleado. —Aquí tiene uno nuevo. Guíese por él, y llegará a donde quiere ir.— Tenía razón. Seguí el mapa nuevo y llegué con suficiente tiempo para predicar.

La gente que no comprende el *misterio* de Dios en su Iglesia trata de progresar espiritualmente con el mapa equivocado. En otras palabras, tratan de construir con los planos equivocados. Las iglesias de Dios en esta tierra, las asambleas locales, no deben ser círculos culturales gentiles ni círculos culturales judíos. No es bíblico que una iglesia alemana rehúse el compañerismo con una iglesia sueca, como tampoco lo es para una congregación judía que rehúse a una gentil. La Iglesia de Dios no debe estar encadenada por distinciones de cultura, clase o cualquier otro tipo de distinción. Es una entidad espiritual que debe someterse al Señorío de Jesucristo en el poder del Espíritu.

Sé un Secreto

Sí, Dios tenía un *secreto*, ¡pero Dios no quiere que siga siendo un secreto! Si comprendes tu maravillosa posición en Cristo, entonces vive a la altura de ello, y comparte la bendición con otros. Este *secreto* era importante para Pablo, para los gentiles y para los ángeles, y debe ser importante para nosotros en el día de hoy.

Efesios 3:14-21

¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; ¹⁷para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, ¹⁸seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, ¹⁹y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. ²⁰Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, ²¹a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos dé los siglos. Amén.

¡Echale Mano a Tu Riqueza!

Este pasaje es la segunda de las dos oraciones que relata Efesios, siendo la primera la del 1:15-23. En la primera oración, el énfasis está en la *iluminación*, pero en esta oración, el énfasis está en la *capacitación*. No es asunto de *conocer*, sino de *ser*; echarle mano a lo que Dios tiene para nosotros, y por fe hacerlo parte vital de nuestra vida. Pablo dice: Quiero que le echen mano a su riqueza, que se den cuenta de cuán vasta es, y comiencen a usarla.

Cabe destacar que ambas oraciones, igual que las otras oraciones desde la prisión (Filipenses 1:9-11; Colosenses 1:9-12), tratan de la condición espiritual del hombre interior, y no de las necesidades materiales del cuerpo. No está mal pedir por las necesidades físicas y materiales, pero el énfasis de estas peticiones debe estar en lo espiritual. Pablo sabía que si el hombre interior es lo que debe ser, el hombre exterior lo será a su debido tiempo. Muchas de las oraciones que hacemos enfocan sólo las necesidades físicas y materiales y no las profundas necesidades internas del corazón. Nos haría bien usar estas oraciones carcelarias como si fueran nuestras, y pedirle a Dios que nos ayude en nuestro hombre interior. Es allí donde están las necesidades más grandes.

La Invocación (Efesios 3:14,15)

Lo primero que encontramos es la postura de Pablo: “Doblo mis rodillas”. (¡Esto debe haber sido toda una experiencia para el soldado romano encadenado a Pablo!) En ningún lugar la Biblia prescribe alguna postura especial para la oración. Abraham se paró delante de Dios cuando

Ricos

oró por Sodoma (Génesis 18:22), y Salomón hizo lo mismo cuando oró para dedicar el templo (1 Reyes 8:22). David se sentó “delante de Jehová” (1 Crónicas 17:16) cuando oró por el futuro de su reino. Y Jesús “se postró sobre su rostro” cuando oró en Getsemaní (Mateo 26:39).

Sin duda habrás notado en Efesios el énfasis en la postura espiritual. Como pecadores perdidos, estuvimos sepultados en el cementerio (2:1). Pero cuando confiamos en Cristo, nos resucitó de los muertos y nos sentó con él en los cielos (2:4-6). Ya que estamos sentados con Cristo, podemos andar de modo que le agradeamos (4:1,17; 5:2, 8,15), y podemos enfrentarnos al diablo (6:10-13). Pero la postura que une el *sentarse* con el *caminar* y *pararse* es *doblar la rodilla*. Es a través de la oración que tomamos las riquezas de Dios, las cuales nos capacitan para comportarnos como creyentes y batallar como tales. Lo importante no es si doblamos las rodillas o no. El asunto vital es que inclinemos nuestro corazón y voluntad al Señor y le pidamos lo que necesitamos.

Pablo dirige su oración al “Padre de nuestro Señor Jesucristo”. En la Biblia, la oración es dirigida al Padre, a través del Hijo y en el Espíritu. Este es el modelo normal, aunque a veces se encuentran peticiones dirigidas al Hijo y posiblemente al Espíritu (1 Tesalonicenses 3:12,13). En Efesios 1:3, Pablo llama al Padre “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. El era el “Dios... de nuestro Señor Jesucristo” cuando estaba aquí en la tierra, porque, como hombre, Jesús vivió en total dependencia de Dios. Este nombre nos recuerda la humanidad de Cristo. Pero Dios es el “Padre de nuestro Señor Jesucristo” porque Jesucristo es Dios eterno; así que este nombre nos recuerda su deidad.

Sin embargo, en un sentido, todos los hombres en general, y los creyentes en particular, comparten la paternidad

¡Echale Mano a Tu Riqueza!

de Dios. Pablo dice que de Dios Padre “toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra”. La palabra “familia” puede traducirse *paternidad*. La paternidad en el cielo y en la tierra tiene su origen y nombre en el Padre. El es el gran Original; toda otra paternidad no es sino una copia. A Adán se le llama el “hijo de Dios” (Lucas 3:38), refiriéndose a su creación. Los creyentes son llamados “hijos de Dios” por renacimiento (1 Juan 3:1,2; Juan 1:11-13). Todos los hombres no son hijos de Dios por naturaleza. Más bien son hijos de desobediencia e hijos de ira (Efesios 2:2,3). Como Creador, Dios es el Padre de todo hombre, pero como Salvador, lo es tan sólo de aquellos que creen. En las Escrituras no existe tal cosa como Paternidad universal de Dios que salva a todos los hombres. “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).

La Petición (Efesios 3:16-19)

Hay cuatro pedidos en la oración de Pablo, pero no deben ser vistos en forma aislada, como pedidos individuales. Estos cuatro pedidos se asemejan más a cuatro partes de un telescopio. Una súplica lleva a la siguiente, y así sucesivamente. Ora para que el hombre interior pueda tener fuerza espiritual, lo cual, a su vez, llevará a una experiencia más profunda con Cristo. Esta experiencia los capacitará para “comprender” (asir) el gran amor de Dios, lo cual traerá como resultado que sean “llenos de toda la plenitud de Dios”. Así que Pablo ora por fuerza, profundidad, comprensión y plenitud.

Fuerza (3:16). La presencia del Espíritu Santo en la vida es evidencia de la salvación (Romanos 8:9), pero el poder del Espíritu es capacitación para la vida cristiana, y es este el poder que Pablo desea que sus lectores tengan. “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el

Ricos

Espíritu Santo” (Hechos 1:8). Jesús desempeñó su ministerio terrenal en el poder del Espíritu (Lucas 4:1,14; Hechos 10:38), y es este el único recurso que tenemos para la vida cristiana en día de hoy. A medida que se lee el libro de los Hechos, se ve la importancia del Espíritu Santo en la vida de la iglesia, porque allí hay unas 54 referencias al Espíritu, o la cuarta parte del total de referencias que se encuentran en el Nuevo Testamento. Alguien ha dicho: “Si Dios quitara el Espíritu Santo de este mundo, la mayoría de lo que los creyentes hacen seguiría adelante, ¡y nadie notaría la diferencia!” Triste, pero cierto.

El poder del Espíritu se da “conforme a las riquezas de su gloria” (v.16). Cristo regresó a la gloria y envió al Espíritu desde el cielo para morar y dar poder a su pueblo. Cuán maravilloso que Dios no nos dé el poder del Espíritu *de sus riquezas*, sino *conforme a ellas*, lo cual es mucho mayor. Si yo fuera millonario y te diera diez dólares, te habría dado *de* mis riquezas, pero si te doy un millón de dólares, te habría dado *conforme a* mis riquezas. La primera es una *porción*; la segunda es una *proporción*.

Este poder está disponible para *el hombre interior*. Esto se refiere a la parte espiritual del hombre, donde Dios vive y obra. El hombre interior del pecador perdido está muerto (Efesios 2:1), pero llega a vivir cuando invita a Cristo a entrar en él. El hombre interior puede ver (Salmo 119:18), oír (Mateo 13:9), gustar (Salmo 34:8) y sentir (Hechos 17:27); y debe ser *ejercitado* (1 Timoteo 4:7,8). También debe ser limpiado (Salmo 51:7) y alimentado (Mateo 4:4). El hombre exterior está pereciendo, pero el interior puede ser renovado espiritualmente a pesar de la decadencia exterior física (2 Corintios 4:16-18). Es este poder interno lo que le hace tener éxito.

¡Echale Mano a Tu Riqueza!

¿Qué significa tener al Espíritu Santo para capacitar al hombre interior? Significa que nuestras facultades espirituales son controladas por Dios, y que las estamos ejercitando y haciendo crecer en la Palabra (Hebreos 5:12-14). Sólo cuando nos rendimos al Espíritu y le dejamos controlar al hombre interior podemos tener éxito en vivir para la gloria de Dios. Esto significa alimentar al hombre interior con la Palabra de Dios, orar y adorar, mantenerlo limpio y ejercitar los sentidos mediante obediencia amorosa.

Profundidad (3:17). Pablo utiliza aquí tres ejemplos que conllevan la idea de profundidad espiritual, y estos tres cuadros están escondidos en los tres verbos: *habite*, *arraigados* y *cimentados*. El verbo *habitar* literalmente significa (aquí cito al doctor Kenneth Wuest) “establecerse y sentirse como en casa”. Por cierto Cristo ya estaba residiendo en el corazón de los efesios, de otro modo Pablo no se habría dirigido a ellos como “santos” en 1:1. Pablo ora por una experiencia más profunda entre Cristo y su pueblo. El anhela que Cristo se establezca y se sienta como en casa en sus corazones. No es una relación superficial, sino un compañerismo que se profundiza cada día más.

La vida de Abraham es una ilustración de esta verdad. Dios iba a bendecir a Abraham con un hijo, así que Jehová mismo bajó y visitó la tienda de Abraham, y trajo consigo a dos ángeles. Entraron en la tienda, hablaron con Abraham y hasta cenaron con él. Se sintieron como en su casa, porque Abraham era un hombre de fe y obediencia. Pero los tres invitados tenían otra tarea. Tenían que investigar los pecados de Sodoma, porque Dios se proponía destruir las ciudades. Lot, quien era creyente, vivía en Sodoma, y Dios quería advertirle a fin de sacarlo de la ciudad antes de que el juicio cayera sobre ella. Pero el mismo Señor no fue a Sodoma. Envío a los dos ángeles (Génesis 18-19). El

Ricos

Señor no se sentía como en casa en el hogar de Lot, pero sí se sintió como en casa en la tienda de Abraham.

El verbo *arraigar* nos lleva hacia el mundo vegetal. El árbol debe introducir sus raíces profundamente en el suelo para obtener alimento y estabilidad, y el creyente debe tener sus raíces espirituales profundamente arraigadas en el amor de Dios. El Salmo 1:1-3 es una perfecta descripción de esta palabra, y Jeremías 17:5-8 es un buen comentario de la misma. Una de las preguntas más importantes que un creyente puede hacerse es: “¿Dónde puedo obtener alimento y estabilidad?” Para que haya poder en la vida cristiana, debe haber profundidad. Las raíces deben profundizarse más y más en el amor de Cristo.

Cimentar es un término de arquitectura. Se refiere a los cimientos sobre los cuales construimos. En las dos primeras iglesias que pastoreé tuvimos el privilegio de construir nuevos edificios, y en ambos proyectos parecía que nunca íbamos a ponerlos en marcha. En la segunda construcción, tuvimos que gastar varios miles de dólares tomando pruebas del suelo porque íbamos a construir sobre el lecho de lo que había sido un lago. Tomó varias semanas construir las bases. Un día me quejé al arquitecto, y él replicó: “Pastor, la parte más importante de este edificio es el cimiento. Si no es profundo, no podrá ir hacia arriba”. Aquella frase me ha sido un sermón desde entonces.

Las dificultades de la vida ponen a prueba la profundidad de nuestro cimiento. Si dos compañeros de cuarto en un internado tienen una riña entre sí pueden buscar nuevos compañeros porque, después de todo, vivir con un compañero de cuarto es una experiencia temporal. Pero si un esposo y una esposa que se aman tienen un desacuerdo, la prueba sólo hace más profundo su amor al buscar resolver

¡Echale Mano a Tu Riqueza!

los problemas. La tormenta que sopla revela la fuerza de las raíces. Jesús contó la historia de dos constructores, uno de los cuales no fue lo suficientemente profundo para su fundamento (Mateo 7:24-29). Pablo oró para que los creyentes tuvieran una experiencia más profunda con Cristo, porque sólo una experiencia así podía sostenerlos durante las severas pruebas de la vida.

Comprensión (3:18,19a). Las palabras “comprender” y “conocer” provienen de la palabra latina *prehendere* que significa “asir”. Decimos que el mono tiene una *cola prensil*. Es decir, que su cola lo hace capaz de asirse a la rama de un árbol y mantenerse ahí. Nuestra palabra *comprender* lleva la idea de asir mentalmente una cosa, mientras que *conocer* sugiere el asirse de ello para uno mismo. En otras palabras, es posible comprender algo sin realmente hacerlo propio. La preocupación de Pablo es que nos aferremos de la vasta extensión del amor de Dios. Quiere que vivamos en cuatro dimensiones. Cuando Dios le dio la tierra a Abraham, le dijo: “vé por la tierra a lo largo de ella y a su ancho” (Génesis 13:17). Abraham tuvo que caminar por fe y reclamar su herencia. Pero hoy tenemos una herencia en cuatro dimensiones: ancho, largo, profundo y alto. ¡La cuarta dimensión de Dios es el amor!

Pero aquí hay una paradoja. Pablo quiere que conozcamos personalmente el amor de Cristo “que excede a todo conocimiento”. Hay dimensiones, pero no pueden ser medidas. “El amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” se compara con “las inescrutables riquezas de Cristo” (3:8). Somos tan ricos en Cristo que nuestras riquezas no pueden ser calculadas ni con la computadora más sofisticada.

Tal vez hayas visto una caricatura en la cual un hombre charlaba con un vendedor de lanchas. En una hermosa sala

Ricos

de exhibición había yates y cruceros que relucían con elegancia. En el título, el vendedor le decía al cliente: “¡Señor, si tiene que preguntar cuánto cuestan, es porque no están a su alcance!”

Ningún creyente tiene que preocuparse jamás por falta de recursos espirituales para cubrir las demandas de la vida. Si ora por fuerza espiritual y profundidad espiritual, será capaz de conocer —asirse de— todos los recursos del amor y de la gracia de Dios. “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). ¿Y cuál es el resultado de todo esto?

Plenitud (3:19b). Se dice que la naturaleza aborrece el vacío. Esto explica por qué el aire o el agua fluyen automáticamente en un lugar vacío. La naturaleza *divina* aborrece el vacío. Dios quiere que experimentemos su plenitud. “Llenos [hasta] toda la plenitud de Dios” es la traducción más exacta. El *medio* de nuestra plenitud es el Espíritu Santo (5:18), y la *medida* de nuestra plenitud es Dios mismo (4:11-16). Es una tragedia que haya creyentes que usan la medida equivocada al examinar su propia vida espiritual. Nos gusta compararnos con los creyentes más débiles que conocemos, y luego jactarnos: “Bueno, soy mejor que ellos”. Pablo nos dice que la medida es Cristo y que no podemos jactarnos de nada (ni debemos hacerlo). Cuando hayamos alcanzado *su* plenitud, entonces habremos alcanzado el límite.

En un sentido el creyente ya está completo en Cristo (Colosenses 2:9,10, donde “completos” significa *llenado por completo*). Posicionalmente estamos completos en él, pero en la práctica, disfrutamos tan sólo de la gracia que asimos por fe. Los recursos están allí. Todo lo que necesitamos hacer es aceptarlos y disfrutarlos. Pablo dirá algo más acerca de esta plenitud (5:18-21), así que nos

¡Echale Mano a Tu Riqueza!

reservaremos comentarios adicionales hasta que lleguemos a esa sección.

La Bendición (Efesios 3:20,21)

Después de contemplar una experiencia tan maravillosa, no nos asombra que Pablo estalle en una doxología, una bendición adecuada a una oración como ésta. Fíjate nuevamente en el énfasis trino de esta bendición: Pablo ora a Dios el Padre, según el poder interior de Dios el Espíritu, puesto al alcance a través de Dios el Hijo.

Tal vez el mejor modo de captar algo de la grandeza de esta doxología sea verla en forma de bosquejo:

Y a Aquel que es poderoso
para hacer *todas las cosas*
abundantemente
más abundantemente
mucho más abundantemente

Parece que Pablo quiere usar todas las palabras posibles para comunicarnos la inmensidad del poder de Dios tal como se encuentra en Cristo Jesús. El ha terminado cada uno de los dos capítulos previos con alabanza a Dios por su gran victoria en Cristo. Nos dice que el poder de Cristo es tan grande que resucitó de los muertos y ascendió *sobre todo* (1:19-23). Nos enseña que su poder es tan grande que ha reconciliado a judíos y gentiles entre sí y con Dios, y que ahora construye un templo para la gloria eterna de Dios (2:19-22). Pero en este párrafo que consideramos, ¡Pablo comparte la emocionante verdad de que este poder está *sobre todo* a nuestra disposición! En otras palabras, el poder de Cristo, como el amor de Cristo, está más allá de la comprensión o medida humanas. Y es precisamente esta

Ricos

la clase de poder que tú y yo necesitamos si vamos a andar y luchar victoriosamente.

La palabra “poder” es de nuevo *dunamis*, la cual encontramos antes en 3:7; y “actuar” es *enérgeia* (energía) que se halla en 1:11 y 19, 2:2, 3:7 y 4:16. Hay poderes que están latentes; están disponibles, pero no están en uso, como el poder almacenado en una batería. Pero la energía de Dios es poder activo, poder que actúa en nuestra vida. Este poder actúa *en* nosotros, en el hombre interior (3:16). Filipenses 2:12,13 son versículos paralelos, así que asegúrate de leerlos. Es el Espíritu Santo quien libera el poder de la resurrección de Cristo en nuestra vida.

Un día de invierno tenía un compromiso importante en Chicago, y la noche anterior la ciudad había sufrido una severa tormenta de nieve. No tenía garaje, así que mi automóvil no solo quedó cubierto de nieve, sino que pesadas masas de hielo se habían formado debajo de los guardafangos y parachoques. Después de limpiar el automóvil quité esas masas de hielo con unas cuantas patadas. Conduje a la estación de servicio para llenar el tanque, y allí presioné el botón en el tablero a fin de abrir la tapa del tanque, pero no funcionó. Sin importar cuántas veces presionaba o cuán fuerte lo hacía, la tapa permanecía cerrada. El empleado miró por debajo del guardafango y descubrió el problema. Al patear el hielo, había roto el cable que conectaba la tapa con la batería.

Evidentemente esto es lo que les sucede a muchos creyentes. Han sido cortados de la fuente de poder. Incredulidad, pecado no confesado, vida descuidada, mundanalidad en acción o en actitud; todo esto puede quitarnos poder. Y un creyente privado de poder no puede ser utilizado por Dios. “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

¡Echale Mano a Tu Riqueza!

¿Por qué comparte Dios su poder con nosotros? ¿Para que podamos construir iglesias grandes para nuestra gloria? ¿Para que podamos jactarnos de nuestros propios logros? ¡No! “¡A él sea gloria en la iglesia!” El Espíritu de Dios fue dado para glorificar al Hijo de Dios (Juan 16:14). La iglesia esta aquí para glorificar al Hijo de Dios. Si nuestra motivación es glorificar a Dios a través de la edificación de su Iglesia, entonces Dios compartirá con nosotros su poder. El poder del Espíritu no es un lujo, es una necesidad.

Pero lo asombroso es que lo que hacemos en su poder hoy, glorificará a Cristo “por todas las edades, por los siglos de los siglos” (3:21). El ministerio más grande de la Iglesia está en el futuro. Lo que hacemos aquí y ahora nos está preparando para la eternidad, cuando glorifiquemos a Cristo para siempre.

¡El es poderoso para hacer todas las cosas, todas las cosas *abundantemente*, todas las cosas *más* abundantemente, todas las cosas *mucho* más abundantemente!

Echale mano a tus riquezas espirituales y abre tu corazón al Espíritu Santo. Ora como Pablo para tener fuerza en el hombre interior... para una nueva profundidad de amor... para comprensión espiritual... y para plenitud espiritual.

“No tenéis... porque no pedís” (Santiago 4:2).

Efesios 4:1-16

¹Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, ²con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, ³solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; ⁴un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; ⁵un Señor, una fe, un bautismo, ⁶un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. ⁷Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. ⁸Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, Y dio dones a los hombres. ⁹Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? ¹⁰El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. ¹¹Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, ¹²a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, ¹³hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; ¹⁴para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, ¹⁵sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, ¹⁶de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

8

Caminemos Juntos

Todas las cartas de Pablo contienen un hermoso equilibrio entre la doctrina y el deber, y Efesios es el ejemplo perfecto. Los primeros tres capítulos tratan sobre la doctrina, nuestras riquezas en Cristo, en tanto que los tres últimos explican el deber, nuestras responsabilidades en Cristo. La palabra clave en esta última mitad del libro es *andar* (4:1,17; 5:2,8,15), mientras que la idea clave en la primera parte fue *riqueza*. En estos tres últimos capítulos, Pablo nos insta a andar en *unidad* (4:1-16), *pureza* (4:17-5:17), *armonía* (5:18-6:9) y *victoria* (6:10-24).

Como se ve en el bosquejo de la página 88, estas cuatro maneras de *andar* hacen un paralelo perfecto con las doctrinas básicas que Pablo nos ha enseñado en los tres primeros capítulos.

Antes de ver esta sección en detalle, debemos notar dos palabras importantes en el versículo uno: “pues” y “ruego”. La palabra *pues* indica que Pablo basa su exhortación al deber en las doctrinas enseñadas en los tres primeros capítulos. (Romanos 12:1,2 son versos paralelos.) La vida cristiana no se basa en la ignorancia sino en el conocimiento, y cuanto mejor comprendamos la doctrina bíblica, más fácil será obedecer los deberes bíblicos. Las personas que dicen: “¡No me hable de doctrina; déjeme vivir la vida cristiana a mi manera!”, revelan su ignorancia en cuanto al modo en que el Espíritu Santo obra en la vida del creyente. Otras personas muestran su ignorancia al decir: “Lo que se cree no hace ninguna diferencia, mientras se viva en rectitud”. Lo que se cree *sí* hace diferencia, ¡porque lo que se cree determina el comportamiento!

Ricos

Nuestra Riqueza

Llamados por gracia para pertenecer a su Cuerpo (cap. 1)

Levantado de los muertos (2:1-10)

Reconciliados (2:11-22)

La victoria de Cristo sobre Satanás en el misterio (cap. 3)

Nuestro Andar

Anden como es digno de su llamamiento, la unidad del Cuerpo (4:1-16)

Anden en pureza (4:17-5:17); Despójense de sus mortajas

Anden en armonía (5:18-6:9)

Anden en victoria (6:10-24)

La palabra *ruego* indica que Dios, en amor, nos urge a vivir para su gloria. No dice, como dijera en el Antiguo Testamento a los judíos: —Si me obedeces, te bendeciré. Más bien, dice: —Ya te he bendecido, ahora, en respuesta a mi amor y gracia, obedéceme. El nos ha hecho un maravilloso llamamiento en Cristo; ahora es nuestra responsabilidad vivir a la altura de ese llamamiento.

La idea principal en estos primeros 16 versículos es la unidad de los creyentes en Cristo. Esto es tan sólo la aplicación práctica de la doctrina enseñada en la primera mitad de la carta: Dios está construyendo un Cuerpo, un Templo. El ha reconciliado a judíos y gentiles consigo mismo en Cristo. La unidad de los creyentes en Cristo ya es una realidad espiritual. Nuestra responsabilidad es guardar, proteger y preservar aquella unidad. Para hacerlo, debemos comprender cuatro hechos importantes.

La Unidad Es Una Virtud (Efesios 4:1-3)

Unidad no es uniformidad. La unidad viene de adentro y es una virtud espiritual, mientras que la uniformidad es

el resultado de la presión externa. Pablo usó el cuerpo humano como una ilustración de la unidad cristiana (1 Corintios 12), y adapta la misma ilustración en Efesios 4:13-16. Cada parte del cuerpo es diferente de las otras, sin embargo, todas conforman un solo cuerpo y trabajan juntas.

Para preservar la “unidad del Espíritu”, debemos poseer las virtudes cristianas necesarias, de las cuáles Pablo menciona siete. La primera es *humildad*. Alguien dijo: “La humildad es una virtud que, cuando uno se da cuenta que la tiene, la ha perdido”. Humildad es poner a Cristo primero, a los otros después y por último a uno mismo. Significa conocernos a nosotros mismos, aceptarnos a nosotros mismos, y ser nosotros mismos para la gloria de Dios. Dios no te condena cuando te aceptas a ti mismo con tus dones (Romanos 12:3). El sólo quiere que no tengamos *más alto concepto* de nosotros mismos que el que debemos tener, o *más bajo concepto* del que debemos tener.

Mansedumbre no es debilidad. Es poder bajo control. Moisés era un hombre manso (Números 12:3), sin embargo se puede ver el tremendo poder que ejerció. Jesucristo era “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29), no obstante, echó fuera a los que comerciaban en el templo. En el idioma griego, la palabra *manso* era usada para referirse a las medicinas calmantes, un potro domado y un viento suave. En cada caso tenemos poder, pero era un poder bajo control.

La mansedumbre está relacionada con la *paciencia*, que literalmente significa “longanimidad”, la capacidad para soportar la aflicción sin devolver el mal. Esto nos lleva a la mención de *soportar*, virtud que no se puede experimentar sin *amor*. “El amor es sufrido, es benigno” (1 Corintios 13:4). En realidad, Pablo describe algunos de los “frutos del Espíritu” (Gálatas 5:22,23); porque la “unidad

Ricos

del Espíritu” (Efesios 4:3) es el resultado de *andar en el Espíritu* (Gálatas 5:16).

La siguiente virtud que contribuye a la unidad del Espíritu es *solicitud*. Literalmente dice: “deseosos de mantener, o guardar la unidad del Espíritu”. Una vez escuché a un creyente experimentado en la fe, decirle a una pareja de recién casados: “Es maravilloso que se amen, pero para ser felices en el matrimonio, ¡ambos tienen que poner de su parte!” El verbo usado aquí es un presente continuo, que significa que debemos estar constantemente solícitos a mantener esta unidad. En efecto, cuando pensamos que todo anda bien, Satanás entra para arruinarlo todo. La unidad espiritual de un hogar, de una clase de escuela dominical, o de una iglesia es responsabilidad de cada una de las personas que está involucrada, y el trabajo nunca termina.

La última virtud que Pablo menciona es la *paz*, “el vínculo de la paz”. En Santiago 3:13–4:10 vemos la exposición más vívida sobre la guerra y la paz que aparece en el Nuevo Testamento. Fíjate que la razón de la guerra externa es la guerra interna. Si un creyente no puede llevarse bien con Dios, no puede llevarse bien con otros creyentes. Cuando “la paz de Dios” gobierna nuestro corazón, hacemos la unidad (Colosenses 3:15).

El Terreno de la Unidad (Efesios 4:4-6)

Hoy en día mucha gente intenta unir a los creyentes de un modo que no es bíblico. Dirán, por ejemplo: “No estamos interesados en doctrinas, sino en el amor. ¡Ahora bien, olvidemos nuestras doctrinas y sólo amémonos mutuamente!” Pero Pablo no discutió la unidad espiritual en los primeros tres capítulos, sino que esperó hasta haber puesto el fundamento doctrinal. Aunque no todos los

creyentes están de acuerdo en algunos asuntos de doctrina cristiana de menor importancia, sí lo están en las verdades fundamentales de la fe. La unidad basada sobre cualquier otra cosa que no sea la verdad bíblica se sostiene sobre un fundamento muy vacilante. Pablo nombra aquí las siete realidades espirituales básicas que unen a todos los creyentes verdaderos.

Un Cuerpo. Esto es, por supuesto, el Cuerpo de Cristo del cual cada creyente es miembro, puesto allí en el momento de su conversión por el Espíritu de Dios (1 Corintios 12:12-31). Este Cuerpo es el modelo para los numerosos cuerpos (iglesias) locales que Dios ha establecido a través del mundo. El hecho de que una persona sea miembro del Cuerpo no lo exime de pertenecer a un cuerpo (iglesia) local, porque es allí donde ejercita sus dones espirituales y ayuda a otros a crecer.

Un Espíritu. El mismo Espíritu Santo habita en cada creyente, de modo que nos pertenecemos mutuamente en el Señor. En Efesios hay, por lo menos, una docena de referencias al Espíritu Santo, porque él es importante para nosotros al vivir la vida cristiana.

Una misma esperanza de vuestra vocación. Esto se refiere al regreso del Señor para llevar a su Iglesia al cielo. El Espíritu Santo en nosotros es la seguridad de esta gran promesa (1:13,14). Pablo implica aquí que el creyente que se da cuenta de la existencia de un solo Cuerpo, que anda en el Espíritu, y que espera el regreso del Señor es pacificador y no alborotador.

Un Señor. Este es nuestro Señor Jesucristo quien murió por nosotros, vive por nosotros, y un día vendrá por nosotros. Es difícil creer que dos creyentes puedan decir que obedecen al mismo Señor y, sin embargo, no sean capaces de andar en unidad. Alguien le preguntó a Ghandi,

Ricos

el líder espiritual de la India: —¿Cuál es el mayor obstáculo al cristianismo en la India?— El respondió, —Los cristianos. Reconocer el Señorío de Cristo es un paso gigantesco hacia la unidad espiritual entre su pueblo.

Una fe. Cristo depositó un cuerpo de verdad en su Iglesia, y esto es “la fe”. Judas lo llama, “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). La iglesia primitiva reconocía un cuerpo de doctrina básico que ellos enseñaban, guardaban y encomendaban a otros (2 Timoteo 2:2). Los creyentes pueden diferir en algunos asuntos de interpretación y práctica eclesiástica, pero todos los creyentes verdaderos deben estar de acuerdo en cuanto a “la fe” —y separarse de “la fe” es crear desunión en el Cuerpo de Cristo.

Un bautismo. Aquí Pablo se refiere a “un Cuerpo”, entonces, la referencia a “un bautismo” es probablemente el bautismo del Espíritu: acción del Espíritu de colocar al pecador convertido en el Cuerpo de Cristo, en el momento de su conversión (1 Corintios 12:13). Esto no es una experiencia posterior a la conversión, ni una experiencia por la cual el creyente deba orar o deba buscar. Se nos ordena ser llenos del Espíritu Santo (Efesios 5:18), pero nunca se nos ordena ser bautizados con él, porque ya hemos sido bautizados por él en el momento de la conversión. En lo que respecta a un Cuerpo, hay un bautismo, el bautismo del Espíritu. Pero en lo que se refiere a los cuerpos locales de creyentes, hay dos bautismos: el bautismo del Espíritu y el bautismo en agua.

Un Dios y un Padre. A Pablo le gusta enfatizar que Dios es Padre (1:3,17; 2:18; 3:14; 5:20). Aquí es evidente la maravillosa unidad de los creyentes en la familia de Dios, porque Dios está sobre todos, actúa en todos y a través de todos. Somos hijos de la misma familia, que

amamos y servimos al mismo Padre, así que debemos ser capaces de andar en unidad. Como en una familia terrenal, los diferentes miembros tienen que dar y recibir a fin de guardar una unidad amorosa en el hogar. La familia celestial de Dios debe hacer lo mismo. La oración que Jesús enseñó comienza con “Padre nuestro”, no con “Padre mío”.

Pablo se preocupa de que los creyentes no rompan la unidad del Espíritu al aceptar falsas doctrinas (Romanos 16:17-20), y hace eco de esta advertencia (2 Juan 6:11). La iglesia local no puede creer en la paz a cualquier precio, porque la sabiduría de Dios es “...primeramente pura, después pacífica...” (Santiago 3:17). La pureza de doctrina, en sí, no produce unidad espiritual, porque hay iglesias que están en lo correcto, pero equivocadas en lo que se refiere al amor. Por esto une Pablo las dos cosas: “siguiendo la verdad en amor” (Efesios 4:15).

Los Dones Para la Unidad (Efesios 4:7-11)

Pablo pasa ahora, de lo que los creyentes tienen en común a las diferencias entre ellos. El trata sobre la variedad y la individualidad dentro de la unidad del Espíritu. Dios le ha dado a cada creyente, por lo menos, un don espiritual (1 Corintios 12:1-12), y este don debe ser usado para la unificación y edificación del Cuerpo de Cristo. Debemos hacer una distinción entre los “dones espirituales” y las habilidades naturales. Al nacer en este mundo Dios te dio ciertas habilidades naturales, tal vez en mecánica, arte, atletismo o música. En este aspecto, todos los hombres *no* son creados iguales, porque algunos son más hábiles, o más fuertes, o tienen más talento que otros. Pero en el ámbito espiritual, cada creyente tiene, por lo menos, un don espiritual sin importar las habilidades

Ricos

naturales que pueda poseer o no. Un don espiritual es una habilidad dada por Dios para servir a Dios y a otros creyentes de tal forma que Cristo sea glorificado y los creyentes edificados.

¿Cómo descubre y perfecciona el creyente sus dones? Teniendo comunión con otros creyentes en la iglesia local. Los dones no son juguetes. Son herramientas para edificar. Y si no se usan en amor, llegan a ser armas para pelear. Esto era lo que sucedía en la iglesia de Corinto (1 Corintios 12-14). Los creyentes no deben vivir aislados porque, después de todo, son miembros del mismo Cuerpo.

Pablo enseñó que Cristo es el Dador de estos dones, a través del Espíritu Santo (Efesios 4:8-10). El ascendió a los cielos como Vencedor para siempre jamás. La ilustración usada aquí es la de un conquistador militar que lleva a sus cautivos y comparte los despojos con sus seguidores. Sólo que en este caso, los *cautivos* no son sus enemigos, sino los suyos. Los pecadores que una vez eran cautivos del pecado y de Satanás ahora han sido tomados cautivos por Cristo. ¡Aun la muerte es un enemigo vencido! Cuando Cristo vino a la tierra, experimentó las profundidades de la humillación (Filipenses 2:5-11), pero cuando ascendió al cielo, experimentó la más alta exaltación posible. Pablo cita el Salmo 68:18, refiriéndose a Jesús en un canto victorioso escrito por David (Efesios 4:8).

En el Nuevo Testamento hay tres listas de dones espirituales: 1 Corintios 12:4-11, 27-31, Romanos 12:3-8 y Efesios 4:11. Ya que las listas no son idénticas, puede ser que Pablo no haya nombrado todos los dones disponibles. Pablo escribió que algunos dones son más importantes que otros, pero que todos los creyentes son necesarios si es que el Cuerpo ha de funcionar normalmente (1 Corintios 14:5, 39). El hizo más énfasis en los hombres dotados que en los dones. Cuatro de ellos son:

Apóstoles (4:11a). La palabra significa *uno enviado con una comisión*. Jesús tuvo muchos discípulos, pero seleccionó a doce apóstoles (Mateo 10:1-4). Un *discípulo* es un seguidor o un aprendiz, pero un *apóstol* es un representante divinamente nombrado. Los apóstoles tenían que dar testimonio de la resurrección (Hechos 1:15-22) y, por lo tanto, tenían que haber visto personalmente al Cristo resucitado (1 Corintios 9:1,2). Hoy en día no hay apóstoles en el sentido más estricto del Nuevo Testamento. Estos hombres ayudaron a poner el fundamento de la Iglesia, “el fundamento de los apóstoles y profetas” (Efesios 2:20), y una vez establecido el fundamento, ya no fueron necesarios. Dios autenticó su ministerio con milagros especiales (Hebreos 2:1-4), de modo que no debemos exigir estos mismos milagros en el día de hoy. Por supuesto, en un sentido amplio, todos los creyentes tienen un ministerio apostólico. “Como me envió el Padre, así también yo os envió” (Juan 20:21). Pero no debemos decir que somos apóstoles.

Profetas (4:11b). Por lo general asociamos a un profeta con predicciones de eventos futuros, pero esta no es su función primaria. Un profeta del Nuevo Testamento es uno que proclama la Palabra de Dios (Hechos 11:28; Efesios 3:5). Los creyentes de las iglesias del Nuevo Testamento no poseían Biblias, ni el Nuevo Testamento estaba escrito y completo. ¿Cómo, entonces, podían estas iglesias locales descubrir la voluntad de Dios? El Espíritu de Dios compartía la verdad divina con aquellos que poseían el don de profecía. Pablo indica que el don de profecía tenía que ver con la comprensión “de todos los misterios y toda ciencia” (1 Corintios 13:2), queriendo decir, por supuesto, las verdades espirituales. El propósito de la profecía es “edificación, exhortación [aliento] y consolación” (1 Corintios 14:3). Los

Ricos

creyentes en la actualidad no reciben el conocimiento espiritual *directamente* del Espíritu Santo, sino *indirectamente* por el Espíritu que les enseña la Palabra. Junto con los apóstoles, los profetas tuvieron el ministerio de establecer el fundamento de la iglesia primitiva y no son necesarios hoy en día (Efesios 2:20).

Evangelistas (4:11c). *Portadores de las buenas nuevas.* Estos hombres viajaban de lugar en lugar para predicar el evangelio y ganar a los perdidos (Hechos 8:26-40; 21:28). Todo ministro debe hacer la “obra de evangelista”, pero esto no significa que todos los ministros *son* evangelistas (2 Timoteo 4:5). Los apóstoles y profetas pusieron el fundamento de la Iglesia, y los evangelistas construyeron sobre el mismo ganando a los perdidos para Cristo. Por supuesto, en la iglesia primitiva, cada creyente era un testigo (Hechos 2:41-47; 11:19-21), y así debemos ser nosotros en el día de hoy. Pero actualmente también hay personas que tienen el don de evangelismo. El hecho de que un creyente no posea este don no lo exime de sentir la carga por las almas perdidas ni de testificarles.

Pastores y maestros (4:11d). El hecho de que la palabra “otros” no se repite indica que aquí tenemos un oficio con dos ministerios. Pastor significa *uno que conduce un rebaño*, indicando que la iglesia local es un rebaño (Hechos 20:28), y es su responsabilidad alimentarlo y guiarlo (1 Pedro 5:1-4, donde anciano es otro nombre para el pastor). Esto lo hace por medio de la Palabra de Dios, el alimento que nutre a las ovejas. La palabra es la vara que guía y disciplina a las ovejas. La Palabra de Dios es la protección y la provisión de la iglesia local, y no hay ningún entretenimiento, ni buen compañerismo ni otro sustituto religioso que pueda reemplazarla.

El Crecimiento de la Unidad (Efesios 4:12-16)

En esta sección Pablo estaba mirando a la Iglesia en dos niveles. Veía al Cuerpo de Cristo, compuesto por todos los creyentes verdaderos, que crecen progresivamente hasta alcanzar la madurez espiritual, “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. Pero también veía al cuerpo local de creyentes sirviéndose los unos a los otros, creciendo juntos, y, en consecuencia, experimentando unidad espiritual.

Un misionero sin asociación alguna visitó a un pastor amigo mío para pedirle apoyo económico. —¿Con qué grupo está usted asociado?— le preguntó mi amigo.

El hombre respondió: —Pertenezco a la Iglesia invisible.

Mi amigo, entonces, preguntó: —Bueno, ¿de cuál iglesia es usted miembro?

De nuevo recibió la respuesta, —¡Pertenezco a la Iglesia invisible!

Con un poco de suspicacia, mi amigo preguntó: —¿Cuándo se reúne esta Iglesia invisible? ¿Quién la pastorea?

El misionero se exasperó y dijo: —Bueno, la iglesia que usted tiene aquí no es la Iglesia verdadera. ¡Yo pertenezco a la Iglesia invisible!

Mi amigo respondió: —¡Bueno, aquí tiene un poco de dinero invisible para ayudarle a ministrar a la Iglesia invisible!

Mi amigo no estaba negando la existencia del Cuerpo de Cristo. Más bien, estaba afirmando el hecho que la *Iglesia invisible* (un término no bíblico, pero lo utilizaré) ministra a través de la *iglesia visible*.

Los líderes dotados deben *equipar* a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (traducción literal). Los creyentes no eligen a un pastor y le pagan para que haga la obra él solo. Ellos lo eligen y

Ricos

siguen su liderazgo mientras él, a través de la Palabra, los equipa para trabajar en la obra (2 Timoteo 3:13-17). Los miembros de la Iglesia crecen alimentándose de la Palabra y sirviéndose los unos a los otros. La primera evidencia de crecimiento espiritual es la *semejanza a Cristo*.

La segunda evidencia es la *estabilidad*. Al creyente maduro en la fe no lo sacude cualquier novedad religiosa que le aparezca. Hay charlatanes religiosos que esperan el momento adecuado para secuestrar a los hijos de Dios y llavárselos a sus cultos falsos, pero el creyente maduro en la fe reconoce la falsa doctrina y se aleja de ella. Las sectas no tratan de ganar almas para Cristo. Ellos no hacen programas de ayuda en las áreas pobres de nuestras ciudades, porque no tienen buenas nuevas para quienes no tienen esperanza. En vez de eso, estos maestros falsos tratan de capturar a creyentes jóvenes en la fe, y por esta razón, la mayoría de los miembros de las sectas provienen de iglesias locales, particularmente de las que no alimentan a su gente con la Palabra de Dios.

La tercera evidencia de la madurez es la *verdad unida con el amor*: “siguiendo la verdad en amor” (4:15). Bien se ha dicho que la verdad sin amor es brutalidad, y que el amor sin verdad es hipocresía. Los niños no saben cómo mezclar la verdad y el amor. Ellos piensan que si uno ama a alguien, se debe proteger a ese alguien de la verdad, si es que el conocimiento de la misma lo va a herir. Es una marca de madurez el ser capaces de compartir la verdad con nuestros hermanos creyentes, y hacerlo en amor. “Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece” (Proverbios 27:6).

La última evidencia de la madurez es la *cooperación* (v.16). Nos damos cuenta de que, como miembros de un solo Cuerpo, y un cuerpo local, nos pertenecemos unos a

Caminemos Juntos

otros, nos afectamos unos a otros, y nos necesitamos unos a otros. Cada creyente, no importa cuán insignificante pueda parecer, tiene un ministerio hacia los otros creyentes. El Cuerpo crece a medida que los miembros crecen, y los miembros crecen a medida que se alimentan con la Palabra y se sirven los unos a los otros. Fíjate una vez más en el énfasis en el amor: “soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (4:2); “siguiendo la verdad en amor” (4:15); “edificándose en amor” (4:16). El amor es el aparato circulatorio del Cuerpo. Se ha descubierto que bebés aislados y descuidados no crecen adecuadamente y son especialmente susceptibles a enfermedades, mientras que bebés que son amados y cuidados crecen normalmente y son más fuertes. Lo mismo sucede con los hijos de Dios. Un creyente aislado no puede ministrar a los otros, ni pueden los otros ministrarle a él, y en cualquier sentido es imposible ministrar los dones.

Así que, la unidad espiritual no es algo que fabricamos. Es algo que ya tenemos en Cristo y debemos proteger y mantener. La verdad une, la mentira divide. El amor une, el egoísmo divide. Por lo tanto “siguiendo la verdad en amor”, equipémonos los unos a los otros y edifiquémonos los unos a los otros, para que todos crezcamos para ser más semejantes a Cristo.

Efesios 4:17-32

¹⁷Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, ¹⁸teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; ¹⁹los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. ²⁰Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, ²¹si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. ²²En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, ²³y renovaos en el espíritu de vuestra mente, ²⁴y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. ²⁵Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. ²⁶Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ²⁷ni deis lugar al diablo. ²⁸El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. ²⁹Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. ³⁰Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. ³¹Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. ³²Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

¡Quítate la Mortaja!

La Biblia fue escrita para ser obedecida, y no simplemente para ser estudiada. Esta es la razón por la que las palabras “pues” y “por lo cual” se repiten tan a menudo en la segunda mitad de Efesios (4:1,17,25; 5:1,7,14,17,24). Pablo decía: Esto es lo que Cristo ha hecho por ti. Ahora bien, a la luz de esto, aquí está lo que debemos hacer por Cristo. Debemos ser “hacedores” de la Palabra, y no tan sólo “oidores” (Santiago 1:22). El hecho de haber sido llamados en Cristo (Efesios 1:18) debe motivarnos a andar en unidad (4:1-16). El hecho de que hemos sido resucitados de los muertos (2:1-10) debe motivarnos a andar en pureza (4:17-5:17), o, como dijo Pablo a los romanos, andar “en novedad de vida” (Romanos 6:4). Estamos vivos en Cristo, no muertos en pecados; por lo tanto, “despojaos del viejo hombre... y vestíos del nuevo hombre” (vs.22,24). ¡Quítate la mortaja y ponte la vestidura de gracia!

La Amonestación (Efesios 4:17-19)

En la vida cristiana hay algunas negativas, y una de ellas es la siguiente: “No andéis como los otros gentiles”. El creyente no debe imitar la vida de los perdidos que le rodean. Ellos están “muertos en... delitos y pecados” (2:1), mientras que él ha resucitado de los muertos y ha recibido vida eterna en Cristo. Pablo explica las diferencias entre el que es salvo y el que no lo es.

Para empezar, los creyentes *piensan* de modo diferente de la gente incrédula. Fíjate aquí en el énfasis en el pensamiento: “mente” (vs.17,23), “entendimiento” (v.18), “ignorancia” (v.18), “aprendido así a Cristo” (v.20). La salvación

Ricos

comienza con el arrepentimiento, lo cual es un cambio en la manera de pensar. Toda la perspectiva de una persona cambia cuando confía en Cristo, incluyendo sus valores, metas e interpretación de la vida. ¿Qué hay de malo en la mente del que no es salvo? Por una parte lo siguiente: su manera de pensar es “vanidad” (fútil). No lleva a ningún propósito sustancial. Ya que no conoce a Dios, no puede realmente comprender el mundo que le rodea, ni se puede entender a sí mismo. En Romanos 1:21-25 se describe esta triste historia. Nuestro mundo posee hoy un cúmulo grande de conocimiento, pero muy poca sabiduría. Thoreau dijo muy bien que tenemos “medios mejorados para fines empeorados”.

El pensamiento del incrédulo es fútil porque está entenebrecido. Cree que ha sido iluminado porque rechaza la Biblia y cree en ol último en filosofías, cuando en realidad está en tinieblas. “Profesando ser sabios, se hicieron necios” (Romanos 1:22). Pero ellos piensan que son sabios. Satanás ha cegado la mente de los perdidos (2 Corintios 4:3-6) porque no quiere que vean la verdad en Jesucristo. No es tan sólo que estén ciegos y no pueden ver, sino que su *mente* está oscurecida y no pueden pensar correctamente sobre asuntos espirituales.

Por supuesto, el incrédulo está muerto por causa de esa ignorancia espiritual. La verdad y la vida van juntas. Si crees la verdad de Dios, recibirás la vida de Dios. Pero se podría pensar que el incrédulo haría todo lo que pudiera para salir de su terrible apuro espiritual. Qué lamentable, la dureza de su corazón lo esclaviza. Ha perdido “toda sensibilidad” porque se ha entregado tanto al pecado que lo controla. Lee Romanos 1:18-32 para una explicación vívida de estos tres breves versículos.

¡Quítate la Mortaja!

El creyente no puede seguir el modelo del incrédulo, porque ha experimentado un milagro, el ser resucitado de los muertos. Su vida no es fútil, sino llena de propósito. Su mente está llena de la luz de la Palabra de Dios, y su corazón de la plenitud de la vida de Dios. Entrega su cuerpo a Dios como instrumento de justicia (Romanos 6:13), y no al pecado para satisfacción de sus propias concupiscencias. En todos los aspectos, el creyente es diferente al incrédulo, y de ahí la amonestación: “No andéis”.

El Argumento (Efesios 4:20-24)

Pablo refuerza su amonestación con un argumento tomado de la experiencia espiritual de sus lectores. De nuevo el énfasis está en la mente, o la perspectiva, en el creyente. “Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo” (v.20). No dijo *aprendido acerca de Cristo*, porque es posible aprender acerca de Cristo y nunca ser salvo. “Aprender a Cristo” significa tener una relación personal con Cristo de modo que uno pueda conocerle mejor cada día. Puedo aprender acerca de Sir Winston Churchill porque poseo muchos de sus libros y puedo obtener libros acerca de su vida. Pero nunca podré aprenderle a él, porque está muerto. ¡Jesucristo vive! Por lo tanto, puedo “aprender a Cristo” a través de una comunión personal con él.

Este compañerismo está basado en la Palabra de Dios. Puedo aprender “la verdad” como está en Jesucristo. Cuanto mejor comprenda la Palabra de Dios, tanto mejor conoceré al Hijo de Dios, porque la Biblia entera es una revelación del Señor Jesucristo (Lucas 24:27; Juan 5:39). La persona no salva es ignorante espiritualmente, mientras que el creyente es inteligente en las cosas de la Palabra. El incrédulo no conoce a Cristo, mientras que el creyente

Ricos

crece en su conocimiento personal de Cristo día tras día. Hemos creído la verdad y hemos recibido la vida; por lo tanto, andaremos *en el camino* y no siguiendo el ejemplo del mundo perdido.

Pero esta experiencia de salvación va más allá de esto, porque ha traído como resultado una posición completamente nueva ante Dios. El viejo hombre (la vida antigua) ha sido abandonada, y ahora podemos andar en novedad de vida a través de Cristo. Los versículos 22-24 son un resumen de Romanos 5-8, donde Pablo explica la identificación del creyente con Cristo en la muerte, la sepultura y la resurrección. También trata sobre esto en Efesios 2:4-6, y en Colosenses 3. Como creyentes no sólo hemos cambiado nuestra manera de pensar; hemos cambiado por completo nuestra ciudadanía. Ahora somos “nueva criatura” de Dios en Cristo (2 Corintios 5:17) y, por ello, las ideas y los deseos de la antigua creación no deben controlar más nuestra vida.

La más sencilla ilustración de esta gran verdad está en Juan 11: la resurrección de Lázaro. El amigo de nuestro Señor, Lázaro, había estado en el sepulcro cuatro días cuando Jesús y sus discípulos llegaron a Betania, y aun Marta admitió que, para entonces, el cuerpo putrefacto tendría olor (Juan 11:39). Pero Jesús pronunció la Palabra y Lázaro salió vivo. Esto es una ilustración de Juan 5:24. Fíjate en las siguientes palabras de nuestro Señor: “Desatadle, y dejadle ir” (11:44). ¡Quítenle la mortaja! Lázaro ya no pertenecía al antiguo dominio de la muerte, porque ahora estaba vivo. ¿Por qué andar vestido con mortaja? ¡Quítate lo viejo y ponte lo nuevo!

El argumento de Pablo fue éste: Ustedes ya no pertenecen más a la vieja corrupción del pecado, sino que pertenecen a la nueva creación en Cristo. ¡Quítense la mortaja!

¡Quítate la Mortaja!

¿Cómo lo hacemos? “Renovaos en el espíritu de vuestra mente” (v.23). La conversión es un punto crucial que conduce a un proceso. Por medio de Cristo hemos recibido una nueva posición en su nueva creación una vez y para siempre, pero día tras día debemos apropiarnos por fe de aquello que él nos ha dado. La Palabra de Dios renueva nuestra mente cuando nos rendimos por completo a él (Romanos 12:1,2). “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). A medida que la mente comprende la verdad de la Palabra de Dios, es transformada gradualmente por el Espíritu, y esta renovación conduce a una vida cambiada. Espiritualmente eres lo que piensas. “Cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7). Por esta razón es tan importante para nosotros, los creyentes, que pasemos tiempo cada día meditando en la Palabra, orando y en comunión con Cristo.

La Aplicación (Efesios 4:25-32)

Pablo no se contentaba con explicar un principio y dejarlo ahí. Siempre lo aplicaba a las diferentes áreas de la vida que lo necesitaban. Hasta se atrevía a nombrar pecados. En esta sección se nombran cinco pecados diferentes, y Pablo nos dice que debemos evitarlos y explica por qué debemos hacerlo.

La mentira (4:25). Una mentira es una declaración contraria al hecho, dicha con la intención de engañar. Si digo que son las 12 del mediodía, y luego descubro que mi reloj estaba equivocado, no he mentado. Pero si te doy una hora equivocada para que llegues tarde a una reunión para beneficiarme con ello, eso sería una mentira. Satanás es mentiroso (Juan 8:44) y quiere que creamos que Dios es mentiroso. “¿Conque Dios os ha dicho?” (Génesis 3:1). Cuando decimos la verdad, el Espíritu de Dios actúa, pero

Ricos

cuando decimos una mentira, Satanás obra. Nos gusta pensar que ayudamos a la gente al mentirles, pero ese no es el caso. Quizá no veamos las tristes consecuencias inmediatamente, pero llegarán. “Ninguna mentira procede de la verdad” (1 Juan 2:21). El infierno está preparado para “todo aquel que ama y hace mentira” (Apocalipsis 22:15). Esto no significa que cualquiera que alguna vez haya dicho una mentira irá al infierno, sino que aquellos cuyas vidas están controladas por mentiras—aman el mentir y decir mentiras—están perdidos para siempre. La vida del creyente está controlada por la verdad.

Fíjate la razón que dio Pablo para decir la verdad: Nos pertenecemos los unos a los otros en Cristo. Nos instó a edificar el Cuerpo en amor (4:16) y a hacerlo también en verdad. “Siguiendo la verdad en amor” (4:15). Como “miembros los unos de los otros” (4:25) nos afectamos los unos a los otros, y no podemos edificarnos mutuamente sin la verdad. El primer pecado que fue juzgado en la iglesia inicial fue el pecado de la mentira (Hechos 5:1-11).

La ira (4:26,27) es una reacción emocional causada por algo que nos desagrada. En sí misma, la ira no es pecado, porque aun Dios puede airarse (Deuteronomio 9:8,20; Salmo 2:12). En el Antiguo Testamento aparece varias veces la frase “la ira de Jehová” (Números 25:4; Jeremías 4:8; 12:13). La ira santa de Dios es una parte de su juicio contra el pecado, tal como se ilustra en la ira del Señor cuando limpió el templo (Mateo 21:12,13). La Biblia a menudo habla de que la ira *se inflama* (Génesis 30:2; Deuteronomio 6:15), haciendo ver que se puede comparar la ira con el fuego. A veces la ira del hombre está latente, a esto lo podemos llamar *malicia*; pero esta misma ira puede de pronto explotar y destruir, a esto lo podemos llamar *furia*.

¡Quítate la Mortaja!

Es difícil practicar una verdadera ira santa o una indignación justa porque nuestras emociones están manchadas por el pecado, y no tenemos el mismo conocimiento que Dios tiene de todas las cosas. Dios ve todo con claridad y conoce todo completamente, nosotros no. El principio del Nuevo Testamento parece ser que el creyente debe airarse contra el pecado pero amar a la gente. “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal” (Salmo 97:10).

Es posible airarse contra las cosas sin pecar, pero si pecamos, debemos arreglar el asunto rápidamente y no dejar que el sol se ponga sobre nuestro enojo. “Ponte de acuerdo con tu adversario pronto” (Mateo 5:25). “Vé y repréndele estando tú y él solos” (Mateo 18:15). El fuego de la ira, si no es apagado por el perdón amoroso, se propagará y corromperá y destruirá la obra de Dios. De acuerdo con Jesús, la ira es el primer paso hacia el homicidio (Mateo 5:21-26), porque la ira da al diablo un lugar en nuestra vida, y Satanás es un asesino (Juan 8:44). Satanás odia a Dios y a su pueblo, y cuando encuentra a un creyente con las chispas de la ira en su corazón, inflama aquellas chispas, añade leña al fuego y causa un gran daño al pueblo de Dios y a su Iglesia. Tanto la mentira como la ira dan “lugar al diablo” (v.27).

He oído decir que una de cada 35 muertes en la ciudad de Chicago es un homicidio, y que la mayoría de estos homicidios involucran a parientes y amigos. Son lo que la ley llama crímenes pasionales. Dos amigos comienzan a discutir (a menudo mientras juegan), y uno de ellos se enoja, toma un arma o cuchillo y mata a su amigo. Horacio tenía razón cuando dijo: “La ira es una locura momentánea”.

Una mujer trató de excusar su mal temperamento diciendo: —Exploto, y después me olvido de todo.

Ricos

—Sí,— respondió un amigo de ella, —igual que una escopeta, pero vea el daño que deja tras de sí.

“Cualquiera puede enojarse”, escribió Aristóteles. “Pero enojarse con la persona correcta, en la medida correcta, en el momento correcto, por la causa correcta y del modo correcto... no es fácil”.

Salomón tiene una buena solución: “La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor” (Proverbios 15:1).

Hurto (4:28). “No hurtarás” es uno de los Diez Mandamientos, y cuando Dios dio este mandamiento, instituyó el derecho a la propiedad privada. Cualquier persona tiene derecho a convertir su fuerza en ganancia, y a mantener esa ganancia y usarla como crea conveniente. Dios les dio a los judíos numerosas leyes para la protección de sus propiedades, y estos principios han llegado a ser parte de nuestras leyes en la actualidad. El hurto fue particularmente un pecado de los esclavos en los días de Pablo. Por lo general, éstos no eran bien cuidados y estaban siempre en necesidad, y la ley casi no les daba protección alguna. Cuando le escribió a Tito, Pablo le instó a amonestar a los esclavos a *no defraudar* sino a ser fieles a sus amos (Tito 2:10). Pero no sólo los esclavos eran adictos al robo, sino también los ciudadanos en general, porque Pablo le escribió sobre lo mismo a la gente de la iglesia en Efeso, quienes eran empleados con buenos ingresos (Efesios 4:28).

Del mismo modo que Satanás es mentiroso y homicida, también es ladrón. “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir” (Juan 10:10). Convirtió a Judas en un ladrón (Juan 12:6) y haría lo mismo con nosotros si pudiera. Cuando tentó a Eva la hizo una ladrona, porque ella tomó el fruto que estaba prohibido. Y ella, a su vez, hizo de Adán un ladrón. El Primer Adán fue ladrón y fue

¡Quítate la Mortaja!

echado del paraíso, pero el Último Adán, Cristo, se dirigió a un ladrón y le dijo, “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

Pablo añadió un motivo a la amonestación. Debemos decir la verdad “porque somos miembros los unos de los otros”. Debemos controlar nuestra ira a fin de que no demos “lugar al diablo”. Debemos trabajar, y no robar, para que podamos ser capaces de “compartir con el que padece necesidad”. Uno esperaría que Pablo dijera que trabaje y se cuide a sí mismo y no sea tentado a robar. En vez de eso, eleva la labor humana a un nivel mucho más alto. Trabajamos para ser capaces de ayudar a otros. Si robamos, dañamos a otros; por lo tanto, debemos trabajar para que podamos ayudar a otros. Aun el trabajo honesto puede convertirse en egoísmo, y esto es lo que Pablo quiere evitar. Claro que fue una regla fundamental en la iglesia primitiva que “si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tesalonicenses 3:10). Un creyente perezoso se roba a sí mismo, a otros y a Dios. Por supuesto, Pablo no habla de creyentes que no pueden trabajar por causa de invalidez, sino de aquellos que no quieren trabajar.

Pablo mismo fue un ejemplo de trabajo duro, porque mientras establecía iglesias locales, trabajó en la fabricación de tiendas. Todo rabí judío aprendía un oficio, porque los rabíes decían, “si a tu hijo no le enseñas un oficio, le enseñas a robar”. Los hombres que Dios llamó en la Biblia estaban ocupados trabajando cuando les hizo el llamado. Moisés estaba cuidando un rebaño; Gedeón estaba sacudiendo el trigo; David estaba atendiendo el rebaño de su padre; y los primeros cuatro discípulos estaban o echando sus redes o remendándolas. Jesús mismo fue carpintero.

El hablar corrompido (4:29). La boca y el corazón están conectados. “De la abundancia del corazón habla la

Ricos

boca” (Mateo 12:34). Cuando una persona se convierte en creyente, se espera que cambie la manera de hablar. Es interesante rastrear la palabra *boca* a través del libro de Romanos y ver cómo Cristo hace una diferencia en el hablar del hombre. La boca del pecador “...está llena de maldición y de amargura” (Romanos 3:14), pero cuando confía en Cristo muy contento confiesa con su boca que “Jesús es el Señor” (Romanos 10:9,10). En su condición de pecador condenado, su boca está cerrada ante el trono de Dios (Romanos 3:19), pero como creyente, su boca está abierta para glorificar a Dios (Romanos 15:6). Cambia el corazón y cambiará el hablar. Pablo conocía muy bien la diferencia, porque cuando era un rabí perdido, estaba “respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” (Hechos 9:1). Pero cuando confió en Cristo, ocurrió un cambio: “He aquí, él ora” (Hechos 9:11). ¡De arrestar a orar en un solo paso de fe!

La palabra *corrompida*, cuya idea se expresa en Mateo 7:17,18, se refiere a fruta podrida. Significa aquello que no vale, es malo o está podrido. Nuestras palabras no tienen que ser obscenas para ser sin valor. A veces nos llevamos bien con la multitud y tratamos de impresionarlos con el hecho de que no somos tan puritanos como ellos piensan. Quizá Pedro haya tenido este motivo en mente cuando fue acusado por la muchacha de ser uno de los discípulos de Cristo. “Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre” (Mateo 26:74). A veces los apetitos de la vida antigua se muestran cuando dejamos que de nuestra boca salgan “palabras deshonestas” (Colosenses 3:8). Recuerda, antes de ser salvos, vivíamos en muerte espiritual (Efesios 2:1-3), y, como Lázaro, nuestra corrupción personal producía un hedor que no agradaba a Dios. No sorprende que Pablo escribiera: “Sepulcro abierto es su garganta” (Romanos 3:13).

¡Quítate la Mortaja!

El remedio es asegurarnos de que el corazón esté lleno de bendición. Así que, llena tu corazón con el amor de Cristo para que sólo verdad y pureza puedan salir de la boca. No hables a la ligera prometiendo cosas que no vas a cumplir. Pablo nos dijo que pongamos la sal de la gracia de Dios en todo lo que digamos. “Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada con sal” (Colosenses 4:6). Y ten siempre presente que tus palabras tienen poder, ya sea para bien o para mal. Pablo nos dice que hablemos de tal forma que lo que digamos edifique a nuestros oyentes, y no que los arruine. Nuestras palabras deben ministrar gracia y ayudar a otros a acercarse más a Cristo. Satanás, desde luego, incentiva un hablar que derriba a la gente y destruye la obra de Cristo. Si necesitas recordar acerca del poder de la lengua, lee el capítulo tres de Santiago.

La amargura (4:30-32). Estos versículos nos advierten contra varios pecados de actitud y amplían lo que Pablo escribió acerca de la ira. La *amargura* se refiere a la hostilidad establecida que envenena por completo al hombre interior. Alguien hace algo que a nosotros no nos gusta, así que abrigamos malos sentimientos contra él en nuestro corazón. “Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas” (Colosenses 3:19). (La palabra “ásperos” literalmente significa amargos.) La amargura conduce a la ira, la cual es la explosión exterior de los sentimientos interiores. La ira y el enojo conducen a menudo al griterío o la maledicencia. Es difícil creer que los creyentes actúen de esta forma, pero lo hacen, y por esto Pablo nos advierte contra ello. “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Salmo 133:1).

Un apuesto anciano vino a mi estudio un día y me preguntó si officiaría una ceremonia matrimonial en la que

Ricos

él era el novio. Le pedí que hiciera entrar a la novia de forma que pudiéramos charlar juntos y conocernos mejor, ya que tengo mucho cuidado en casar personas que no conozco. “Antes que entre”, dijo él, “déjeme explicarle este matrimonio. ¡Ambos hemos estado casados antes, el uno con el otro! Hace más de treinta años tuvimos un problema, me enfurecí y nos separamos. Luego cometimos la estupidez de divorciarnos. Pienso que ambos éramos demasiado orgullosos para pedir disculpas. Bueno, todos estos años hemos vivido solos, y ahora vemos lo necios que hemos sido. Nuestra amargura nos ha robado los placeres de la vida, y ahora queremos casarnos de nuevo y ver si el Señor nos querrá dar unos pocos años de felicidad antes de morir”. La amargura y el enojo, por lo general sobre cosas triviales, hacen estragos en los hogares, las iglesias y las amistades.

Pablo da tres razones por las que debemos evitar la amargura. En primer lugar, *contrista al Espíritu Santo*. El vive en el creyente, y cuando el corazón está lleno de amargura e ira, el Espíritu se contrista. Los que somos padres conocemos algo de este sentimiento cuando nuestros hijos en casa se pelean. El Espíritu Santo está más contento en una atmósfera de amor, gozo y paz, porque estos son manifestaciones del “fruto del Espíritu” que él produce en nuestra vida cuando le obedecemos. El Espíritu Santo no nos puede dejar, porque nos ha sellado hasta el día en que Cristo regrese para llevarnos al cielo. No perdemos nuestra salvación por causa de nuestras actitudes pecaminosas, pero ciertamente perdemos el gozo de nuestra salvación y la plenitud de la bendición del Espíritu.

En segundo lugar, nuestro pecado *contrista a Dios el Hijo*, quien murió por nosotros. En tercer lugar, *contrista a Dios el Padre* quien nos perdonó cuando confiamos en

¡Quítate la Mortaja!

Cristo. Aquí Pablo pone el dedo en la causa básica de una actitud de amargura: No podemos perdonar a la gente. Un espíritu no perdonador es una cancha abierta para el diablo, y al poco tiempo llegará a ser un campo de batalla del creyente. Si alguien nos hiere, deliberadamente o sin intención, y nosotros no lo perdonamos, comenzamos a desarrollar amargura en nuestro interior, lo cual endurece el corazón. Debemos ser misericordiosos y bondadosos, pero en lugar de eso somos duros de corazón y amargados. En realidad, no herimos a la persona que nos hirió; tan sólo nos hacemos daño a nosotros mismos. La amargura en el corazón nos hace tratar a los otros del mismo modo en que Satanás los trata, cuando más bien debemos tratarlos del modo en que Dios nos ha tratado. En su bondad y gracia, Dios nos ha perdonado, y nosotros debemos perdonar a otros. No perdonamos por nuestra causa, aunque de ello obtenemos bendición, ni aun por causa de ellos, sino por causa de Cristo. Aprender a perdonar y olvidar es uno de los secretos de la vida cristiana feliz.

Repasa de nuevo los motivos para *andar en pureza*: Somos miembros los unos de los otros, Satanás quiere conseguir un lugar en nuestra vida, debemos compartir con otros, debemos edificarnos unos a otros, y no debemos contristar a Dios. Y, después de todo, hemos sido resucitados de los muertos, así que... ¿por qué usar mortaja? Jesús dice de ti, como dijo de Lázaro: “¡Desatadle, y dejadle ir!”

Efesios 5:1-17

¹Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. ²Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. ³Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ⁴ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. ⁵Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. ⁶Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. ⁷No seáis, pues, partícipes con ellos. ⁸Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz ⁹(porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), ¹⁰comprobando lo que es agradable al Señor. ¹¹Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; ¹²porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. ¹³Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo. ¹⁴Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos, Y te alumbrará Cristo. ¹⁵Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, ¹⁶aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. ¹⁷Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.

10

Imitemos a Nuestro Padre

La palabra “imitadores” en el versículo 1 es la palabra que establece el tema para esta sección. Pablo dice que los hijos son como sus padres, un hecho que puede ser tanto alentador como vergonzoso a aquellos que tenemos hijos. ¿Has visto alguna vez a un niño sentado en un automóvil, tratando de conducir como su papá? o, ¿andando detrás de él, haciendo como que corta el césped? o, da pena decirlo, ¿imitando a papá que fuma un cigarrillo o tomando un vaso de alcohol? Probablemente los niños aprenden más por mirar e imitar que por cualquier otro medio.

Si somos hijos de Dios, entonces debemos imitar a nuestro Padre. Esta es la base para las tres amonestaciones de esta sección. Dios es amor (1 Juan 4:8), por lo tanto, andemos en amor (5:1,2). Dios es luz (1 Juan 1:5), por lo tanto andemos como hijos de luz (5:8). Dios es verdad (1 Juan 5:6), por lo tanto, andemos en sabiduría (5:15-17). Estas son parte de la exhortación de Pablo de andar en pureza.

Andemos en Amor (Efesios 5:1,2)

Esta amonestación enlaza esta parte con los últimos dos versículos del capítulo anterior donde Pablo nos advierte en contra de la amargura y la ira. Es trágico cuando estas actitudes se muestran en la familia de Dios. Como pastor, he sido testigo de malicia y amargura en la vida de personas en funerales y aun en matrimonios. Uno pensaría que el hecho de compartir el dolor de perder a un ser querido, o compartir el gozo de un matrimonio, haría a la gente capaz de olvidar los errores del pasado y tratar de

Ricos

llevarse bien con los demás. Pero ese no es el caso. Se necesita amor verdadero en el corazón, “porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pedro 4:8).

Pablo dio varias razones por las cuales los creyentes deben andar en amor.

El creyente es hijo de Dios. Habiendo nacido de nuevo por la fe en Cristo, él es ahora uno de los “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4); y ya que “Dios es amor”, es lógico que los hijos de Dios anden en amor. Cuando Pablo animó a sus lectores a *andar en amor*, no les pedía que hicieran algo extraño a la vida cristiana porque nosotros hemos recibido una nueva naturaleza que quiere expresarse en amor. La antigua naturaleza es básicamente egoísta, y por eso construye murallas y declara la guerra. Pero la nueva naturaleza es amable, y por ello construye puentes y proclama la paz.

El creyente es hijo amado de Dios. “Sed imitadores de Dios como hijos amados”. Imagínate, Dios habla de nosotros de la misma forma en que habló de Jesucristo: “Este es mi Hijo amado” (Mateo 3:17). De hecho, el Padre nos ama tal como ama a su Hijo (Juan 17:23). Nacemos en una relación amorosa con el Padre, la cual debe traer como resultado una demostración de amor a Dios por la manera en que vivimos. ¿Qué más podría hacer el Padre para expresar su amor hacia nosotros? ¿Es demasiado pedirnos *andar en amor* para agradecerle?

El creyente ha sido comprado a gran precio. “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Pero Dios puso su vida por sus enemigos (Romanos 5:10). Nuestro amor por él es nuestra respuesta a su amor por nosotros. Pablo compara el sacrificio de Cristo en la cruz con los sacrificios de “olor grato” del Antiguo Testamento que se presentaban en el

Imitemos a Nuestro Padre

altar del templo (Levítico 1:9,13,17; 2:9). La idea detrás de este “olor grato” es simplemente que el sacrificio agrada a Dios. Esto no quiere decir que a Dios le agrade que el pecado demande muerte, o que su Hijo haya tenido que morir para salvar al pecador. Indica, más bien, que la muerte de Cristo satisface la santa ley de Dios y, por lo tanto, es aceptable y agradable al Padre. Las ofrendas de olor grato se describen en Levítico 1–3: el holocausto, la oblación y la ofrenda de paz. El holocausto ilustra la devoción completa de Cristo a Dios; la oblación, su perfección de carácter; y la ofrenda de paz, la paz que logró entre los pecadores y Dios. Ya que la ofrenda por el pecado y la de expiación (Levítico 4–5) ilustran a Cristo tomando el lugar del pecador, no se las considera como ofrendas de “olor grato”. ¡Ciertamente no hay nada agradable en el pecado!

Pablo comienza con “andad en amor” porque el amor es el factor fundamental en la vida cristiana. Si andamos en amor, no desobedeceremos a Dios ni dañaremos a los hombres porque “el que ama al prójimo, ha cumplido la ley” (Romanos 13:8). El Espíritu Santo pone este amor en nuestros corazones (Romanos 5:5).

Andemos como Hijos de Luz (Efesios 5:3-14)

Ya que *Dios es luz* y estamos imitando a nuestro Padre, debemos andar en la luz y no tener nada que ver con las tinieblas del pecado. Pablo da tres descripciones de los creyentes para probar su idea.

Somos santos (5:3,4). Es decir, somos *separados* y ya no pertenecemos más al mundo de las tinieblas que nos rodea. Hemos sido llamados “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Está por debajo de la dignidad de un santo entregarse a los pecados que pertenecen al mundo

Ricos

de las tinieblas, algunos de los cuales Pablo nombra aquí. El nos advierte en contra de los pecados sexuales (fornicación, inmundicia) que prevalecían tanto en aquel tiempo, y prevalecen en el día de hoy. Da pena decirlo, pero estos pecados han invadido los hogares de los creyentes y también han traído dolor a las iglesias locales. Podría parecer que la “avaricia” estuviera fuera de sitio al ponerse detrás de la fornicación, pero los dos pecados no son sino expresiones diferentes de la misma debilidad básica de la naturaleza caída: los apetitos descontrolados. El fornicario y el avaro desean satisfacer su apetito tomando lo que no les pertenece. “Los deseos de la carne, los deseos de los ojos” (1 Juan 2:16) describirían estos dos pecados. ¡Que no haya ni siquiera una insinuación de estos pecados! Como dijo Pablo: “...ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos” (5:3).

En el versículo 4 Pablo advierte en contra de los pecados de la lengua, los cuales, por supuesto, son en realidad pecados del corazón. No es difícil ver la relación entre los pecados nombrados en el versículo 3 y los del versículo 4. La gente que tiene apetitos bajos, por lo general, cultiva una clase de conversación y humor bajos, y a menudo las personas que quieren cometer pecados sexuales, o que los han cometido, disfrutan bromeando sobre esos pecados. Dos indicadores del carácter de una persona son lo que le hace reír y lo que le hace llorar. El santo de Dios no ve nada humorístico en chistes o lenguaje obscenos. “Necedades” no significa humor inocente sino, más bien, conversación que rebaja al hombre y no edifica ni da gracia a los oyentes (Efesios 4:29). Pablo no condena la conversación insustancial porque muchas conversaciones caen dentro de esta clasificación. El condena las conversaciones necias que no concretan ningún propósito bueno.

Imitemos a Nuestro Padre

Truhanería es la traducción de una palabra que significa *fácil de ser volteado*. Esto sugiere una cierta clase de habladores que pueden convertir cualquier frase en un chiste grosero. El don del ingenio es una bendición, pero cuando se une a una mente sucia o a un motivo ruin, se convierte en una maldición. Hay gente demasiado ingeniosa que puede contaminar cualquier conversación con chistes que siempre son inconvenientes (fuera de sitio). ¡Cuánto mejor es que seamos veloces para dar gracias! Esta es, ciertamente, la mejor manera de glorificar a Dios y mantener pura una conversación.

Una hermana asistió a una comida de aniversario en honor de un amigo, sin saber que habría una comedia vil después de la comida. El supuesto cómico trató de entretener a la multitud con humor grosero que degradaba todo lo que la hermana consideraba sagrado y honorable. En un momento del programa, el cómico tuvo sed. “Por favor, tráigame un vaso de agua”, solicitó a un mozo.

En ese momento la hermana añadió: “¡Y traiga un cepillo de dientes y una barra de jabón también!” Claro, lavarle la boca con jabón nunca limpiaría su manera de hablar, pero todos entendieron lo que ella quiso decir.

Los creyentes que tienen la Palabra de Dios en su corazón (Colosenses 3:16) sazonarán siempre su conversación con sal (Colosenses 4:6), porque gracia en el corazón es sinónimo de gracia en los labios.

Somos reyes (5:5,6). Cuando confiamos en Cristo entramos en el reino de Dios (Juan 3:3), pero también esperamos la revelación completa de su reino cuando él regrese (2 Timoteo 4:1). Pablo deja aclarado que la gente que en forma deliberada y persistente vive en pecado, no tendrá parte en el reino de Dios. “...Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:21).

Ricos

“Fornicario” se traduce de la palabra griega *pornos* , de la cual sacamos nuestra palabra *pornografía* , y que significa uno que practica la fornicación, el sexo ilícito. El inmundo moralmente y el avaro serán juzgados igual que el fornicario. Para Pablo la avaricia es igual a la idolatría, porque es la adoración de algo en lugar de Dios. Estas advertencias tratan de la práctica habitual de pecado, y no del acto ocasional de pecado. David cometió adulterio, sin embargo, Dios lo perdonó y un día lo llevó al cielo. Por cierto, David fue disciplinado por su pecado, pero no fue rechazado por Dios.

En los días de Pablo había falsos creyentes que decían que los creyentes podían vivir en pecado sin sufrir consecuencias. Estos engañadores tenían muchos argumentos para convencer a creyentes jóvenes en la fe de que podían pecar en forma repetida y aun así entrar en el reino de Dios. “¡Fueron salvos por gracia!”, argüían ellos. “¡Por lo tanto, adelante y a pecar para que la gracia de Dios abunde!” Pablo respondió a ese argumento necio en Romanos 6. ¡El pecado en la vida de un creyente es diferente del pecado en la vida de un perdido! ¡Sí, *es peor* ! Dios juzga el pecado sin importar dónde lo encuentre, y no quiere encontrarlo en la vida de uno de sus propios hijos. Yo personalmente creo que ningún creyente verdadero puede perderse jamás, pero debe comprobar lo genuino de su fe por medio de una vida obediente.

Hay muchos profesantes que no son poseedores (Mateo 7:21-23). Un creyente no es uno que está *sin pecado* , pero *sí peca* menos, y menos... ¡y menos! El creyente es un rey, y está por debajo de su dignidad entregarse a las prácticas de un mundo perdido que está fuera del reino de Dios.

Somos luz (5:7-14). Esta figura es el énfasis principal del pasaje, porque Pablo estaba amonestando a sus lectores

Imitemos a Nuestro Padre

a andar “como hijos de luz”. Querrás leer 2 Corintios 6:14–7:1 para ver un pasaje paralelo que explica el contraste que existe entre el hijo de Dios y la persona perdida. Pablo no dijo que *estábamos en* las tinieblas, sino que *éramos* tinieblas. Ahora que somos salvos, “¿qué comunión [tiene] la luz con las tinieblas?” Después de todo, la luz produce frutos, pero las obras de las tinieblas son infructuosas en cuanto concierne a cosas espirituales. “Porque el fruto del Espíritu [o *la luz*] es en toda bondad, justicia y verdad”. ¡Es imposible estar en la oscuridad y en la luz al mismo tiempo!

La luz produce “bondad”, una manifestación del fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Bondad es *amor en acción*. Justicia significa rectitud de carácter ante Dios y rectitud de acciones ante los hombres. Ambas cualidades están basadas en la *verdad*, lo cual es estar en conformidad con la Palabra y la voluntad de Dios.

Jesús habló mucho acerca de la luz y de las tinieblas. “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). “Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (Juan 3:20,21).

Andar como hijos de luz significa vivir ante los ojos de Dios, sin esconder nada. Es relativamente fácil esconder algo de otra gente porque ellos no pueden ver nuestro corazón ni nuestra mente, pero “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Cada vez que tomo un avión para ir a una reunión, debo someterme y entregar mi equipaje para una inspección especial, y me gusta hacerlo,

Ricos

porque esta inspección ayuda a detectar bombas. Nunca he temido pasar por el *túnel detector* ni introducir mi equipaje en el equipo de rayos X, porque no tengo nada que esconder.

Un autor le pidió permiso a Carlos Spurgeon para escribir su biografía, y éste gran predicador le respondió: “¡Puedes publicar todo lo que quieras sobre mi vida, no tengo nada que esconder!”

Pero *andar como hijos de luz* también significa revelar la luz de Dios en nuestra vida diaria. Por medio de nuestro carácter y conducta alumbramos este mundo oscuro con la luz de Dios. Como luces de Dios, ayudamos a otros a encontrar el camino a Cristo. La mente de una persona que no es salva está cegada por Satanás (2 Corintios 4:3,4) y oscurecida por el pecado (Efesios 4:17-19). La luz sólo puede entrar cuando testificamos y compartimos de Cristo. Tal como una persona sana puede ayudar a una enferma, así un hijo de Dios puede sacar al perdido de la oscuridad y guiarlo a la maravillosa luz de Dios.

La luz revela a Dios; la luz produce fruto; pero la luz también expone lo que está mal. Ningún cirujano estaría dispuesto a operar en la oscuridad ya que correría el riesgo de hacer un movimiento en falso y quitarle la vida al paciente. ¿Cómo podría un artista pintar un buen cuadro en la oscuridad? La luz revela la verdad y expone el verdadero carácter de las cosas. Esto explica por qué el perdido se mantiene alejado de la iglesia y de la Biblia. La luz de Dios revela su verdadero carácter, y la exposición no le es muy favorable. Cuando nosotros, los creyentes, andamos en la luz, rehusamos tener comunión con las tinieblas, y exponemos la oscuridad del pecado tal como es realmente.

“Yo, la luz, he venido al mundo”, dijo Jesús (Juan 12:46). El les dijo también a sus discípulos: “vosotros sois

Imitemos a Nuestro Padre

la luz del mundo” (Mateo 5:14). Cuando Jesús estuvo en la tierra, la perfección de su carácter y conducta expusieron la pecaminosidad de aquellos que estaban alrededor de él. Esta es una de las razones por las cuales los líderes religiosos lo odiaban y buscaban destruirlo. “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado” (Juan 15:22). Así como una persona sana, que visita un hospital, sin querer contrasta las desventajas y enfermedades de la gente allí internada, así el creyente revela la oscuridad y el pecado que le rodea tan sólo viviendo como Cristo. Pablo nos dice que vivamos vidas equilibradas: positivamente, andar en la luz; negativamente, denunciar y exponer la maldad de aquellos que están en la oscuridad. Pero no es suficiente tan sólo exponer la maldad de quienes están en la oscuridad. No es suficiente tan sólo exponer el pecado. También debemos llevar fruto.

El versículo 11 nos hace una advertencia. Ten cuidado con la forma en que tratas “las obras infructuosas de las tinieblas”. El lema de hoy parece ser, “¡Dilo tal como es!” Y, sin embargo, esto puede ser un procedimiento peligroso al tratarse de exponer las cosas sucias de las tinieblas, no vaya a ser que inconscientemente promovamos el pecado. Pablo dijo: “vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto” (Efesios 5:12). Algunos predicadores se deleitan en lo sensacional, tanto que sus sermones excitan los apetitos y dan al inocente mayor información que la necesaria. “...Pero quiero que seáis sabios para el bien, e ingenuos para el mal” (Romanos 16:19).

Recuerdo un amigo que trabajaba con jóvenes que creyó necesario leer todo lo que los jóvenes estaban leyendo “a fin de entenderlos mejor”, y que contaminó de tal manera su mente que acabó pecando. No es necesario que un

Ricos

creyente le haga una autopsia a un cadáver putrefacto para entender que está podrido. ¡Todo lo que tiene que hacer es encender la luz! “Porque la luz es lo que manifiesta todo” (Efesios 5:13).

Cuando se piensa en la luz, se piensa en despertar a un nuevo día, y Pablo presenta aquí este cuadro (v.14), parafraseando Isaías 60:1. Tenemos la misma imagen en Romanos 13:11-13 y 1 Tesalonicenses 5:1-10. Aquella mañana de Pascua, cuando Cristo resucitó de los muertos, fue el amanecer de un nuevo día para el mundo. Los creyentes no están dormidos en el pecado y la muerte. Hemos resucitado de los muertos a través de la fe en Cristo. La oscuridad del sepulcro es cosa del pasado, y ahora andamos en la luz de la salvación. La salvación es el comienzo de un nuevo día, y debemos vivir como aquellos que pertenecen a la luz, y no a las tinieblas. “¡Lázaro, ven fuera!”

El creyente nada tiene que hacer en las tinieblas. El es *santo*, lo cual significa que es participante “de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12). El es *rey*, porque ha sido librado “de la potestad de las tinieblas” y ha sido trasladado “al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). El es “luz en el Señor” (Efesios 5:8).

Andemos en Sabiduría (Efesios 5:15-17)

Diligencia es la traducción de una palabra griega que lleva la idea de precisión y exactitud. Significa, andar con cuidado, con exactitud. Lo opuesto sería andar descuidadamente y sin dirección correcta, ni previsión. No podemos dejar la vida cristiana al azar. Debemos tomar decisiones sabias y buscar hacer la voluntad de Dios.

Los versículos 14 y 15 están relacionados. Parecía que Pablo decía: “¡Despiértate! ¡Abre los ojos! ¡Levántate!

Imitemos a Nuestro Padre

¡Aprovecha el día!” Es triste ver muchos que profesan ser creyentes *ir a la deriva* en la vida, como sonámbulos, que nunca aprovechan las oportunidades de vivir para Cristo y servirle. Pablo presentó varias razones por las que debemos ser precisos y cuidadosos en nuestro andar.

Es una marca de sabiduría (5:15). Sólo un necio se deja llevar por el viento y las olas. El hombre sabio señala su rumbo, iza las velas y guía el timón hasta alcanzar su destino. Cuando un hombre quiere edificar una casa, primero traza los planos para saber lo que está haciendo. Sin embargo, ¿cuántos creyentes planean el día de manera que puedan utilizar sus oportunidades sabiamente? Es cierto, que no podemos saber lo que traerá un día (Santiago 4:13-17). También es cierto que una vida planificada puede sobrellevar mejor los eventos inesperados. Alguien dijo: “Cuando el capitán no sabe a qué puerto se dirige, ningún viento le es favorable”.

La vida es corta (5:16a). Aprovecha la oportunidad; toma ventaja de ella. Un antiguo adagio chino dice: “La oportunidad tiene un mechón que uno puede agarrar cuando la encuentra. Una vez que pasa, ya no puedes agarrarlo de nuevo”. La palabra *oportunidad* viene del latín y significa *hacia el puerto*. Da la idea de una nave que aprovecha el viento y la corriente para llegar al puerto con seguridad. La brevedad de la vida es un argumento convincente para hacer el mejor uso de las oportunidades que Dios nos da.

Los días son malos (5:16b). En los días de Pablo esto significaba que la persecución romana estaba en camino (1 Pedro 4:12-19). ¡Qué necio es perder las oportunidades de ganar a los perdidos cuando muy pronto aquellas oportunidades han de acabarse debido a los avances del pecado en la sociedad! Si los días eran malos cuando Pablo

Ricos

escribió esta carta, ¿en qué condición estarán en el día de hoy?

Dios nos ha dado una mente (5:17a). “Entendidos” indica usar nuestra mente para descubrir y hacer la voluntad de Dios. Hay demasiados creyentes que tienen la idea de que descubrir la voluntad de Dios es una experiencia mística que excluye el pensamiento claro. Pero esta idea es equivocada—y peligrosa. Descubrimos la voluntad de Dios a medida que él transforma nuestra mente (Romanos 12:1,2); y esta transformación es el resultado de la Palabra de Dios, la oración, la meditación y la adoración. Dios te ha dado mente, y espera que la uses. Esto quiere decir que el hecho de conocer su voluntad involucra recoger los hechos, examinarlos, sopesarlos y orar pidiendo sabiduría de Dios (Santiago 1:5). Dios no quiere que simplemente *conozcamos* su voluntad; él quiere que la *entendamos*.

Dios tiene un plan para nuestra vida (5:17b). Pablo aludió a este plan (Efesios 2:10). Si Dios me salvó, tiene un propósito para mi vida. Es mi deber descubrir ese propósito y guiar mi vida de acuerdo con el mismo. Dios revela su plan a través de su Palabra (Colosenses 1:9,10), su Espíritu en nuestros corazones (Colosenses 3:15) y las circunstancias en nuestra vida (Romanos 8:28). El creyente puede andar con cuidado y exactitud porque sabe lo que Dios quiere que haga, de la misma manera que el constructor sigue los planos, haciendo lo que el arquitecto ha planificado.

Esto cierra la sección que hemos llamado “Andar en pureza”. El énfasis está en la vida nueva en contraste con la vida antigua, imitando a Dios y no al mundo malo que nos rodea. En la siguiente sección, “Andar en armonía”, Pablo trata sobre las relaciones de la vida y muestra cómo la vida en Cristo puede hacer de los hogares un cielo.

Efesios 5:18-33

¹⁸No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, ¹⁹hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; ²⁰dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. ²¹Someteos unos a otros en el temor de Dios. ²²Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; ²³porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. ²⁴Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. ²⁵Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, ²⁶para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, ²⁷a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. ²⁸Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. ²⁹Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, ³⁰porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. ³¹Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. ³²Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. ³³Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.

El Cielo en tu Hogar

“Cuando el hogar se conduce de acuerdo con la Palabra de Dios”, dijo Carlos Spurgeon, “se les podría pedir a los ángeles que se queden con nosotros, y no se encontrarían fuera de su medio ambiente”.

El problema es que muchos hogares no son gobernados por la Palabra de Dios—aun hogares donde los miembros profesan ser creyentes—y las consecuencias son trágicas. En vez de ser los ángeles huéspedes, en algunos hogares parece que los demonios son los huéspedes. Uno de cada tres matrimonios termina en divorcio, y nadie sabe cuántos esposos y esposas están divorciados emocionalmente aunque vivan en la misma casa. El poeta Guillermo Cowper llamó al hogar “la única bendición que sobrevivió al paraíso después de la caída”, pero demasiados hogares son extensiones del infierno en lugar de parcelas del paraíso.

¡La respuesta es el Espíritu Santo de Dios! Solamente a través del poder del Espíritu Santo podemos andar en armonía como esposos y esposas (5:22,23), padres e hijos (6:1-4) y jefes y empleados (6:5-9). La unidad del pueblo de Dios que describió Pablo (4:1-16) debe llevarse a la vida diaria si vamos a disfrutar la armonía, lo cual es un anticipo del cielo en la tierra.

“Sed llenos del Espíritu” es el mandamiento de Dios y él espera que lo obedezcamos. El mandamiento está en plural, así que se aplica a todos los creyentes y no sólo a un grupo selecto. El primer verbo está en presente—*manténganse llenos del Espíritu*—así que, es una experiencia que deberíamos gozar cada día y no sólo en ocasiones especiales. El otro verbo está en voz pasiva, así que, no

Ricos

nos llenamos a nosotros mismos, sino que permitimos que el Espíritu nos llene. El verbo *llenar* nada tiene que ver con contenido o cantidad, como si fuéramos vasos vacíos que necesitan determinada cantidad de combustible espiritual para seguir funcionando. En la Biblia, “llenos” significa *controlados por*. “Se llenaron de ira” (Lucas 4:28) significa que fueron controlados por la ira y por eso trataron de matar a Jesús. “Los judíos... se llenaron de celos” (Hechos 13:45) significa que fueron controlados por los celos y se opusieron al ministerio de Pablo y Bernabé. Ser “llenos del Espíritu” significa estar constantemente controlados por el Espíritu en mente, emociones y voluntad.

Cuando una persona confía en Cristo como su Salvador, es inmediatamente bautizada por el Espíritu en el Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13). En ninguna parte del Nuevo Testamento se nos manda ser bautizados por el Espíritu, porque esta es una experiencia única y para siempre, que sucede en el momento de la conversión. Cuando el Espíritu vino en Pentecostés, los creyentes fueron bautizados por el Espíritu y, de ese modo, fue formado el Cuerpo de Cristo (Hechos 1:4,5). Pero ellos también fueron “llenos del Espíritu” (Hechos 2:4), y fue esta llenura la que les dio el poder necesario para ser testigos de Cristo (Hechos 1:8). En Hechos 2, los judíos creyentes fueron bautizados por el Espíritu, y en Hechos 10 los gentiles creyentes tuvieron la misma experiencia (Hechos 10:44-48; 11:15-17). Así que, el Cuerpo de Cristo está compuesto por judíos y gentiles (Efesios 2:11-22). Aquel bautismo histórico, en dos etapas, nunca jamás se ha vuelto a repetir como tampoco el Calvario se ha repetido. Pero aquel bautismo se hace personal cuando el pecador confía en Cristo y el Espíritu entra en él para hacerlo miembro del Cuerpo de Cristo. El

El Cielo en tu Hogar

bautismo del Espíritu significa que pertenezco al Cuerpo de Cristo. La llenura del Espíritu significa que mi cuerpo pertenece a Cristo.

Solemos pensar que el poder del Espíritu es necesario para la predicación y el testimonio, y es cierto. (Ve Hechos 4:8,31; 6:3,5; 7:55; 13:9. Los apóstoles experimentaron llenuras repetidas después de la experiencia inicial en Pentecostés.) Pero Pablo escribió que la llenura del Espíritu también es necesaria en el hogar. Si nuestros hogares van a ser cielo en la tierra, debemos ser controlados por el Espíritu Santo. ¿Pero cómo puede saber alguien si está lleno del Espíritu o no? Pablo declaró que hay tres evidencias de la plenitud del Espíritu en la vida del creyente: Está *gozoso* (5:19), es *agradecido* (v.20) y es *sumiso* (vs.21-33). Pablo no dijo nada acerca de milagros o lenguas u otras manifestaciones especiales. Declaró que el hogar puede ser cielo en la tierra si cada miembro de la familia está controlado por el Espíritu y está gozoso, es agradecido y sumiso.

Gozoso (Efesios 5:19)

El gozo es una manifestación del fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). El gozo cristiano no es una emoción superficial que, como un termómetro, sube y baja con la atmósfera cambiante del hogar. Más bien, el gozo cristiano es una experiencia profunda de suficiencia y confianza a pesar de las circunstancias que nos rodean. El creyente puede estar gozoso aun en medio del dolor y el sufrimiento. Esta clase de gozo no es un termómetro sino un termostato. En vez de subir y bajar con las circunstancias, determina la temperatura espiritual de las mismas. Pablo lo dijo elocuentemente cuando escribió: “he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11).

Ricos

Para ilustrar este gozo, Pablo usó la experiencia conocida de la embriaguez: “No os embriaguéis con vino... antes bien sed llenos del Espíritu” (v.18). Cuando los creyentes en Pentecostés fueron llenos del Espíritu, la multitud los acusó de estar embriagados con vino nuevo (Hechos 2:13-15). Había tal gozo entre ellos que los incrédulos no tenían mejor comparación en la cual pensar. Pero se pueden sacar algunas lecciones prácticas de esta comparación. Para empezar, el borracho está bajo el control de otra fuerza, ya que el alcohol es un agente depresor. Siente un gran alivio—todos sus problemas han desaparecido. Cree que es invencible. No tiene vergüenza de expresarse a sí mismo (aunque lo que diga y haga sea vergonzoso), ni puede esconder lo que está pasando en su vida.

Compara esto con un creyente lleno del Espíritu. Dios controla su vida, y experimenta un gozo profundo que no teme expresar para la gloria de Dios. Por supuesto, el borracho está fuera de control, ya que el alcohol afecta su cerebro, mientras que el creyente experimenta un hermoso autocontrol lo cual es realmente Dios en control. El autocontrol figura entre el fruto del Espíritu (Gálatas 5:23). “Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (1 Corintios 14:32). El borracho pasa vergüenza, pero el creyente lleno del Espíritu glorifica a Dios y está dispuesto a ser insensato “por amor de Cristo” (1 Corintios 4:10). El borracho llama la atención hacia su propia persona, mientras que el creyente lleno del Espíritu es un testigo de Cristo.

No resulta difícil vivir o trabajar con alguien que es lleno del Espíritu y de gozo. Mantiene una canción en su corazón y en sus labios. El borracho a menudo canta, pero sus cantos sólo revelan la corrupción de su corazón. El canto del creyente lleno del Espíritu viene de Dios, un

canto que nunca podría entonar sin tener el poder del Espíritu. Dios da cantos aun en la noche (Salmo 42:8). A pesar del dolor y la vergüenza, Pablo y Silas podían cantar alabanzas a Dios en la cárcel de Filipos (Hechos 16:25), y el resultado fue la conversión del carcelero y su familia. ¡Qué momento tan feliz tuvieron aquella medianoche—y no necesitaron emborracharse para disfrutarlo!

“¡Los bares son los lugares más agradables de la ciudad!” Este lema apareció en el titular de un aviso especial del periódico durante el “Mes Nacional del Bar”, así que decidí probar su veracidad. Leí los diarios durante varias semanas y recorté los artículos relacionados con los bares, y todas ellas estaban relacionadas con pleitos y homicidios. ¿El lugar más amistoso de la ciudad? Este titular me recordó que la gente que bebe alcohol con sus amigos a menudo experimenta simpatía y sociabilidad. Este hecho no es un argumento en favor del alcohol, pero sí ilustra un concepto: los creyentes que están llenos del Espíritu se gozan juntos y se sienten felices de estar unidos en el Señor. No necesitan los falsos estimulantes del mundo. Tienen el Espíritu de Dios, y eso es todo lo que necesitan.

Agradecido (Efesios 5:20)

Alguien definió el hogar como “el lugar donde mejor nos tratan, ¡y dónde más nos quejamos!” ¡Cuán cierto es! “Mi padre nunca me habla a menos que quiera gritarme o preguntarme por mis calificaciones”, me dijo una vez un adolescente. “¡Una palabra de aliento de vez en cuando no estaría de más!” Los consejeros matrimoniales nos dicen que una de las principales causas de problemas matrimoniales es “no valorarse el uno al otro”. Estar agradecidos a Dios el uno por el otro es el secreto de un hogar feliz, y es el Espíritu Santo quien nos da el deseo de ser agradecidos.

Ricos

¿Cómo promueve un corazón agradecido la armonía en el hogar? Del siguiente modo: la persona sinceramente agradecida se da cuenta que es enriquecida por causa de los demás, lo cual es una marca de humildad. La persona que piensa que el mundo le debe la vida nunca agradece nada. Piensa que al permitir que otros le sirvan, les hace un favor. El corazón agradecido es por lo general humilde. Con gozo reconoce a Dios como Aquel que concede “toda buena dádiva y todo don perfecto” (Santiago 1:17). Como el regalo de María a Jesús en Juan 12, la gratitud llena la casa de fragancia.

De hecho, todos estamos agradecidos por algo en ocasiones especiales, pero Pablo manda a sus lectores a que sean agradecidos por todo en todo momento. Esta exhortación en sí misma prueba nuestra necesidad del Espíritu de Dios porque en nuestras propias fuerzas nunca podríamos obedecer este mandamiento. ¿Podemos estar realmente agradecidos por el sufrimiento, la desilusión y aun las pérdidas? Recuerda que Pablo era un prisionero cuando escribió esas palabras, sin embargo, estaba agradecido por lo que Dios estaba haciendo en él y por medio de él (Efesios 1:16; 5:4,20; Colosenses 1:3,12; 2:7; 3:17; 4:2; Filipenses 1:3). Cuando el creyente se encuentra en una situación difícil, debiera de inmediato dar gracias al Padre, en el nombre de Jesucristo y por medio del poder del Espíritu, para evitar que su corazón se llene de queja y ansiedad. Cuando el creyente comienza a quejarse, el diablo se introduce, pero el agradecimiento en el Espíritu derrota al diablo y glorifica al Señor. “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:18).

La palabra *gratitud* está relacionada con la palabra *gracia*. Si hemos experimentado la gracia de Dios, debe-

mos ser agradecidos por lo que Dios nos ha dado. La gratitud y el pensamiento también están relacionados. Si pensáramos más, agradeceríamos más.

Sumiso (Efesios 5:21-33)

Pablo aplicó el principio de armonía a los esposos y esposas (5:21-33), padres e hijos (6:1-4) y amos y esclavos (6:5-9); y comenzó con la amonestación de que cada uno se someta al otro. ¿Quiere decir esto que los hijos deben decirle a los padres lo que tienen que hacer, o que los amos deben obedecer a los esclavos? ¡Claro que no! La *sumisión* no tiene nada que ver con el *orden* de autoridad. Más bien, gobierna el *ejercicio*, de la autoridad; cómo se da y cómo se recibe. A menudo Jesús trató de enseñarles a sus discípulos a no buscar ser grandes a expensas de algún otro. Desafortunadamente ellos no aprendieron la lección, y aun en la última cena estaban discutiendo acerca de quién iba a ser el mayor (Lucas 22:24-27). Cuando Jesús les lavó los pies, les enseñó que el más grande es aquel que usa su autoridad para edificar a la gente y no, como en el caso de los fariseos, para aumentar su autoridad y hacerse importante. Debemos estimar a los otros como superiores a nosotros mismos (Filipenses 2:1-4; Romanos 12:10). Por naturaleza nos gusta promovernos a nosotros mismos, pero el Espíritu Santo nos capacita para someter-nos.

A medida que estudies las palabras de Pablo para los esposos y las esposas, recuerda que les escribía a los creyentes. En ninguna parte sugiere que las mujeres sean inferiores a los hombres, o que todas las mujeres deben estar en sumisión a todos los hombres en toda situación. El hecho de que utilice a Cristo y a la Iglesia como ilustración da evidencia de que tiene en mente un hogar cristiano.

Ricos

Casadas, estén sujetas (5:22-24). Pablo da dos razones para este mandamiento: el señorío de Cristo (v.22) y la posición de mando del hombre que le ha dado Cristo (v.23). Cuando la esposa creyente se somete a Cristo y le permite ser el Señor de su vida, no tiene dificultad en someterse a su esposo. Esto no significa que se convierte en esclava, porque el esposo también tiene que someterse a Cristo. Y si ambos viven bajo el señorío de Cristo, sólo puede haber armonía. Tener el mando no significa ser dictador. “Cada uno para el otro, ambos para el Señor”. Los cónyuges creyentes deben orar juntos y pasar tiempo en la Palabra, para que conozcan la voluntad de Dios para su vida en forma individual y para su hogar. La mayoría de los conflictos matrimoniales que he tratado como pastor han surgido del fracaso del esposo y/o esposa en someterse a Cristo, pasar tiempo en su Palabra y buscar hacer la voluntad de Dios cada día.

Esto explica por qué un creyente debe casarse con otro creyente y no unirse en yugo desigual con un incrédulo (2 Corintios 6:14-18). Si el creyente está sometido a Cristo, no trata de establecer un hogar que desobedezca la Palabra de Dios. Un hogar que desobedece la Palabra de Dios es una invitación a la guerra civil desde el principio. Pero hay algo más que es importante. La pareja cristiana debe tener cuidado de someterse al señorío de Cristo aun antes del matrimonio. A menos que los esposos oren juntos y con sinceridad busquen la voluntad de Dios en su Palabra, su matrimonio comenzará con un fundamento débil. Los pecados cometidos antes del matrimonio conducen a problemas después del matrimonio. Claro que Dios es capaz de perdonar, pero de todos modos algo preciosísimo se ha perdido. El Dr. Guillermo Culbertson, ex-presidente del Instituto Bíblico Moody, solía advertir acerca de “las

tristes consecuencias de pecados *perdonados*". Las parejas creyentes comprometidas necesitan tomar esta advertencia en serio.

Maridos, amad a vuestras mujeres (5:25-33). Pablo tenía mucho más que decirle a los esposos creyentes que a las esposas. Les puso un modelo muy elevado: Amad a vuestras esposas "como Cristo amó a la iglesia". Pablo estaba elevando el amor matrimonial al nivel más alto posible, porque veía en el hogar cristiano una ilustración de la relación entre Cristo y la Iglesia. Dios estableció el matrimonio por muchas razones. Por un lado, suple las necesidades *emocionales* del hombre. "No es bueno que el hombre esté solo" (Génesis 2:18). El matrimonio también tiene un propósito *social* que es la procreación de hijos para la continuación de la raza (Génesis 1:28). Pablo señaló un propósito *físico* para el matrimonio, es decir ayudar al hombre y a la mujer a satisfacer los deseos normales que Dios les ha dado (1 Corintios 7:1-3). Pero en Efesios 5, Pablo indica también un propósito *espiritual* para el matrimonio, que el esposo y su esposa experimenten entre sí la sumisión y el amor de Cristo (Efesios 5:22-33).

Si el esposo hace del amor de Cristo por la Iglesia el modelo para amar a su esposa, entonces la amará con sacrificio (v.25). Cristo se dio a sí mismo por la Iglesia, así el esposo, en amor, se da a sí mismo por su esposa. Jacob amó tanto a Raquel que trabajó sacrificadamente durante catorce años para ganarla. El verdadero amor cristiano "no busca lo suyo" (1 Corintios 13:5), no es egoísta. Si un esposo está sometido a Cristo y lleno del Espíritu, su amor sacrificador le llevará a hacer cualquier cosa para que ella pueda servir y glorificar a Cristo en el hogar.

El amor del esposo será también un amor santificador (vs.26,27). La palabra "santificar" significa *separar*. En la

Ricos

ceremonia matrimonial, el esposo se separa para pertenecerle a la esposa, y la esposa se separa para pertenecerle al esposo. Cualquier interferencia con este arreglo establecido por Dios es pecado. Actualmente Cristo purifica a su Iglesia a través del ministerio de su Palabra (Juan 15:3; 17:17). El amor del esposo por su esposa debe purificarla, y viceversa, de modo que ambos se asemejen más a Cristo. Aun sus relaciones físicas debieran ser controladas por Dios al punto de que lleguen a ser un medio de enriquecimiento espiritual como así también de placer personal (1 Corintios 7:3-5). El esposo no debe *usar* a su esposa para su propio placer, sino más bien mostrarle la clase de amor que recompensa y purifica. La experiencia matrimonial es un proceso de crecimiento constante cuando Cristo es el Señor del hogar. El amor siempre engrandece y enriquece, en tanto que el egoísmo hace todo lo opuesto.

La Iglesia en el día de hoy no es perfecta. Tiene manchas y arrugas. Las manchas son causadas por la suciedad exterior y las arrugas por la decadencia interior. La iglesia necesita constante limpieza porque se ensucia con el mundo, y la Palabra de Dios es el agente limpiador. "Guardarse sin mancha del mundo" (Santiago 1:27). Estrictamente hablando, no debería haber arrugas en la Iglesia porque son evidencia de vejez y decadencia interna. Esas manchas deben desaparecer a medida que la Iglesia se alimenta de la Palabra. Como una novia bella, la Iglesia debe estar limpia y joven, lo cual es posible a través del Espíritu de Dios que usa la Palabra de Dios. Un día la Iglesia será presentada en el cielo como una *iglesia gloriosa* en la venida de Jesucristo (Judas 24).

El amor del esposo por su esposa debe ser sacrificador y santificador, pero también debe producir *satisfacción* (vs.28-30). En la relación matrimonial, el esposo y la

El Cielo en tu Hogar

esposa llegan a ser “una sola carne”. Por lo tanto, todo lo que uno haga por el otro, lo hace por sí mismo o por sí misma. Es una experiencia de mutua satisfacción. El hombre que ama a su esposa en realidad está amando su propio cuerpo, ya que él y su esposa son una sola carne. Cuando la ama, la nutre. Así como el amor es el aparato circulatorio del Cuerpo de Cristo (Efesios 4:16), el amor es el sustento del hogar. Cuánta gente ha confesado: “Me muero por falta de amor”. En el hogar cristiano no debería haber muerte por falta de amor, porque el esposo y la esposa deben amarse de tal manera que sus necesidades físicas, emocionales y espirituales sean satisfechas. Si ambos están sometidos al Señor y el uno al otro, estarán tan satisfechos que no serán tentados a buscar satisfacción en ningún otro sitio.

Nuestros hogares cristianos deben ser cuadros de la relación de Cristo con su Iglesia. Cada creyente es un miembro del Cuerpo de Cristo, y cada creyente debe ayudar a nutrir el Cuerpo en amor (Efesios 4:16). Somos uno con Cristo. La Iglesia es su Cuerpo y su Esposa, y el hogar cristiano es una ilustración divinamente ordenada de esta relación. Ciertamente esto hace del matrimonio un asunto serio.

Pablo se refirió a la creación de Eva y a la formación del primer hogar (Génesis 2:18-24). Adán tuvo que dar parte de sí mismo a fin de conseguir una esposa, pero Cristo se dio a sí mismo en su totalidad para adquirir su Novia, en la cruz. Dios abrió el costado de Adán, pero los pecados traspasaron el costado de Cristo. Tan unidos están un esposo y su esposa que son “una carne”. Su unión es mucho más cercana que la de padres e hijos. La unión del creyente con Cristo es aun más estrecha y, a diferencia del matrimonio humano, durará por la eternidad. Pablo conclu-

Ricos

yó con una amonestación final a que el esposo ame a su esposa y que la esposa respete a su esposo. Todo esto requiere el poder del Espíritu Santo.

Si los esposos creyentes tienen el poder del Espíritu que los capacita, y el ejemplo de Cristo que los anima, ¿por qué fracasan tantos matrimonios cristianos? Alguien está fuera de la voluntad de Dios. Sólo por el hecho de que dos creyentes se conozcan y se lleven bien no significa que deban casarse. En efecto, no todo creyente debe casarse. A veces la voluntad de Dios para un creyente es que se quede soltero (Mateo 19:12; 1 Corintios 7:7-9). Está mal que un creyente se case con un incrédulo, pero también lo es que dos creyentes se casen fuera de la voluntad de Dios.

Pero aun cuando dos creyentes se casen dentro de la voluntad de Dios, deben permanecer dentro de esa voluntad para que sus hogares tengan la comunión que Dios quiere que tengan. “El fruto del Espíritu es amor” (Gálatas 5:22) y, a menos que el esposo y la esposa anden en el Espíritu, no podrán compartir el amor de Cristo, el amor que tan bellamente se describe en 1 Corintios 13. La raíz de todo problema matrimonial es el pecado, y la raíz de todo pecado es el egoísmo. La sumisión a Cristo y del uno al otro es la única forma que hay para vencer el egoísmo, porque cuando nos sometemos, el Espíritu Santo nos llena y capacita para amarnos el uno al otro en forma santificadora y satisfactoria—la forma en que Cristo ama a la Iglesia.

Para que una persona experimente la plenitud del Espíritu primeramente debe poseer el Espíritu, es decir, ser un creyente. Luego debe tener un deseo sincero de glorificar a Cristo, ya que esa es la razón por la cual ha sido dado el Espíritu Santo (Juan 16:14). Nosotros no usamos al Espíritu Santo; él es quién nos usa a nosotros. Debe

El Cielo en tu Hogar

haber una sed intensa de la plenitud de Dios, una confesión de que no podemos hacer su voluntad sin su poder. Debemos reclamar la promesa de Juan 7:37-39: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Por fe ríndete a Cristo; por fe pídele la llenura del Espíritu. Por fe recíbelo. Cuando te encuentres gozoso, agradecido y sumiso, sabrás que Dios te ha respondido.

Es necesario considerar otro factor importante. El Espíritu de Dios usa su Palabra para obrar en nuestra vida. Lee Colosenses 3:16-4:1 y verás un pasaje paralelo con el de Efesios. Verás que ser lleno de la Palabra de Dios produce gozo, agradecimiento y sumisión. En otras palabras, cuando eres controlado por la Palabra de Dios, estás lleno del Espíritu de Dios. No sólo los esposos y esposas, sino todos los creyentes necesitan pasar tiempo diariamente permitiendo que la Palabra de Cristo habite en ellos en abundancia, porque entonces podrá el Espíritu de Dios obrar en nuestra vida para hacernos gozosos, agradecidos y sumisos. Y esto significa tener el cielo en el hogar, o dondequiera que Dios quiere que estemos.

Efesios 6:1-9

¹Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. ²Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; ³para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. ⁴Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor. ⁵Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; ⁶no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; ⁷sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, ⁸sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre. ⁹Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.

Vivir el Señorío de Cristo

Después de mirar un programa de televisión acerca de la juventud rebelde, un hombre le dijo a su esposa, —¡Qué lío! ¿Dónde se equivocó nuestra generación?— Con calma la esposa respondió, —Tuvimos hijos.

Parece ser que no importa dónde miremos en la sociedad moderna, vemos antagonismo, división y rebelión. Esposos se divorcian; los hijos se rebelan contra los padres; y los jefes y empleados buscan nuevas formas de evitar huelgas y mantener la maquinaria de la industria funcionando productivamente. Hemos probado con la educación, la legislación y toda clase de enfoques, pero nada parece tener éxito. La solución de Pablo para el antagonismo en el hogar y en la sociedad fue la *regeneración*, un nuevo corazón dado por Dios y una nueva sumisión a Cristo y a los demás. El programa más grande de Dios es “de reunir todas las cosas en Cristo” (Efesios 1:10). Pablo afirma que esta armonía espiritual comienza en la vida de los creyentes que están sometidos al Señorío de Cristo.

En esta sección Pablo amonesta a cuatro grupos de creyentes en cuanto a cómo podían tener armonía en Cristo.

Hijos Creyentes (Efesios 6:1-3)

Pablo no les dijo a los padres que amonestaran a sus hijos; lo hizo él mismo. Los hijos estaban presentes en la asamblea cuando se leyó esta carta. ¿Entendieron ellos todo lo que Pablo les escribió? ¿Entendemos *nosotros* todo? Las familias creyentes asistían juntos a las reuniones públicas, y los padres sin duda les explicaban la Palabra a los hijos

Ricos

cuando estaban en casa. Pablo les dio cuatro razones por las cuales debían obedecer a sus padres:

Ellos son creyentes (“en el Señor”, 6:1a). Este argumento es una aplicación del tema de toda esta sección, el cual es: “someteos unos a otros en el temor de Dios” (5:21). Cuando una persona se convierte en creyente, no queda exenta de las obligaciones normales de la vida. Más bien, su fe en Cristo debe hacerle un mejor hijo en el hogar. Al escribirle a los colosenses, Pablo reforzó su amonestación diciendo: “porque esto agrada al Señor” (Colosenses 3:20). Hay armonía en el hogar en el cual la esposa se somete al esposo “como al Señor”, el esposo ama a su esposa “como Cristo amó a la iglesia”, y los hijos obedecen “en el Señor”.

La obediencia es correcta (6:1b). Hay un orden en la naturaleza, establecido por Dios, que requiere rectitud de acción. Puesto que los padres han traído los hijos al mundo, y tienen más conocimiento y sabiduría que el hijo, es correcto que éste obedezca a sus padres. Aun los cachorros aprenden a obedecer. La versión contemporánea de Efesios 6:1 sería—Padres, obedeced a vuestros hijos, porque esto los mantendrá felices y traerá paz al hogar. Pero esto está en contra del orden de Dios en la naturaleza.

La obediencia es un mandamiento (6:2a). Pablo cita aquí el quinto mandamiento (Exodo 20:12; Deuteronomio 5:16) y lo aplica al creyente del Nuevo Testamento. Esto no significa que el creyente está “bajo la ley”, porque Cristo nos ha librado tanto de la maldición como de la esclavitud a la ley (Gálatas 3:13; 5:1). Pero la justicia de la Ley sigue siendo una revelación de la santidad de Dios, y el Espíritu Santo nos capacita para practicar aquella justicia en nuestra vida diaria (Romanos 8:1-4). Los diez mandamientos en su totalidad, con excepción de “acuérdate

Vive el Señorío de Cristo

del día de reposo para santificarlo”, se repiten en el Nuevo Testamento para que los creyentes los cumplan. Es tan malo que un creyente del Nuevo Testamento deshonre a sus padres, como lo era para un judío del Antiguo Testamento.

“Honrar” a nuestros padres significa mucho más que el simple hecho de obedecerlos. Significa mostrarles respeto y amor, cuidar de ellos mientras nos necesiten y procurar honrarlos por el modo en que vivimos. Una pareja joven vino a consultarme acerca de su matrimonio, y les pregunté si sus padres estaban de acuerdo en que se casaran. Se miraron el uno al otro avergonzados, y luego reconocieron: “Estábamos esperando que no nos preguntara eso”. Pasé una hora tratando de convencerlos que sus padres tenían derecho a regocijarse con ese evento, y que el hecho de excluirlos causaría heridas que quizá nunca sanarían. “Aunque no sean creyentes”, dije, “ellos son sus padres, y ustedes les deben respeto y amor”. Al fin ellos lo aceptaron, y las cosas que planificamos juntos hicieron felices a ambas familias. De haber seguido los planes originales de la pareja, los dos habrían perdido su testimonio ante sus familiares, pero en vez de eso, pudieron dar un buen testimonio para Jesucristo.

La obediencia trae bendición (6:2b,3). El quinto mandamiento tiene una promesa que va unida al mismo: “para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Exodo 20:12). Esta promesa se aplicaba al principio a los judíos cuando entraron a Canaán, pero Pablo la aplicó a los creyentes de hoy. Al hacerlo nos dice que el hijo creyente que honra a sus padres puede esperar dos bendiciones. Le irá bien, y será de larga vida sobre la tierra. Esto no significa que todo aquel que muere joven haya deshonrado a sus padres. Dios estaba estableciendo un

Ricos

principio: cuando los hijos obedecen a sus padres en el Señor, se libran de muchos pecados y peligros y así evitan cosas que podrían amenazar o acortarles la vida. Pero la vida no sólo se mide por la cantidad de tiempo. También se mide por la calidad de las experiencias. Dios enriquece la vida del hijo obediente sin importar cuánto tiempo viva en la tierra. El pecado siempre nos roba; la obediencia siempre nos enriquece.

Así que, el hijo debe aprender desde muy temprano a obedecer a su padre y a su madre, no sólo porque son sus padres, sino también porque Dios lo ha mandado así. La desobediencia a los padres es rebelión contra Dios. La triste situación en los hogares de la actualidad es resultado del rechazo de la Palabra de Dios (Romanos 1:28-30; 2 Timoteo 3:1-5). Por naturaleza, los hijos son egoístas, pero en el poder del Espíritu Santo, pueden obedecer a sus padres y glorificar a Dios.

Padres Creyentes (Efesios 6:4)

Si se dejan a su voluntad, los hijos serán rebeldes, así que es necesario que los padres los instruyan. La Biblia registra los tristes resultados de padres que descuidaron a sus hijos, ya sea por el mal ejemplo que les daban o por dejar de disciplinarlos en forma adecuada. David mimó a Absalón y le dio un mal ejemplo, y los resultados fueron trágicos. Elí no disciplinó a sus hijos y éstos trajeron desgracia a su nombre y derrota a la nación de Israel. En sus últimos años, aun Isaac consintió a Esaú, mientras que su esposa mostró favoritismo hacia Jacob y el resultado fue un hogar dividido. Jacob mostraba favoritismo hacia José cuando en forma providencial Dios lo rescató e hizo del muchacho un hombre en Egipto. Pablo nos dice que el padre tiene varias responsabilidades hacia sus hijos.

Vive el Señorío de Cristo

No debe provocarlos. En los días de Pablo, el padre tenía completa autoridad sobre la familia. Por ejemplo, cuando en una familia romana nacía un bebé, se le ponía enfrente al padre. Si éste lo alzaba, significaba que lo aceptaba en el hogar. Pero si no lo alzaba, significaba que el hijo era rechazado. Podía ser vendido, regalado o aun dejado a morir a la intemperie. No cabe duda que el amor paternal superaría tales actos monstruosos, pero esos eran las prácticas legales en esos días. Pablo les dijo a los padres: no usen su autoridad para abusar del hijo, sino para animarlo y desarrollarlo. A los colosenses les escribió: “Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Colosenses 3:21). Así que lo opuesto a *provocar es animar*.

Mientras que disertaba ante un grupo de estudiantes creyentes sobre el tema de la oración, señalaba que nuestro Padre que está en los cielos está siempre dispuesto a escucharnos. Para ilustrarlo les dije que la recepcionista de la oficina de nuestra iglesia tenía una lista de nombres que yo le había dado, y que estas personas podían pasar a verme en cualquier momento, sin importar lo que yo estuviera haciendo. Aun si estuviera en una reunión de personal, o en una sesión de aconsejamiento, si alguna de estas personas me llamaba por teléfono, ella tenía que llamarme inmediatamente. Encabezando la lista está mi familia. Aun si el asunto me parece insignificante, quiero que me familia sepa que estoy a sus órdenes. Después de la reunión, uno de los estudiantes me dijo: “¿Querría adoptarme? ¡Nunca puedo hablar con mi padre, y yo necesito mucho de su estímulo!”

Los padres provocan a sus hijos y los desaniman cuando dicen una cosa y hacen otra. Cuando siempre culpan y nunca alaban. Cuando son inconsistentes e injustos en la

Ricos

disciplina, y cuando muestran favoritismo en el hogar. También cuando prometen y no cumplen, y cuando subestiman los problemas que, para los hijos, son muy importantes. Los padres creyentes necesitan la plenitud del Espíritu para poder ser sensibles a las necesidades y problemas de sus hijos.

Debe criarlos. El texto dice: “sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. El verbo traducido “criadlos” es la misma palabra que en 5:29 se traduce como “sustenta”. El esposo creyente debe sustentar a su esposa e hijos compartiendo amor y ánimo en el Señor. No es suficiente sustentar a los hijos físicamente proveyendo alimento, abrigo y vestimenta. También debe nutrirlos emocional y espiritualmente. El desarrollo del niño Jesús es nuestro ejemplo: “Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lucas 2:52). Este es un crecimiento balanceado: intelectual, físico, espiritual y social. En ninguna parte de la Biblia se asigna la educación de los hijos a agencias externas al hogar, sin importar cuánto puedan ayudar. Dios espera que los padres les den a sus hijos la clase de educación que necesitan.

Debe disciplinarlos. La palabra *disciplinar* lleva la idea de aprendizaje a través de la disciplina. En Hebreos 12 se traduce del mismo modo. Algunos sicólogos modernos se oponen a la vieja idea de disciplinar, y muchos educadores siguen esta filosofía. “¡Deja que el niño se exprese!”, nos dicen. “Si los disciplinas les arruinas la personalidad”. Sin embargo, la disciplina es un principio básico de la vida y una evidencia del amor. “El Señor al que ama, disciplina” (Hebreos 12:6). “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige” (Proverbios 13:24).

Vive el Señorío de Cristo

Debemos asegurarnos, sin embargo, de que discipline-mos a nuestros hijos en la forma correcta. En principio, debemos disciplinarlos en amor y no en enojo, no vaya a ser que lastimemos el cuerpo o el espíritu del niño, o posiblemente ambos. Si no somos disciplinados, con seguridad que no podremos disciplinar a otros, y perder los estribos nunca hará que un padre sea mejor padre, ni un hijo mejor hijo.

Asimismo, nuestra disciplina debe ser justa y consistente. “¡Mi padre sería capaz de usar un cañón para matar un mosquito!” me dijo una vez un adolescente. “¡O no me dicen nada aunque asesine a alguien, o me culpan de cualquier cosa!” La disciplina amorosa y consistente brinda seguridad al hijo. Puede ser que él no esté de acuerdo con nosotros, pero, por lo menos, sabe que nos importa lo suficiente como para levantar paredes protectoras alrededor de él hasta que pueda cuidarse por sí mismo.

“Nunca sabía si me había pasado de la raya”, me dijo una muchacha descarriada, “porque a mis padres no les importaba lo suficiente como para disciplinarme. Me hacía la idea de que si no era importante para ellos, ¿por qué debía ser importante para mí?”

Debe instruirlos y animarlos. Este es el significado de la palabra “amonestación”. Los padres no sólo usan acciones para criar al hijo, sino también palabras. El libro de Proverbios, por ejemplo, relata de un padre que da consejos sabios a su hijo. Nuestros hijos no siempre aprecian nuestro consejo, pero eso no elimina la obligación que tenemos de instruirlos y animarlos. Por supuesto, nuestra enseñanza debe estar siempre ligada a la Palabra de Dios (ve 2 Timoteo 3:13-17).

Cuando la Corte Suprema de los Estados Unidos se pronunció en contra de la oración obligatoria en las escuelas

Ricos

públicas, el famoso caricaturista editorial Herblock publicó una caricatura en el *Washington Post* que mostraba a un padre bravo sacudiendo el periódico y gritándole a su familia: “¿Qué esperan que hagamos? ¿Escuchar a los chicos orando en casa?” La respuesta es: ¡Sí! El hogar es el sitio donde los hijos deben aprender acerca del Señor y de la vida cristiana. Es tiempo de que los padres creyentes dejen de pasarle la responsabilidad a los maestros de la escuela dominical y de las escuelas cristianas y comiencen a criar a sus hijos.

Siervos Creyentes (Efesios 6:5-8)

Sin duda que la palabra “siervos” se refiere a esclavos creyentes, pero podemos aplicar estas palabras al empleado creyente del día de hoy. Probablemente había seis millones de esclavos en el Imperio Romano en aquel tiempo, y la esclavitud era una institución aceptada. En ninguna parte del Nuevo Testamento se ataca o condena a la esclavitud *en sí*, aunque el énfasis general del evangelio es contra ella. El ministerio de Pablo no consistía en derribar el gobierno romano ni ninguna de sus instituciones, sino predicar el evangelio y ganar a los perdidos para Cristo. Por cierto que los resultados de su evangelización resultaron finalmente en la caída del Imperio Romano, pero ese no fue el motivo principal de Pablo. Del mismo modo que la predicación de Wesley y Whitefield trajo como resultado la abolición de la esclavitud y el trabajo infantil, la elevación de la mujer y el cuidado del necesitado, así el ministerio de Pablo contribuyó a la muerte de la esclavitud y el estímulo de la libertad. Sin embargo, él se cuidaba de no confundir el sistema social con el orden espiritual en la iglesia (1 Corintios 7:20-24).

Pablo amonestó a los esclavos a ser obedientes, con varias buenas razones. En primer lugar, ellos en realidad servían a Cristo. Es cierto que tenían *amos terrenales*, pero su verdadero amo estaba en el cielo (v.9). El hecho de que un empleado y su jefe sean ambos creyentes no excusa a ninguno para hacer menor trabajo. Más bien, es una buena razón para ser más leales el uno al otro. El empleado debe mostrar respeto hacia su jefe, y no tratar de sacar ventaja de él. Debe dedicar toda su atención y energía al trabajo que tenga en ese momento (“de corazón”). La mejor manera de ser testigo en el trabajo es cumplir bien las responsabilidades de cada día. El obrero creyente evita *servir al ojo*, trabajar sólo cuando el jefe lo vea, o hacer un esfuerzo mayor cuando lo esté observando para darle la impresión de que está haciendo un muy buen trabajo.

La segunda razón es que hacer un buen trabajo es la voluntad de Dios. El cristianismo no reconoce cosas tales como sagrada y secular. Un creyente puede realizar cualquier trabajo como servicio para Cristo, para la gloria de Dios. Por esta razón, el obrero debe hacer su trabajo “de corazón”, ya que está sirviendo a Cristo y haciendo la voluntad de Dios. Había tareas asignadas a los esclavos, las cuales ellos detestaban, pero de todos modos tenían que hacerlas, mientras no estuviesen desobedeciendo la voluntad de Dios. “Sencillez de... corazón” y “de corazón haciendo la voluntad de Dios” indican la importancia de una actitud correcta de corazón en el trabajo.

El tercer argumento de Pablo es que ellos serán recompensados por el Señor (v.8). En aquellos días, los esclavos eran tratados como objetos de propiedad, sin tomar en cuenta lo educados que fueran. Un esclavo culto y educado que se convertía en creyente podía recibir un trato aun más áspero de parte de su amo por causa de su

Ricos

fe, pero el trato áspero no lo eximía de hacer las cosas lo mejor posible (1 Pedro 2:18-25). Debemos servir a Cristo, y no a los hombres. Recibiremos nuestras recompensas de Cristo, y no de los hombres.

Amos Creyentes (Efesios 6:9)

La fe cristiana no produce armonía al eliminar las distinciones sociales o culturales. Los esclavos siguen siendo esclavos cuando confían en Cristo, y los amos siguen siendo amos. En cambio, la fe cristiana produce armonía al obrar en el corazón. Cristo nos da una nueva motivación, no una nueva organización. Tanto los esclavos como los amos sirven y buscan agradarle, y en esta forma es que pueden trabajar juntos para la gloria de Dios. ¿Cuáles son las responsabilidades de un amo (o jefe) creyente hacia sus obreros?

Debe buscar su bienestar. “Haced con ellos lo mismo”. Si el jefe espera que los obreros den lo mejor de sí para él, él debe dar lo mejor de sí para ellos. El amo debe servir al Señor de corazón si espera que sus esclavos hagan lo mismo. No debe explotarlos.

Uno de los ejemplos más grandes de esto en la Biblia es Booz, en el libro de Rut. Saludó a sus obreros con un “Jehová sea con vosotros”. Y ellos le respondieron: “Jehová te bendiga” (Rut 2:4). Booz era sensible a las necesidades de sus obreros y generoso para con los extranjeros, en este caso Rut. Su relación con los obreros era de mutuo respeto y de deseo de glorificar al Señor. Es una desgracia cuando un empleado dice: “¡Se supone que mi jefe es creyente, pero si no te lo digo nunca te darías cuenta!”

No debe amenazarlos. Los amos romanos tenían el poder y la autoridad legal para matar a un esclavo que fuera rebelde, aunque pocos de ellos lo hacían. Los

esclavos costaban mucho dinero para después destruirlos. Pablo indicó que el amo creyente tiene una mejor manera de animar al servicio y la obediencia que las amenazas de castigo. El poder negativo del miedo puede resultar en que el obrero haga menos en vez de hacer más, y esta clase de motivación no puede seguir por mucho tiempo. Mucho mejor es la motivación positiva de hacer “lo que es justo y recto” (Colosenses 4:1). Si se permite que un hombre tenga parte de los resultados de su trabajo, trabajará mejor y con más dedicación. Aun el Antiguo Testamento da este mismo consejo: “No te enseñorearás de él con dureza, sino tendrás temor de tu Dios” (Levítico 25:43).

Debe someterse al Señor. “El Señor de ellos y vuestro está en los cielos” (v.9). Esto es poner en práctica el Señorío de Cristo. La esposa se somete a su propio esposo “como al Señor” (5:22), y el esposo ama a su esposa “como Cristo amó a la iglesia” (5:25). Los hijos obedecen a sus padres “en el Señor” (6:1), y los padres crían a sus hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (6:4). Los siervos son obedientes “como a Cristo” (6:5), y los amos tratan a sus siervos como su amo que “está en los cielos” (6:9) lo haría con ellos. A las personas, en sumisión al Señor, no les cuesta someterse a aquellos que están por encima de ellos.

Jesús dijo que la forma de llegar a ser gobernante es primeramente ser siervo (Mateo 25:21). La persona que no está bajo autoridad no tiene derecho a ejercer autoridad. Esto explica por qué muchos de los grandes hombres de la Biblia fueron primero siervos antes de que Dios los hiciera gobernadores: José, Moisés, Josué, David y Nehemías son sólo unos pocos ejemplos. Aun después de que uno llega a ser líder, debe guiar por medio del servicio. Un refrán africano dice: “El jefe es sirviente de todos”. “Y el que

Ricos

quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo” (Mateo 20:27).

Un amigo mío fue ascendido a una posición de liderazgo ejecutivo, pero por desgracia, se le subieron los humos. Hacía uso de todos sus privilegios de ejecutivo y aun más, y nunca dejaba pasar la oportunidad para recordarle a sus empleados quién mandaba allí. Pero perdió el respeto de sus obreros, y la producción y eficiencia se vinieron abajo con tal rapidez que la Junta tuvo que reemplazarlo. Por haber olvidado que tenía un *amo en los cielos*, fracasó en ser un buen *amo en la tierra*.

No debe tener favoritos. Dios no hace acepción de personas. El juzgará a un amo o a un siervo que peque, o recompensará a un amo o a un siervo que obedezca (v.8). Un jefe creyente no puede sacar ventaja ante Dios por el simple hecho de su posición, ni debe tener favoritos entre aquellos que están bajo su autoridad. Pablo le advirtió a Timoteo a guardar “estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad” (1 Timoteo 5:21). Una de las formas más rápidas en que un líder puede dividir a sus seguidores y perder su confianza es teniendo favoritos y mostrando parcialidad.

Esto cierra la sección que hemos llamado, “Andar en armonía”. Si somos llenos del Espíritu Santo y estamos gozosos, agradecidos y sumisos, podremos disfrutar de armonía en la relaciones de la vida mientras vivamos y trabajemos con otros creyentes. También encontraremos que es más fácil trabajar con los incrédulos que estén en desacuerdo con nosotros, y así testificarles. El fruto del Espíritu es amor, ¡y el amor es el mejor adhesivo del mundo!

Efesios 6:10-24

¹⁰Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. ¹¹Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. ¹²Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. ¹³Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. ¹⁴Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, ¹⁵y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. ¹⁶Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. ¹⁷Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; ¹⁸orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; ¹⁹y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, ²⁰por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar. ²¹Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor, ²²el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones. ²³Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo. ²⁴La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén.

¡Ahora Estás en el Ejército!

Tarde o temprano cada creyente descubre que la vida cristiana es un campo de batalla y no un parque de diversiones, y que sin el Señor enfrenta a un enemigo que es mucho más fuerte que él. Es razonable que Pablo utilice un tema militar para ilustrar el conflicto del creyente con Satanás. El mismo estaba encadenado a un soldado romano (6:20), y sus lectores estaban familiarizados con los soldados y el equipo que usaban. En efecto, las ilustraciones militares eran las favoritas de Pablo (2 Timoteo 2:3; 4:7; 1 Timoteo 6:12; 2 Corintios 10:4).

Como creyentes, enfrentamos tres enemigos: El mundo, la carne y el diablo (Efesios 2:1-3). *El mundo* se refiere al sistema que nos rodea y que se opone a Dios, que abastece “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:15-17). La sociedad separada de Dios es una simple, pero exacta definición del mundo. *La carne* es la vieja naturaleza que heredamos de Adán, una naturaleza que se opone a Dios y que no puede hacer nada espiritual que agrade a Dios. Por su muerte y resurrección Cristo venció al mundo (Juan 16:33; Gálatas 6:14), a la carne (Gálatas 2:20; Romanos 6:16) y al diablo (Efesios 1:19-23). En otras palabras, como creyentes no peleamos *por* la victoria, sino *desde* la victoria. El Espíritu de Dios nos capacita, por fe, para apropiarnos de la victoria de Cristo.

En estos versículos con los que termina la carta, Pablo trata cuatro temas, que al ser comprendidos y aplicados por sus lectores, les permitirán andar en victoria.

Ricos

El Enemigo (Efesios 6:10-12)

El cuerpo de espionaje cumple un papel vital en una guerra porque les permite a los oficiales conocer y comprender al enemigo. A menos que sepamos quién es el enemigo, dónde está, y lo que podemos hacer, se nos hará difícil derrotarlo. No sólo en Efesios 6, sino a través de toda la Biblia, Dios nos instruye acerca del enemigo, así que, no hay razón para que se nos tome por sorpresa.

El líder: el diablo. El enemigo tiene muchos nombres diferentes. “Diablo” significa *acusador*, porque acusa al pueblo de Dios día y noche ante el trono de Dios (Apocalipsis 12:7-11). “Satanás” significa *adversario*, porque es el enemigo de Dios. También se le llama el tentador (Mateo 4:3), y el homicida y mentiroso (Juan 8:44). Se le compara con un león (1 Pedro 5:8), una serpiente (Génesis 3:1; Apocalipsis 12:9), y un ángel de luz (2 Corintios 11:13-15), así como también “el dios de este siglo” (2 Corintios 4:4).

¿De dónde vino esta criatura espiritual que busca oponerse a Dios y acabar con su obra? Muchos estudiantes de la Biblia creen que, en la creación original, él era “Lucero, hijo de la mañana” (Isaías 14:12-15) y que fue echado por causa de su orgullo y del deseo de ocupar el trono de Dios. Hay muchos misterios en relación al origen de Satanás, pero lo que está haciendo y hacia dónde va no es ningún misterio! Ya que es un ser creado y no es eterno (como Dios es), está limitado en conocimiento y actividad. A diferencia de Dios, Satanás no es omnisciente, omnipotente ni omnipresente. Entonces, ¿cómo logra tanto en tantas partes diferentes del mundo? La respuesta está en sus colaboradores organizados.

Colaboradores de Satanás. Pablo los llamó “principados... potestades... gobernadores... huestes espirituales de

¡Ahora Estás en el Ejército!

maldad en las regiones celestes” (v.12). Carlos B. Williams lo traduce: “Nuestra contienda no es sólo con enemigos humanos, sino con gobernantes, autoridades y poderes cósmicos de este mundo en tinieblas; es decir, con las fuerzas espirituales del mal que nos desafían en la contienda celestial” (*The New Testament in the Language of the People* [El Nuevo Testamento en Lenguaje Popular]). Esto sugiere que hay un ejército definido de criaturas demoníacas que ayudan a Satanás en sus ataques contra los creyentes. El apóstol Juan insinuó que una tercera parte de los ángeles cayeron con Satanás cuando éste se rebeló contra Dios (Apocalipsis 12:4), y Daniel escribió que los ángeles de Satanás luchan contra los ángeles de Dios por tomar el control de los asuntos de las naciones (Daniel 10:13-20). Hay una batalla espiritual que se está librando en este mundo, en la esfera de *lo celestial*, y tú y yo somos parte de esta batalla. Conocer esto hace que el *andar en victoria* sea una cosa de vital importancia para nosotros y para Dios.

Lo importante es que nuestra batalla no es contra seres humanos. Es contra poderes espirituales. Perdemos tiempo cuando peleamos contra la gente en lugar de hacerlo contra el diablo que busca controlar a la gente y hacer que se oponga a la obra de Dios. Durante el ministerio de Pablo en Efeso tuvo lugar un alboroto que podría haber destruido la iglesia (Hechos 19:21-41). No fue causado sólo por Demetrio y sus socios, porque detrás de ellos estaba Satanás y sus asociados. Con certeza que Pablo y la iglesia oraron y la oposición fue silenciada. La advertencia del rey de Siria a sus soldados se puede aplicar a nuestra batalla espiritual: “No peleéis ni con grande ni con chico, sino sólo contra el rey” (1 Reyes 22:31).

Ricos

Las habilidades de Satanás. Las amonestaciones que Pablo dio indican que Satanás es un enemigo fuerte (vs.10-12), y que necesitamos el poder de Dios para enfrentarlo. Nunca subestimemos el poder del diablo. ¡No por nada se compara con un león y un dragón! El libro de Job cuenta lo que su poder puede hacerle al cuerpo del hombre, a su hogar, a sus riquezas y a sus amigos. Jesús dice que Satanás es un ladrón que viene “para hurtar y matar y destruir” (Juan 10:10). Satanás no sólo es fuerte, sino que también es sabio y astuto, y peleamos contra “las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11). “Asechanzas” significa *astucia, maña, estratagema*. El creyente no puede permitirse ignorar “sus maquinaciones” (2 Corintios 2:11). Algunos hombres son astutos y vivos y “emplean con astucia las artimañas del error” (Efesios 4:14), pero detrás de ellos está el engañador principal, Satanás. Se disfraza como ángel de luz (2 Corintios 11:14) y busca cegar la mente de los hombres ante la verdad de la Palabra de Dios. El hecho de que Pablo use la palabra “lucha” indica que estamos involucrados en una batalla mano a mano y que no somos simples espectadores de un juego. Satanás quiere usar nuestro enemigo externo, el mundo, y nuestro enemigo interno, la carne, para derrotarnos. Sus armas y planes de batalla son formidables.

El Equipo (Efesios 6:13-17)

Ya que peleamos contra enemigos en el mundo espiritual, necesitamos equipo especial tanto ofensivo como defensivo. Dios nos ha provisto de “toda la armadura”, y no debemos atrevernos a omitir ninguna parte. Satanás busca un área sin protección desde donde pueda tomar ventaja (Efesios 4:27). Pablo les mandó a sus lectores a ponerse la armadura, tomar las armas y resistir a Satanás,

todo lo cual hacemos por fe. Sabiendo que Cristo ya ha vencido a Satanás, y que la armadura espiritual así como también las armas están disponibles, aceptamos por fe lo que Dios nos da y salimos a enfrentar al enemigo. El día es malo, y el enemigo es malo, pero “si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

El cinto de la verdad (6:14a). Satanás es mentiroso (Juan 8:44), pero el creyente cuya vida está controlada por la verdad lo derrotará. El cinto mantiene unidas las otras partes de la armadura, y la verdad es la fuerza integradora en la vida de un creyente victorioso. Un hombre íntegro, con una conciencia clara, puede enfrentar al enemigo sin temor. El cinto también sostiene la espada. A menos que practiquemos la verdad, no podemos usar la Palabra de verdad. Una vez que la mentira entra en la vida de un creyente, todo comienza a desmoronarse. Por más de un año, el rey David mintió acerca de su pecado con Betsabé, y nada le fue bien. El Salmo 32 y el 51 hablan del precio que pagó.

La coraza de justicia (6:14b). Esta pieza de la armadura, hecha de placas de metal o de cadenas, cubría el cuerpo desde el cuello hasta la cintura, tanto por delante como por detrás. Simboliza la justicia del creyente en Cristo (2 Corintios 5:21) así como su vida justa en Cristo (Efesios 4:24). Satanás es el acusador, pero no puede acusar al creyente que vive una vida piadosa en el poder del Espíritu. La vida que vivimos o nos fortifica en contra de los ataques de Satanás, o hace que sea más fácil que él nos derrote (2 Corintios 6:1-10). Pablo también mencionó las armas (v.7). Cuando Satanás acusa al creyente, es la justicia de Cristo la que asegura al creyente de su salvación. Pero nuestra justicia posicional en Cristo, sin la justicia práctica en la vida diaria, sólo le da a Satanás oportunidad de atacarnos.

El calzado del evangelio (6:15). El soldado romano usaba sandalias con tachuelas en las suelas, lo cual le daba más firmeza para la batalla. Si vamos a estar “firmes” y “resistir”, entonces necesitamos el calzado del evangelio. Ya que tenemos paz con Dios (Romanos 5:1), la cual viene del evangelio, no necesitamos temer el ataque de Satanás o de los hombres. Debemos estar en paz con Dios y con los demás para que podamos vencer al diablo (Santiago 4:1-7). Pero el calzado tiene otro significado. Debemos estar preparados cada día para compartir el evangelio de la paz con un mundo perdido. El creyente más victorioso es aquél que testifica. Si usamos el calzado del evangelio, tendremos los *pies hermosos* mencionados en Isaías 52:7 y Romanos 10:15. Satanás ha declarado la guerra, pero tú y yo somos embajadores de paz (2 Corintios 5:18-21); y, como tales, llevamos el evangelio de la paz dondequiera que vayamos.

El escudo de la fe (6:16). El escudo era largo, por lo general de algo más de un metro de largo por medio metro de ancho, hecho de madera y cubierto con cuero duro. Cuando el soldado lo sostenía delante de sí, lo protegía de las lanzas, flechas y “dardos de fuego”. Los bordes de estos escudos estaban fabricados de tal forma que una fila entera de soldados podían entrelazar sus escudos y marchar hacia el enemigo como si fuera una pared sólida. Esto sugiere que en la batalla los creyentes no están solos. La “fe” mencionada aquí no es la fe salvadora, sino la fe viviente, una confianza en las promesas y el poder de Dios. La fe es un arma defensiva que nos protege de los dardos de fuego de Satanás. En los días de Pablo, las flechas, sumergidas en alguna sustancia inflamable y encendidas, eran arrojadas al enemigo. Satanás nos lanza sus “dardos de fuego” al corazón y a la mente: mentiras, blasfemias,

¡Ahora Estás en el Ejército!

pensamientos de odio sobre otros, dudas y deseos ardientes de pecar. Si por fe no apagamos estos dardos, encenderán un fuego en nuestro interior y desobedeceremos a Dios. Nunca sabemos cuándo lanzará Satanás uno de sus dardos contra nosotros, así que debemos andar siempre por fe y usar el escudo de la fe.

El yelmo de la salvación (6:17a). Satanás quiere atacar la mente, y derrotarnos como lo hizo con Eva (Génesis 3; 2 Corintios 11:1-3). El yelmo se refiere a la mente controlada por Dios. Lástima que muchos creyentes tienen la idea de que el intelecto no es importante, cuando en realidad juega un rol vital en el crecimiento, el servicio y la victoria del creyente. Cuando Dios controla la mente, Satanás no puede desviar al creyente. El creyente que estudia su Biblia y aprende el significado de las doctrinas bíblicas no va a ser desviado fácilmente. Necesitamos ser “por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús” (Efesios 4:21). Debemos crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). En todo lugar donde sirvió, Pablo les enseñó a los nuevos convertidos las verdades de la Palabra de Dios, y este yelmo los protegió de las mentiras de Satanás.

Un domingo por la tarde visité a un hombre que había sido diácono en una iglesia local, pero por aquel entonces estaba involucrado en una secta. Nos sentamos a la mesa con las Biblias abiertas, y traté de mostrarle la verdad de la Palabra de Dios, pero parecía que su mente estaba cegada por la mentira. Le pregunté: —¿Cómo se alejó de una iglesia que predica la Biblia y se metió en esta secta? Su respuesta me dejó pasmado.

—Pastor, yo culpo a la iglesia. Yo no sabía nada acerca de la Biblia, y ellos tampoco me enseñaron nada. Quise estudiar la Biblia, pero nadie me dijo cómo hacerlo. Enton-

Ricos

ces me nombraron diácono y yo no estaba listo para eso. Fue demasiado para mí. Oí a un hombre predicando la Biblia por la radio y me pareció que sabía algo. Comencé a leer su revista y estudiar sus libros, y ahora estoy convencido de que tiene la razón.

Qué tragedia que, cuando su iglesia local lo aceptó, fracasaron en vestirle con el yelmo de la salvación. Si ellos hubiesen practicado la verdad que se encuentra en 2 Timoteo 2:2, este hombre no hubiera sido una baja en la batalla.

La espada del Espíritu (6:17b) es el arma ofensiva que Dios nos provee. El soldado romano llevaba en su cinto una espada corta que era usada en la lucha cuerpo a cuerpo. Hebreos 4:12 compara la Palabra de Dios con una espada, porque es cortante y capaz de partir el hombre interior tal como una espada material puede hacerlo con el cuerpo. Tú y yo fuimos atravesados hasta el corazón (Hechos 2:37; 5:33) cuando la Palabra nos convenció de nuestros pecados. Pedro trató de usar una espada para defender a Jesús en el jardín (Lucas 22:47-51), pero en Pentecostés aprendió que la “espada del Espíritu” hace un mejor trabajo. Moisés también trató de conquistar con una espada física (Exodo 2:11-15), pero descubrió que la Palabra de Dios por sí sola era más que suficiente para derrotar Egipto.

Una espada material atraviesa el cuerpo, pero la Palabra de Dios atraviesa el corazón. Cuanto más se usa una espada física, más se desafila, pero el continuo uso de la Palabra de Dios la hace más cortante en nuestra vida. Una espada física requiere la mano de un soldado, mas la espada del Espíritu tiene su propio poder, porque es “viva y eficaz” (Hebreos 4:12). El Espíritu escribió la Palabra, y el Espíritu esgrime la Palabra cuando la tomamos por fe y la usamos. Una espada física lastima para dañar y matar,

¡Ahora Estás en el Ejército!

mientras que la espada del Espíritu lastima para curar y dar vida. Pero cuando usamos la espada contra Satanás, lo hacemos para darle un golpe que lo dejará inválido y le impedirá ser un obstáculo para la obra de Dios.

Cuando fue tentado por Satanás en el desierto, Cristo usó la espada del Espíritu y derrotó al enemigo. En tres oportunidades Jesús dijo: *escrito está* (Lucas 4:1-13). Fíjate que Satanás también puede citar la Palabra: “Porque escrito está” (Lucas 4:10), pero no la cita completamente. Satanás usa la Palabra de Dios para confundirnos, así que es importante que conozcamos cada palabra que Dios nos ha dado. “Con la Biblia se puede probar cualquier cosa”, dijo alguien. Sí se puede, si sacas los versículos del contexto, omites palabras y aplicas versículos a los creyentes de hoy que realmente no corresponden. Cuanto mejor conozcas la Palabra de Dios, más fácil te será detectar las mentiras de Satanás y rechazar sus ofrecimientos.

En un sentido, “toda la armadura de Dios” es un cuadro de Jesucristo. Cristo es la Verdad (Juan 14:6) y es nuestra justicia (2 Corintios 5:21) y nuestra paz (Efesios 2:14). Su fidelidad hace posible nuestra fe (Gálatas 2:20). El es nuestra salvación (Lucas 2:30) y es la Palabra de Dios (Juan 1:1,14). Esto significa que, cuando confiamos en Cristo, recibimos la armadura. Pablo les dijo a los romanos lo que tenían que hacer con la armadura (Romanos 13:11-14): levantarse (v.11), desechar el pecado y vestirse “las armas de la luz” (v.12). Hacemos esto cuando nos vestimos “del Señor Jesucristo” (v.14). Por fe, ponte la armadura y confía en Dios para la victoria. Nos hemos puesto la armadura una vez y para siempre en el momento de la salvación. Pero debemos apropiarnos de ella diariamente. Cuando el rey David se quitó la armadura y regresó al palacio, corrió más peligro que cuando estaba en el

Ricos

campo de batalla (2 Samuel 11). Nunca estamos lejos del alcance de las maquinaciones de Satanás, así que nunca debemos estar sin la armadura completa de Dios.

La Energía (Efesios 6:18-20)

La oración es la energía que capacita al soldado cristiano para usar la armadura y blandir la espada. No podemos pelear la batalla por nuestra propia fuerza, no importa cuán fuertes o talentosos creamos que somos. Cuando Amalec atacó Israel, Moisés fue al monte a orar, mientras que Josué usaba la espada en el valle (Exodo 17:8-16). Se necesitaron ambas cosas para vencer a Amalec: la intercesión de Moisés en el monte y el uso que Josué hizo de la espada en el valle. La oración es el poder para la victoria, pero no cualquier clase de oración. Pablo nos dice cómo debemos orar para derrotar a Satanás.

Ora siempre. Es claro que esto no significa decir siempre oraciones. No somos oídos por nuestra "palabrería" (Mateo 6:7). "Orad sin cesar" (1 Tesalonicenses 5:17) nos dice: Estén siempre en comunión con el Señor. ¡Mantengan la línea siempre abierta! Nunca debes decir al orar: "Señor, venimos a tu presencia", ¡porque jamás has salido de ella! Un creyente debe orar siempre porque siempre está sujeto a las tentaciones y los ataques del diablo. Un ataque por sorpresa ha derrotado a más de un creyente que se olvidó de orar sin cesar.

Ora con toda oración. Hay más de una clase de oración: oración, súplica, intercesión, agradecimiento (Filipenses 4:6; 1 Timoteo 2:1). El creyente que ora tan sólo para pedir cosas se pierde bendiciones que vienen con la intercesión y el agradecimiento. En efecto, el agradecimiento es una gran arma de oración para derrotar a Satanás. La alabanza cambia las cosas tanto como la oración cambia las

cosas. La intercesión por otros puede traer victoria a nuestra propia vida. “Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos” (Job 42:10).

Ora en el Espíritu. La fórmula bíblica es orar al Padre, a través del Hijo y en el Espíritu. Romanos 8:26,27 nos dice que sólo en el poder del Espíritu podemos orar en la voluntad de Dios. De otro modo, nuestras oraciones podrían ser egoístas y fuera de la voluntad de Dios. En el tabernáculo del Antiguo Testamento había un pequeño altar de oro delante del velo donde el sacerdote quemaba incienso (Exodo 30:1-10; Lucas 1:1-11). El incienso es una figura de la oración. Tenía que ser mezclado de acuerdo con el plan de Dios y no podía ser falsificado por el hombre. El fuego en el altar es un cuadro del Espíritu Santo, porque es él quien toma nuestras oraciones y las enciende en la voluntad de Dios. Es posible orar fervientemente en la carne y nunca llegar a Dios. También es posible orar con quietud en el Espíritu y ver la mano de Dios hacer grandes cosas.

Ora y vela. “Velando” significa *manteniéndose alerta*. La frase *velar y orar* aparece muy a menudo en la Biblia. Cuando Nehemías reparaba las murallas de Jerusalén, y el enemigo trataba de detener la obra, Nehemías derrotó al enemigo velando y orando. “Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos” (Nehemías 4:9). *Velar y orar* es el secreto de la victoria sobre el mundo (Marcos 13:33), la carne (Marcos 14:38) y el diablo (Efesios 6:18). Pedro se fue a dormir cuando debía haber estado orando, y el resultado fue la victoria de Satanás (Marcos 14:29-31,67-72). Dios espera que nosotros usemos los sentidos que nos ha dado, guiados por el Espíritu, para detectar a Satanás cuando comienza a obrar.

Ricos

Mantente orando. La palabra “perseverancia” simplemente significa *apegarse a ello y no dejarlo*. Los primeros creyentes oraron de esta forma (Hechos 1:14; 2:42; 6:4), y nosotros también debemos orar así (Romanos 12:12). La perseverancia en la oración no significa que tratemos de torcerle el brazo a Dios, sino más bien que estamos profundamente preocupados y agobiados y no podemos descansar hasta conseguir la respuesta de Dios. Tal como lo dijo Roberto Law: “La oración no es lograr que se haga la voluntad del hombre en el cielo; es lograr que se haga la voluntad de Dios en la tierra” (*Tests of Life* [Pruebas de la Vida], Grand Rapids: Baker, 1968). La mayoría de nosotros dejamos de orar justo cuando Dios está a punto de darnos la victoria. No todos están en una condición como para sinceramente pasar una noche entera en oración, pero todos podemos perseverar en la oración mucho más de lo que lo hacemos. La iglesia primitiva oró sin cesar cuando Pedro estaba en prisión, y en el último momento Dios les dio la respuesta (Hechos 12:1-19). Mantente en oración hasta que el Espíritu te detenga o el Padre te responda.

Ora por todos los santos. El Padre Nuestro comienza diciendo “Padre nuestro”, no “Padre mío”. Oramos como parte de una gran familia que también le habla a Dios, y debemos orar por los otros miembros de la familia. Aun Pablo pidió el apoyo en oración de los efesios—y él había estado en el tercer cielo y había regresado de allí. Si Pablo necesitaba las oraciones de los santos, ¡cuánto más las necesitamos tú y yo! Si mis oraciones ayudan a que otro creyente derrote a Satanás, entonces aquella victoria me ayudará a mí también. Fíjate que Pablo no les pidió que oraran por su comodidad o seguridad, sino por la efectividad de su testimonio y ministerio.

¡Ahora Estás en el Ejército!

El Estímulo (Efesios 6:21-24)

No peleamos la batalla solos. Hay otros creyentes que están con nosotros en la pelea, y debemos tener cuidado de animarnos los unos a los otros. Pablo animó a los efesios; Tíquico era un aliento para Pablo (Hechos 20:4) y Pablo enviaba a Tíquico a Efeso para alentarlos. Pablo no era la clase de misionero que guardaba sus asuntos para sí mismo. El quería que el pueblo de Dios supiera lo que hacía Dios, cómo él respondía a sus oraciones y lo que Satanás hacía para oponerse a la obra. Su motivación no era egoísta. No trataba de conseguir algo para sí mismo.

¡Qué estimulante es ser parte de la familia de Dios! En ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos a un creyente aislado. Los creyentes son como las ovejas; andan juntos. La Iglesia es un ejército y los soldados necesitan pararse juntos y pelear juntos.

Fíjate las palabras que Pablo usa al concluir esta carta: ¡paz... amor... fe... gracia! El estaba preso en Roma, sin embargo, era más rico que el emperador. ¡No importa cuáles sean nuestras circunstancias, ¡en Jesucristo somos bendecidos “con toda bendición espiritual”!

Amigo mío, ¡SE RICO EN CRISTO!

¿Quieres disfrutar de una riqueza que no se desvanecerá?

El índice del costo de vida nos asusta a todos. Los precios suben cada vez más. El valor del dinero decrece constantemente. La riqueza terrenal parece cada vez más transitoria. Pero Ricos en Cristo te enseñará dónde encontrar la riqueza que puede cambiar tu vida y tu actitud hacia las cosas que el mundo considera riquezas. El Dr. Wiersbe dice: "La gente hoy sabe el precio de todo, pero no conoce el valor de nada".

Este libro te proporciona:

- Un estudio del hogar cristiano en su relación con la obra del Espíritu Santo
- Un estudio de la estrategia de Satanás y cómo puede el creyente tener victoria sobre él
- Un estudio de la responsabilidad de cada creyente a la luz de su gran riqueza en Cristo

Podemos ser verdaderamente **Ricos en Cristo.**



Literatura Evangélica para el Mundo Hispano

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard

Sebring, Florida 33870

ISBN 1-879892-32-4

WW-545